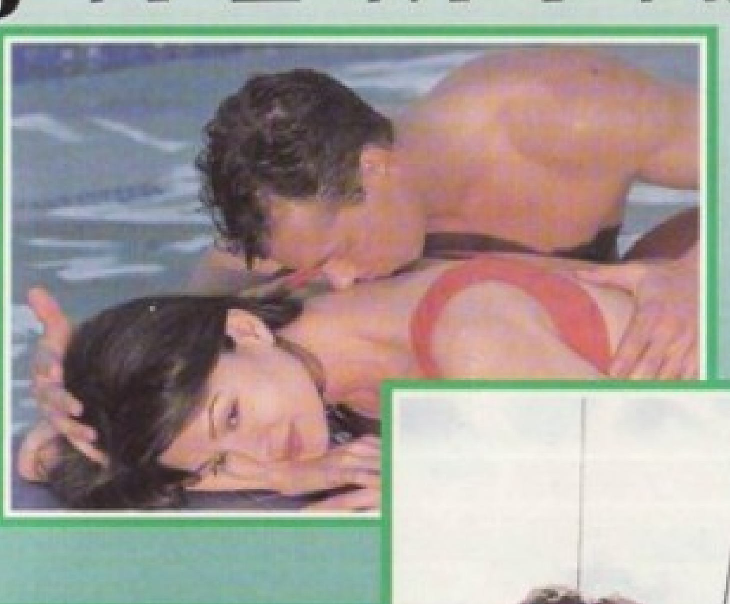


HARLEQUIN®

JAZMIN®

3 NOVELAS INOLVIDABLES



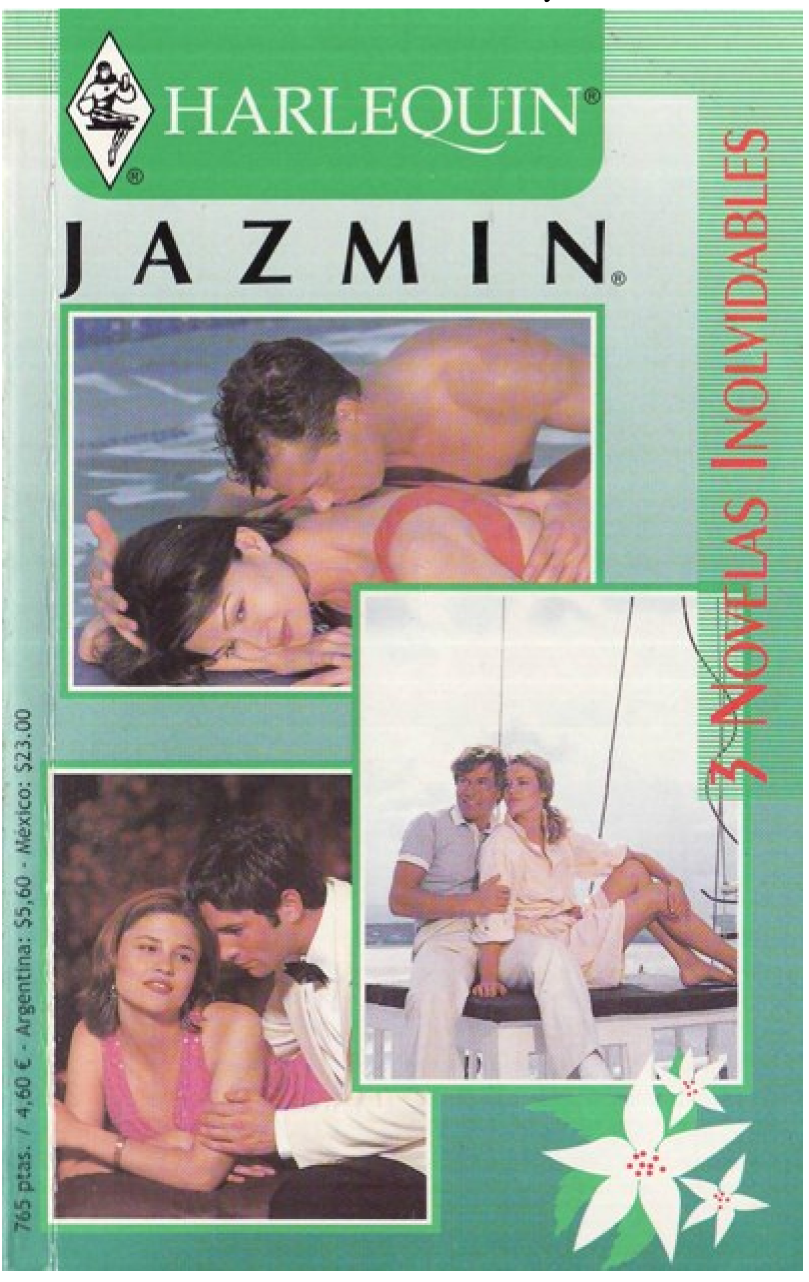




Amar a una desconocida

Day Leclaire

4º Serie Multiautor Bride's Bay Resort



Amar a una desconocida (1998)
Título Original: Make-Believe Engagement (1996)
Serie Multiautor: 4º Bride's Bay Resort
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1342
Género: Contemporáneo
Protagonistas: J.T. Richmond y Taylor Daniels

Argumento:

Taylor Daniels estaba dispuesta a hacer todo lo que fuera necesario para convertirse en la vicepresidenta de la empresa de su padre… hasta alquilar un prometido. Por suerte, el destino llegó en la forma de J.T. Richmond. J.T. era perfecto: alto, atractivo moreno y capaz de hacer cualquier cosa por dinero.

A J.T. Richmond, la corporación Daniels le estaba causando problemas y ya había decidido pegarse a Taylor como si fuera su sombra… ella solo le había ofrecido la forma perfecta de hacerlo. Sin embargo, empezaba a desear que fuera algo más que su falsa prometida.

Prólogo

Habían pasado cinco días. Cinco interminables días en los que no había descubierto ninguna información referente al Complejo de Bride's Bay.

Taylor Daniels miró por la ventana de la oficina. Sólo un obstáculo se erigía entre ella y una vicepresidencia en la empresa de su padre, y estaba al borde del desastre. ¡Había creído que sería tan fácil! Tan condenadamente fácil. Su padre, Boss Daniels, le había dado tres semanas para averiguar todo lo que pudiera acerca de la dirección de aquel complejo hotelero de lujo y ella había acabado en un callejón sin salida. Lo que significaba que a menos que se le ocurriera algo inteligente y muy rápido, fracasaría.

Y se negaba a fracasar.

El sol de última hora de la tarde la envolvió, la oleada de calor que azotaba Charleston, Carolina del Sur, un poco mitigada por el aire acondicionado. Apretó los labios. Había pasado demasiados años luchando por su puesto en Daniels Investments, demostrando que no era demasiado blanda, joven o femenina para seguir los pasos de su padre. ¡Había luchado tan duro por dominar las tentaciones más amables que la habían subyugado toda su vida! ¿Y todo para qué? ¿Para ver todos sus sueños y ambiciones desvanecerse a esas alturas? De ninguna manera.

Pero la cuestión seguía flotando en el aire. ¿Cómo podría conseguir los detalles confidenciales de la dirección de Bridge's Bay? Necesitaba los balances de pérdidas y ganancias, los costes de operación y mantenimiento, ingresos y gastos…

Tendría que ir a la isla a buscar las respuestas, eso lo había sabido desde el principio. Y sabía también que desde el momento en que hiciera la primera pregunta, comprenderían que no era una inocente turista. Así que, ¿cómo conseguir la información sin revelar sus ulteriores motivos?

En ese momento llamaron a la puerta.

—¿Taylor? ¿Te interrumpo?

Taylor se dio la vuelta desde la ventana y sonrió con calidez a su secretaria.

—Por supuesto que no, Linda. Pasa.

—Tengo las cartas que me has dictado listas para firmar.

—Gracias. Déjalas en mi mesa.

—El señor Daniels me ha pedido un informe de los progresos de tu última asignación y… ¡Oh! —Linda recogió uno de los folletos de la mesa de Taylor—. ¿Vas a hacer un viaje al complejo de Bridge's Bay? Excelente elección. Es un sitio precioso.

—¿Has estado allí?

—No como turista —Linda soltó una carcajada—. No podría permitírmelo. Antes trabajaba allí.

Taylor se puso rígida.

—¿En el complejo?

Linda asintió.

—Me crié en Jermain Island. En el pueblo, no en el complejo. Un buen número de la gente de allí trabajábamos en el complejo mientras estudiábamos en la universidad. ¿Nunca te lo había contado?

—No —la mirada de Taylor se agudizó—. ¿Y conoces bien a los Jermain?

Linda se encogió de hombros.

—Lo bastante bien, supongo. ¿Por qué?

Taylor sonrió por primera vez en varios días.

—Siéntate, Linda. Tenemos mucho de qué hablar.

—J.T. Richmond al aparato. ¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Jace? Soy Linda Halloway. La hija de Martha y Hank.

J.T. se reclinó contra el respaldo de su sillón.

—Por supuesto, Linda. ¿Qué tal estás?

—Oh… bien.

Él notó la vacilación en su voz. Pero antes de poder comentar nada, ella se lanzó a un largo discurso acerca de varios temas, la salud de los miembros de su familia, una obra de teatro que acababa de ver, el tiempo… Él la escuchó durante varios minutos consciente de que aquella interminable letanía sólo ocultaba el propósito de su llamada, un propósito que sospechaba no era nada casual.

—Escucha, Jace. Te he llamado por un motivo —dijo por fin Linda —. Tengo un pequeño problema y me preguntaba si podrías ayudarme.

—Claro. ¿Cuál es el problema?

—Mi jefa necesita información acerca de Jermain Island. Información confidencial, creo. Y como yo no podía ayudarla me preguntó si conocía a alguien que pudiera.

Él frunció el ceño.

—¿Y por qué recurres a mí? ¿Por qué no hablas con mi tío o con Elizabeth Jermain? Ellos tienen mucha más información acerca de la isla que yo.

—Lo habría hecho, sólo que… —él pudo notar el nerviosismo en la voz de Linda—. Quizá haya sido una mala idea —murmuró—. Olvida que te he llamado.

J.T. se enderezó en su asiento. Algo iba mal. Muy mal. Había aprendido mucho tiempo atrás a fiarse de sus instintos. De hecho, le habían salvado de meterse en varios negocios desastrosos. Y en ese mismo momento sentía que debía descubrir la causa de la llamada de Linda, o se arrepentiría de no haberlo hecho.

—¡Eh, pequeña! —murmuró con deliberada ligereza—. Estás hablando con tu primo Jace, ¿recuerdas? Puede que sea tu primo tercero, pero siempre me alegra ayudar a la familia. Ahora habla conmigo. ¿Qué pasa?

Era el perfecto acercamiento. Jace escuchó su suspiro de alivio y su incoherente explicación anotando los detalles vitales. Daniels Investments. ¿Qué querría aquella sucia compañía de Jermain Island? Y más importante, ¿qué querrían sacar del complejo de Bridge's Bay?

—Espero no haberte dado la impresión equivocada, Jace —continuó Linda—. Taylor es realmente un encanto de persona. Cuando me pidió que buscara a alguien que pudiera darle información sobre la isla, inmediatamente pensé en ti. No me he equivocado, ¿verdad? —terminó con inseguridad.

—Has hecho lo correcto, Linda. Sin embargo, hay una cosa, ¿para qué quiere Daniels Investments esa información? ¿Qué persiguen?

Hubo un largo silencio.

—Jace… —empezó ella.

Jace no esperó a que terminara.

—Estás arriesgando tu trabajo si me cuentas más, ¿no es cierto?

—Sí —susurró ella—. Hasta ahora he hecho exactamente lo que Taylor me ha pedido. Si contara algo más… Además, tampoco sé mucho más. Al menos, nada que pueda servirte de ayuda.

—Pero tienes tus sospechas.

—Sí —dijo ella de nuevo.

—No tienes por qué trabajar para ellos, Linda. Te puedo buscar un trabajo si te interesa. Algo en una firma cualificada.

—Yo… puede que me lo piense. Pero no todavía —la voz se le animó—. Podría estar equivocada con todo esto, ¿sabes? Estás sacando conclusiones precipitadas. Taylor es encantadora de verdad. ¡Espera a conocerla!

La boca de J.T. se curvó en una sonrisa sarcástica. Sí, encantadora. Encantadora como una araña. Después de todo, la manzana nunca cae lejos del árbol, lo que significaba que cualquier miembro de la familia de Boss Daniels debía ser tan venenoso como una serpiente.

—Dame el número privado de la señorita Daniels. Pero no le des ninguna información acerca de mí.

—¿Y si me pregunta? —protestó Linda—. Tendré que decirle algo.

—Dile… dile que trabajo como autónomo en diferentes proyectos. Puede sacar la conclusión que quiera de eso.

—¡Oh, Jace! ¡Eso suena horrible! ¿Por qué no puedo…?

—Sólo vas a contarle eso, Linda —ordenó él con voz suave y baja —. Y también puedes decirle que espero que me pague bien por mis servicios.

A su demanda le siguió un momentáneo silencio.

—Odio cuando tu voz suena así —se quejó—. Shadroe siempre nos decía que era una advertencia para obedecerte o apartarse de tu camino.

—Una sabia decisión. ¿Y bien, Linda?

—Sí.

—Has hecho lo correcto. Te prometo que no te arrepentirás de ello. Si sucede algo desafortunado, yo me encargaré de todo.

—Gracias —hubo una breve vacilación en su voz—. No seas demasiado duro con Taylor. No se parece en nada a su padre.

Él enarcó una ceja.

—¿Yo? ¿Duro? —se burló—. Debes estar de broma.

Pero en cuanto colgó el teléfono, una áspera sonrisa le surcó los labios. Pronto, se prometió a sí mismo. Pronto tendría a Daniels en sus manos. Y por fin podría cobrar una vieja deuda. Una muy antigua.

Capítulo 1

Taylor examinó su reflejo en el pequeño espejo satisfecha de que el pelo no se le hubiera escapado del limpio recogido a pesar de la oleada de calor tan rara para el mes de mayo.

El sábado por la tarde no era un buen día para una reunión de negocios, pero considerando el tiempo que había perdido en su proyecto, no le quedaba mucha elección. Por suerte, J.T. Richmond había estado disponible, disponible para verla y para que lo contratara. Taylor sacudió la cabeza. Aquellas dos palabras le decían mucho del hombre y nada bueno. Se alquilaba al mejor postor como un semental en una subasta.

Se miró al espejo por última vez. Los enormes ojos de color ébano le devolvieron la mirada. Eran un poco rasgados por los bordes, con espesas pestañas, y dominaban su cara creando un dramático contraste con su pelo rubio dorado y sus rasgos delicados. Eran también idénticos a los de su padre y el único rasgo que había heredado de él. Pero con aquella única similitud ya era suficiente. Toda su vida, la gente le había recordado su parecido con Boss.

Y raramente había sido un cumplido.

Con un decisivo cruce de dedos, cerró el espejo y se puso unas gafas de sol. Aquello era ridículo. ¿En qué estaba pensando al ocuparse en aquella investigación emocional? Ya había aprendido hacía mucho tiempo que abandonarse a aquel derrotero sólo le enturbiaba el pensamiento. La razón fría y la lógica eran las únicas cualidades que necesitaba.

Era hora de pensar en los negocios y de obtener la información que necesitaba de J.T. Richmond antes de aterrizar en Jermain Island.

Sacó su maletín del asiento del pasajero y repasó la dirección que le había dado Linda. El número era el mismo que el que colgaba sobre la puerta de la destartalada casita. Satisfecha de haberla encontrado, Taylor enarcó una ceja. Aquella no era la mejor zona de Charleston. O bien Richmond no se preocupaba mucho o la información que tenía que darle no merecía la pena.

Ajustándose las gafas de sol, Taylor avanzó por el camino empedrado con cuidado de no romperse los finos tacones. Ya sabía que aquellos tacones tan altos no eran muy prácticos, pero como trabajaba en un entorno masculino, le daban los centímetros que la naturaleza le había negado. Tener el pelo rubio y una constitución

fina era una desventaja para ella, pero había aprendido a sacarle partido a la poderosa mirada oscura que había heredado de su padre. Había impedido más de un avance inoportuno sólo con una de aquellas duras miradas suyas.

Al avanzar por el camino, notó que el césped había sido cortado sólo hasta la mitad y de repente comprendió por qué. Una monstruosa moto negra bloqueaba el avance de la cortadora de césped y había varias piezas de la Harley desparramadas por el suelo. La imagen de un gordo motociclista con pelo grasiento y cargado de tatuajes la hizo vacilar un momento. ¿En qué se había metido? Y aún más, ¿en qué la había metido su secretaria? Linda no le hubiera sugerido que viera al tal J.T. Richmond si fuera peligroso, ¿cierto?

Taylor se detuvo enfrente de la casa y miró a su alrededor. Los escalones del porche estaban desgastados y los miró con enojo. Malditos tacones, pensó.

—¿Hola? ¿Hay alguien en la casa?

—Por aquí, señorita Daniels.

Taylor siguió la dirección del sonido y salió a la alta hierba para rodear la amplia y arruinada terraza. Y cuando lo vio, la realidad fue mucho más inquietante de lo que se había imaginado.

El hombre estaba echado en una hamaca del porche trasero balanceándose con pereza bajo la brisa salada. Ni tatuajes, ni estómago de bebedor de cerveza, fue lo primero en lo que pensó. Aquello era evidente porque lo único que pudo ver de él fue piel, una inmensa extensión de piel morena sobre un musculoso pecho. Sólo le dio tiempo a rogar que hubiera algo de ropa entre sus piernas colgando de la hamaca y el torso velludo desnudo. Desde donde ella estaba no se podía apreciar.

Se obligó a mirarle a la cara. Para su desmayo, descubrió que además era devastadoramente atractivo. Unos ojos de color azul zafiro que mantuvieron la mirada de ella, burlones pero a la vez inquisitivos. Y no era que eso la detuviera. Una de las primeras lecciones que había aprendido de Daniels era evaluar cualquier nuevo territorio antes de hacer ningún movimiento. Sin tener en cuenta la reacción de él, intentó analizar todas las fuerzas y debilidades visibles que pudieran afectar los intereses de su negocio. Pero para crédito de Richmond, no vio ninguna debilidad.

Fuera lo que fuera lo que aquel hombre tuviera para vender, las

mujeres estarían ansiosas por comprarlo.

Su pelo era de un tono más claro que el negro y lo llevaba más largo que la mayoría de los hombres que ella conocía. También parecía mucho más duro y eso que ella trabajaba con algunos de los hombres de negocios más duros de la comunidad. Pero algo en la firme mandíbula de aquel hombre, en la fría inteligencia que asomaba a aquellos brillantes ojos y en la confianza que emanaba de él le advirtió que no era un hombre que se dejara influenciar.

Pero estaba a la venta.

—Supongo que usted será J.T. Richmond.

—Acertado. Y usted debe ser la famosa Taylor Daniels, heredera del gran jefe Boss.

Taylor mantuvo la expresión impasible y enarcó una de sus finas cejas.

—No debería usted presuponer, señor Taylor. Yo no soy famosa, lo es mi padre. Y en cuanto a lo de ser su aparente heredera… si usted conociera a Boss, sabría que sus aparentes herederos tienen que ganárselo en Daniels o buscarse un trabajo en cualquier otra parte.

—¿Incluso aunque sea la hija del jefe?

—Sobre todo si eres la hija del jefe —replicó ella con notable calma.

La hamaca se detuvo y se hizo un irritante silencio entre ellos. El hombre la contempló con enervante intensidad clavando toda la fuerza de sus ojos de color zafiro en ella. Taylor le devolvió la mirada desde la relativa protección de sus gafas de sol.

—Así que ha venido para probarse a sí misma —dijo él por fin rompiendo el desagradable silencio entre ellos—. Supongo que eso la convierte en notoria… y peligrosa.

Ella lanzó un leve suspiro cansada de su juego. Miró entonces a su reloj de pulsera.

—¿Podemos ir directos a los negocios, señor Richmond? Estoy un poco apretada de tiempo.

—Claro. ¿Le importa unirse a mí?

Taylor parpadeó sin estar segura de haber escuchado bien.

—¿Perdone?

—He dicho que si le importa unirse a mí —repitió él con hiriente claridad como si hablara con alguien de limitada inteligencia.

—¿Unirme a usted? —lo miró con asombro incapaz de evitar una

susurrante carcajada—. ¿En la hamaca? Lo dudo mucho.

Él cruzó los brazos por detrás de la cabeza, la imagen perfecta de un hombre relajado. Y sin embargo ella sintió la tensión subyacente bajo aquella insolente sonrisa. J.T. plantó uno de sus pies desnudos contra la columna en la que se asentaba un extremo de la hamaca y dio un suave empujón. La hamaca se balanceó crujiendo rítmicamente.

—Cabría —su sonrisa se ensanchó y su acento sureño se agudizó hasta un sugerente murmullo—. De hecho, tengo el sitio perfecto para usted.

Taylor se puso rígida. Aquello no encajaba nada bien en una entrevista productiva. Deseaba obtener información de aquel hombre, no juguetear con él. Apretó los dedos alrededor del asa del maletín. La humedad de la palma de la mano traicionó su nerviosismo y se despreció a sí misma por aquella pequeña muestra de debilidad.

—Es usted demasiado amable, señor Richmond —dijo manteniendo una voz distante—, pero tengo trabajo que hacer. No tengo tiempo que perder balanceándome en una hamaca.

La mirada de él se agudizó y la clavó en ella con inquietante intensidad.

—Tiene tiempo. Sea sincera. Simplemente decide no tenerlo.

—Bien —aceptó ella sin entonación—. Decido no tenerlo, señor Richmond.

—J.T.

Taylor inspiró con intensidad y lo intentó de nuevo.

—J.T. ¿Podemos ir a los negocios? Es para eso para lo que he concertado esta cita.

Él se incorporó con una indolencia que la pilló con la guardia baja.

—No, señorita Daniels —su acento quedó enmascarado por la irritación—. Usted no ha concertado esta cita. Lo ha hecho su secretaria. Usted no podía molestarse lo bastante como para descolgar el teléfono y arreglarla por sí sola. Ese detalle trivial se deja para los empleados.

Ella ladeó la cabeza de medio lado sorprendida de su vehemencia.

—¿Le ha molestado eso, señor Richmond? Lo siento.

—Disculpas aceptadas. Ahora venga aquí.

A Taylor le llevó un instante reaccionar ya que la brusquedad de

la orden la inmovilizó.

—¿Perdone?

—¿Tiene algún problema auditivo, señorita Daniels? Esta es la segunda vez que me pide que repita algo.

—Mi oído funciona perfectamente, pero yo…

—Entonces venga aquí.

Ella frunció el ceño. Ni por asomo pensaba acercarse más a aquel hombre.

—Parece que está algo confuso, J.T. —sabía que usar el nombre de pila le daba cierta ventaja en los juegos de poder—. Así que déjeme aclararle algo. Yo le estoy contratando a usted, así que hará lo que yo le pida, no al contrario.

Su sonora carcajada fue el sonido más delicioso que Taylor había escuchado nunca. Le bajó la guardia sugiriéndole increíbles e imposibles fantasías. Fantasías que sugerían extravagantes actividades para una cálida y perezosa tarde. Se contuvo a tiempo.

«¿En qué estoy pensando?».

Nunca en su vida había permitido que sus emociones entraran en conflicto con sus responsabilidades y no pensaba permitirlo en ese momento. J.T. Richmond era un medio para conseguir un fin. Nada más.

Por muy atractivo que fuera.

Lo intentó de nuevo.

—En caso de que no haya entendido la situación, le estoy contratando a usted, lo que hace que yo sea la jefa y usted el empleado. Utilice ese tono conmigo una sola vez más y enseguida se encontrará sin trabajo.

—Se equivoca, señorita Daniels. Si desea averiguar algo del complejo Bride's Bay y de Jeremy Island, hará lo que yo diga y cuando lo diga. ¿Queda claro?

Aquello era ridículo. Sin darse tiempo a arrepentimientos, Taylor asintió con un leve vaivén de cabeza.

—Encantada de conocerlo, J.T. Esperemos que el próximo trabajo le dure más que este.

No esperó por una respuesta, sino que empezó a rodear la terraza. No escuchó ni un sonido a sus espaldas. Por el rabillo del ojo captó un ligero movimiento. Entonces J.T. saltó por encima de la barandilla y aterrizó directamente delante de ella.

—No hemos terminado nuestras negociaciones —dijo con un tono cargado de enojo.

Taylor se paró en seco. ¡Dios bendito! Echado en aquella hamaca, no se había dado cuenta de lo alto que era aquel hombre. Y lo que era peor, desde tan corta distancia, parecía una interminable expansión de torso velludo. El único alivio fue descubrir que llevaba ropa encima. O algo parecido. Unos vaqueros cortados colgaban de sus caderas con los hilachos blancos colgando sobre sus musculosas piernas.

Debería estar nerviosa, o al menos intimidada. En vez de eso, sintió una sensación de lo más extraño, una inquietante mezcla de tensión y atracción. La tensión la entendía. Era una aguda reacción femenina ante la agresividad del hombre que tenía delante. Pero la parte de la atracción le producía confusión y desmayo a la vez.

Ella se había criado en un mundo dominado por los hombres y había trabajado codo con codo con hombres muy poderosos toda su vida. Y sin embargo, ninguno le había afectado hasta los extremos que le estaba afectando aquel. Por supuesto, los hombres que había conocido habían estado vestidos. Completamente vestidos. Alzó la barbilla y miró a J.T. negándose a revelar ninguna de las emociones que amenazaban su compostura.

—Está usted en mi camino —anunció aliviada de la calma de su voz.

Rezó porque él no sintiera ninguna respuesta física de las que parecía incapaz de controlar.

—En eso ha acertado. Y pienso estarlo hasta que lleguemos a un acuerdo.

Se cruzó de brazos atrayendo la atención de Taylor hacia sus bíceps esculpidos y la perfección de sus hombros.

Taylor apartó la mirada horrorizada. ¿Qué le pasaba? En toda su vida nunca había permitido que nada le distrajera de su profesión. Pero el inmenso torso de J.T., por no mencionar aquellos inquietantes pantalones cortos que llevaba, estaban demostrando ser una atracción irresistible. Hizo un esfuerzo por contener aquella insana reacción. Si no se reponía aprisa, arriesgaría aquella vicepresidencia.

—O bien nos ponemos a los negocios o se aparta de mi camino —anunció—. ¿Qué prefiere, señor Richmond?

Él entrecerró los ojos evaluándola.

—De tal palo, tal astilla, ¿verdad?
—Sí, exacto —reconoció ella con cortesía.
Él aceptó su palabra.
—Entonces, ya que los negocios es lo único que usted conoce, tendremos que dedicarnos a ellos —un sospechoso brillo de diversión le cruzó la mirada—. Por ahora.
Taylor ignoró el último comentario.
—Me gustaría hablar de negocios, si no le importa.
—Adelante. Estoy escuchando.
Ella inspiró con fuerza, obligándose a organizar sus pensamientos. No había anticipado mantener aquella conversación mientras sus finos tacones se enterraban en la hierba. Y mucho menos con un hombre semi desnudo sobresaliendo como una torre por encima de ella. Pero mientras sus tacones no se hundieran aún más y acabara cayendo al suelo, todo iría bien. Siempre que mantuviera la mirada en cualquier parte del cuerpo de aquel hombre por encima del cuello.
—Muy bien —empezó—. Estoy preparada para pagar una suma razonable a cambio de todos los detalles que pueda darme acerca de Jeremy Island. Sobre todo, necesito información acerca del complejo hotelero de Bridge’s Bay, sus propietarios, empleados y operaciones.
Él entrecerró los ojos, el azul ensombreciéndose hasta el tono de un cielo nuboso.
—¿Para qué lo necesita?
—Eso no es…
—¿Asunto suyo? —terminó él enarcando una ceja—. Lo es si quiere mi cooperación. ¿Cuál es su interés en Jeremy Island?
Taylor sintió una oleada de intranquilidad. Aquel hombre podría estar a la venta, pero el brillo de determinación en su mirada y la decidida forma de su mandíbula ya no indicaban ninguna indolencia, sino una fuerte determinación. Y sin embargo… era comprensible. Aquel hombre provenía de la isla y probablemente tendría lazos allí. Tendría ciertas lealtades. Eso hasta podía respetarlo… dentro de unos límites. Pero quizá cierta dosis de cautela fuera prudente.
—Antes de avanzar más, necesito su promesa de no hablar de este asunto con nadie —pidió Taylor.
Él se encogió de hombros.
—Seguro.
—Si voy a pagarle, espero una lealtad absoluta —advirtió ella—. Si

no la recibo, usted no recibirá su paga. ¿Queda claro?

Él tensó la mandíbula.

—Está claro. No discutiré sus planes con nadie más a menos que lo que planee sea ilegal o dañe económicamente a la isla de Jermain. ¿Le parece justo?

Ella inclinó la cabeza.

—Bastante justo. Para responder a su pregunta, estoy investigando unos cuantos complejos, entre ellos el de Bridge's Bay y necesito un análisis detallado de la propiedad.

—¿Por qué tiene que hacer ese análisis?

Ella se encogió de hombros.

—Estamos interesados en futuras oportunidades de inversión.

—Bridge's Bay no está a la venta.

—Somos muy conscientes de ello, pero ofrece una excelente base de comparación si se presentara una oportunidad parecida.

Él pareció aceptar su explicación.

—¿Qué tipo de detalles desea conocer?

—Mi informe debería cubrir la forma de operar del hotel y qué tipo de amenidades ofrece. El número y la función del personal. El número de huéspedes que visitan la isla y los ingresos que generan. Y también el estado financiero del complejo, así como los costes de operación y mantenimiento.

—¿Eso es todo?

Ella se encogió de hombros.

—Probablemente no. Sospecho que se me puede haber pasado un detalle o dos.

—No pide demasiado, ¿verdad?

Su ironía no se le escapó, pero se negó a dejarse arrastrar por ella.

—Pienso pagar por el valor de lo que obtenga.

Él se pasó una mano por el cuello.

—Bien. Vamos a ello, entonces.

—¿A dónde vamos?

—De nuevo a la hamaca. Prefiero negociar con comodidad.

J.T. le asió con delicadeza por el codo conduciéndola por el camino de piedras. Era obvio por su firmeza que no esperaba que ella retrocediera de nuevo. A Taylor le pareció curioso aquello. O sea, que le había catalogado correctamente. No era un hombre que quisiera dejar escapar de las manos un dinero tan fácil. Ahora que sabía que

ella iba en serio, se comportaría.

Eso esperaba.

Al llegar a los escalones que subían al porche trasero, Taylor vaciló. Las tablas no parecían en mucho mejor estado que las del porche delantero. J.T. no notó su reticencia. Sólo su mano en su brazo impidió la última vergüenza de caer de bruces. Incluso entonces, después de sólo dos escalones, se vio obligada a sujetarse a él para mantener el equilibrio.

—¡Vaya más despacio!

Al comprender su dilema, J.T. le rodeó la cintura con las dos manos y la levantó por los aires para subir los últimos escalones mirando con enfado sus tacones altos. Dios bendito, la estaba tocando, sus manos rodeando su cintura como un círculo de acero. Y lo peor era que ella lo estaba tocando a él. ¿Tocando? Gimió para sus adentros. Estaba colgada de él como una loca marioneta. La suave piel y los tonificados músculos bajo sus manos tentaban a la caricia. ¡Dios, qué caliente lo sentía! Caliente e incuestionablemente masculino. Inspiró para calmarse y rogó por que cuando la soltara fuera capaz de mantener el equilibrio sobre las piernas temblorosas. Le parecía bastante dudoso.

—Si no llevara un calzado tan asesino, podría conseguir subir un par de escalones sin caerse —observó él con tono cáustico.

—Si midiera uno setenta y cinco en vez de uno sesenta y cinco, no necesitaría estos zapatos.

En su confusión había admitido mucho más de lo que admitiría en circunstancias normales. Comprendiendo que él la seguía sujetando de forma tentadora, se libró de él y se balanceó hacia atrás aliviada de sentir una silla tras su espalda. Se sentó con más velocidad que gracia.

J.T. se tendió en la hamaca observándola con los ojos entrecerrados.

—¿Y con qué finalidad quiere ganar unos centímetros? ¿Para darse más confianza a sí misma? —sacudió la cabeza antes de que ella pudiera responder—. No, eso no puede ser cierto. Usted está cargada de confianza.

—Señor Richmond…

La formalidad parecía lo más prudente en ese momento, pero no consiguió detenerlo.

—¿O es que está intentando ponerse al mismo nivel que sus colegas de trabajo? ¿Es que iguala la estatura con el estatus? Eso no funciona y lo sabe.

—¡Creo que ya es más que suficiente!

—Parece que he tocado la fibra sensible —se sentó balanceándose con calma—. ¿Cree que unos pocos centímetros pueden conseguir tal diferencia?

—Sí.

Taylor no se molestó en explicarse. Cuanto menos supiera de ella, tanto mejor.

—Interesante. La Princesa de Hielo revela alguna vulnerabilidad.

—¿Dónde ha oído ese nombre?

—No de Linda.

—No, ella es demasiado encantadora —acordó Taylor entrecerrando los ojos—. Pero me sorprende que alguien de fuera del negocio sepa que me llaman así.

Él se encogió de hombros.

—Me gusta familiarizarme con la gente para la que trabajo, así que investigué un poco después de que Linda me telefoneara. Encontré a mucha gente dispuesta a hablar del Gran Jefe Malo y de la Princesa de Hielo.

—Parece ser que mi reputación me precede.

—Sin ninguna duda —clavó en ella una mirada burlona—. Cuénteme. ¿Ha sido merecida?

—¿El apodo o la reputación?

—Oh, estoy seguro de que la reputación ha sido merecida.

—Pues también el apodo.

—¡Qué interesante! —murmuró él—. Casi me tienta probarlo por mí mismo. Casi.

J.T. sonrió entonces y a Taylor le costó hasta el último ápice de control no permitir que la rabia le desbordara. Había perdido el control de la conversación en algún momento y deseaba recuperarlo. Y aprisa.

—Ya se ha divertido suficiente, señor Richmond. ¿Podemos empezar a hablar de negocios ahora? —abrió el maletín y sacó la lista que había preparado—. Veamos… aquí tiene sus tarifas para someterlas a negociación y los detalles que deberá cubrir.

—Lo tiene todo listado, ¿verdad?

Ella lo miró con confusión.
—¿Perdone?
—Que es una de esas personas que hacen listas para todo.
Taylor enarcó una ceja.
—¿Es eso una acusación o una pregunta?
—Ninguna de las dos cosas. Es una observación. Estoy familiarizado con la gente que hace listas. Lo hacen todo por números. Uno: levantarse a las 7. Dos: ducharse. Tres: desayunar. Cuatro: vestirse.
—Pues la verdad es que el número tres es vestirse y el número cuatro desayunar —replicó ella con sequedad.
—¿Y cuál es el número uno de la lista?
Ella no vaciló.
—Negociar sus tarifas en mi propio beneficio.
Él lanzó una carcajada.
—Entonces vamos a ello —se deslizó una mano por la mandíbula áspera de la barba incipiente—. Usted quiere bastantes detalles y eso le va a costar dinero.
Taylor lo miró con cinismo.
—Sí, eso no lo dudo. Y aunque estoy dispuesta a pagar una cantidad razonable, espero calidad a cambio.
—Sí, de acuerdo. Calidad —se tendió y le dio una patada a la columna que sujetaba la hamaca para ponerla en movimiento de nuevo—. Lo primero de todo, quiero cinco mil dólares por adelantado y eso no es negociable.
Ella sonrió genuinamente divertida.
—Todo es negociable, señor Richmond, especialmente sus tarifas. Pero antes de pagar nada, tendré que determinar si la información que pueda darme garantiza el precio siquiera.
Lo había enojado, comprendió Taylor con satisfacción al ver cómo apretaba los labios. A Richmond no le gustaba que cuestionaran sus habilidades. Con suerte, eso podría funcionar en su ventaja.
—La información que puedo darle garantiza hasta el último penique que le pida, señorita Daniels —dijo con un tono de dureza—. Eso se lo puedo asegurar.
—Eso espero, por su bien —replicó ella con ligereza—. En cuanto me convenza, le pagaré quinientos dólares. No cinco mil, sino quinientos. Y sólo para demostrar que soy una persona generosa, le daré otros quinientos en cuanto nuestras conversaciones concluyan y

sus datos puedan ser verificados.

J.T. salió de la hamaca y se levantó con un único y grácil movimiento.

—¿Verificados? ¿Qué quiere decir con verificados?

Su movimiento la había puesto nerviosa; era demasiado alto y estaba demasiado cerca. Y su estado de ánimo había pasado del enojo al enfado, aunque no estaba muy segura de por qué. Taylor se encogió de hombros ligeramente y con gracia.

—¿Creía que iba a aceptar su palabra simplemente? ¿Y si usted…

—¿Miente?

—Lo cierto es que iba a decir si comete un error —ladeó la cabeza de medio lado—. Un desliz freudiano, señor Richardson. ¿Pensaba mentirme?

—Me llamo J.T., ¿recuerda? Y no, no ha sido un desliz. Supongo que simplemente desconfío de la naturaleza humana y supongo que usted también. Sé que su padre sí lo hace.

—Boss no confía en nada ni en nadie.

—¿Incluyendo a su hija?

—Yo… —se paró y lo miró fijamente—. ¿Cómo lo consigue? —se maravilló—. Es usted realmente bueno. Muy bueno. A Boss le encantaría tenerlo en su equipo.

—¿Es eso una oferta de trabajo?

Ella sacudió la cabeza levantando más las gafas de sol sobre la nariz.

—Creo que nos ajustaremos a la oferta que tenemos sobre la mesa. ¿Recuerda esa oferta? Jermain Island y el complejo de Bridge's Bay. ¿Hay trato?

—Quinientos dólares si le puedo dar los datos y otros quinientos cuando se comprueben. Y sólo por curiosidad, ¿cómo piensa verificar la información?

Ella arqueó una ceja con sorpresa.

—Yendo a Jermain Island, por supuesto. Tengo reservas para una visita de dos semanas desde el próximo lunes. Una vez allí, pretendo peinar el complejo. Y suponiendo que sus datos sean correctos, pagaré el resto de su tarifa en cuanto mi inspección esté completa.

J.T. frunció profundamente el ceño y cruzó para apoyarse en la columna del porche más cercana a ella. Parecía sumido en sus pensamientos mientras miraba las planchas de madera descoloridas

por el sol como si le pudieran dar la respuesta a una cuestión vital.

—¿Pasa algo?

Él alzó la mirada hacia ella.

—Esto no va a salir bien y usted lo sabe.

Ella lo miró asombrada.

—¿Qué es lo que no va a salir bien?

—Su plan.

—No creo que esté usted en posición de…

—Estoy en perfecta posición de hacerlo —interrumpió él con frialdad—. Conozco la isla y conozco a la gente de la isla. Y además conozco el complejo. Le puedo dar mucha de la información que necesita, pero ciertos detalles, como el estado financiero y los costes de operación, no están a mi alcance.

—Yo sólo pago por datos señor Richmond. Si es usted incapaz de proporcionármelos, recurriré a otra persona.

Una lenta sonrisa le cruzó los labios.

—¿Y quién sería esa otra persona?

Él sabía que no podía responderle.

—Estaré en Jermain Island dos semanas. Estoy segura de que haré contactos que me puedan ser de utilidad. Y dudo que me cuesten quinientos dólares.

—Los isleños no le contarán nada —aseguró él con tranquilidad.

—¿Por qué no? —cerró el maletín y lo puso al lado de su silla consciente de que no conseguiría las respuestas en ese mismo instante. J.T. parecía tener especial habilidad para destapar problemas donde no parecían existir—. ¿Piensa pedirles que no me ayuden?

—No necesito pedirlo. Los isleños son gente muy reservada y no les gustan los extraños que van por ahí haciendo preguntas.

Taylor se reclinó contra el respaldo y cruzó las piernas intentando decidir qué hacer.

—Entonces me está diciendo que no tiene sentido visitar la isla y que debería gastar mi dinero basándome sólo en su palabra.

—No exactamente. Visitar la isla podría ser una buena idea. Pero no llegará a ningún sitio por su propio pie.

—Entiendo. Usted también quiere venir. ¿Es eso?

—Muy bien, señorita Daniels —cruzó los brazos sobre su amplio pecho—. La única manera de que consiga lo que busca es que la gente

confíe en usted. Y la única forma de que lo hagan es que crean que es una de ellos.

—Ya entiendo —entonces se le ocurrió una idea que casi le hizo soltar una carcajada. Era perfecta. No sólo serviría para los fines de J.T. sin como perfecta tapadera para ella—. Bueno, si la única forma de ganarme su confianza es convertirme en una de ellos, entonces eso es lo que haré.

—¿Cómo? —preguntó él con tono sarcástico—. ¿Asegurando que es un familiar perdido de alguien?

Ella sacudió la cabeza sonriendo con frialdad.

—No exactamente. Aseguraré ser la futura familia de alguien. De usted, para ser más precisa. Pasaré como su prometida.

Capítulo 2

J.T. miró a Taylor con incredulidad.

—Debe estar de broma —ella no movió un sólo músculo de la cara —. Está usted de broma.

—Nunca bromeo con los negocios.

—Espera que yo…

—Espero que me presente a los isleños como su prometida. Sí. Y le pagaré por hacerlo.

La rabia destelló en su mirada ardiente y fiera y Taylor experimentó una momentánea calma. Quizá hubiera ido demasiado lejos. J.T. avanzó hacia ella y Taylor se inmovilizó en la silla aferrándose a los brazos.

—Así que me pagará, ¿eh? —se inclinó hacia abajo asiéndola por las muñecas—. Bueno eso puede no ser bastante. Tengo que considerar mi reputación, ¿sabe? No estoy seguro de que la gente crea que me he comprometido con una mujer como usted. Levántese para que la vea.

No le dio tiempo a responder pues él la apretó más y la levantó.

Taylor no se molestó en forcejear. Él era demasiado fuerte y ella tenía todavía las piernas demasiado débiles.

—Mire, olvídelo. Ha sido una idea estúpida.

—Demasiado tarde. Acaba de comprarse un prometido. Veamos qué tal encajamos —le soltó las muñecas y clavó la mirada en ella—. La altura es un problema, incluso con esos malditos tacones.

Ella se puso rígida a la defensiva. Aquello no era lo que tenía en mente cuando había hecho la sugerencia.

—Mi altura está bien —protestó.

—Y la ropa tendrá también que desaparecer.

—¿Perdone?

—Nadie se creería lo de nuestra relación si va vestida así —informó él con brutalidad.

Ella se plantó las manos en las caderas. Un traje de seda de Chanel no merecía aquel tono condescendiente.

—No hay nada malo en la forma en que voy vestida —anunció—. Ahora, si no le importa…

—No habría nada malo en la forma en que va vestida si yo fuera del tipo de los de corbata y americana. Pero no lo soy. Me gusta que mis mujeres… —una sugerente sonrisa le surcó la cara—. Bueno, digamos

que las prefiero un poco menos encorsetadas.
—Una lástima. Me tomará como soy.
Él enarcó una ceja.
—¿Es eso una invitación? Me temo que tendré que pasar. Al menos hasta que vea cómo se desviste —antes de que ella se enterara de lo que pretendía, J.T. le quitó la americana y la tiró a la hamaca—. Mejor, pero sigue pareciendo demasiado envarada como para que este plan funcione.
—Ya está bien, J.T. El juego se ha acabado.
Taylor iba a recoger su americana, pero él la asió por un codo y la atrajo hacia sí. Demasiado cerca.
—Está muy lejos de haber acabado, princesa. De hecho, acaba de empezar.
Taylor pudo sentir su fuerza fibrosa y el calor de su piel a través de la fina seda.
—¡Aparte las manos de mí! —le ordenó.
—¿Qué pasa, jefa? ¿No es eso lo que había planeado cuando me ha ofrecido comprarme? Si espera ir a la isla enloquecida de amor, como cualquier pareja prometida, será mejor que se relaje. O si no, abandone.
Taylor no se atrevió a mirarlo, sino que se mantuvo distante rogando por que no acortara la distancia que ella necesitaba con desesperación.
—Me gustaría recuperar mi americana, si no le importa.
—¿para qué? Hay una ola de calor esta semana. ¿O es que no lo ha notado?
Ella alzó la barbilla.
—Lo he notado.
—Pues nadie lo diría por la forma en que va vestida. Es una maravilla que no se haya desmayado de calor. Quizá esto ayude —con una velocidad que la pilló por sorpresa, agarró el pico del lazo de seda de su cuello y lo soltó.
—¡Párese! Suéltelo —ordenó agarrándole por las manos.
Aquello fue un grave error. De hecho, tocarlo fue el peor error que podría haber cometido. Aquel no era un hombre corriente, sino un cavernícola mitad guerrero y mitad ángel del infierno. Debía ser malo a rabiar y probablemente orgulloso de serlo. Pero en ese momento, ya no se atrevió a retroceder. Él sentiría su debilidad y con el instinto del

cazador reaccionaría en consecuencia. No, mantendría el terreno aunque le fuera la vida en ello, lo que parecía más probable a cada minuto que pasaba.

Zafándose de sus manos, él terminó de soltarle el foulard del cuello para tirarlo en la misma dirección que la americana. La seda flotó en el aire aterrizando en los tablones más alejados de la hamaca.

Taylor miró la tela arrugada con incredulidad.

—¡No tenía derecho a hacer eso!

Él la ignoró.

—Algo sigue estando mal —murmuró él sacudiendo la cabeza con desaprobación—. Es demasiado formal. Nunca se creerán lo del compromiso. Quizá si abriéramos un poco la camisa.

—¡No! —dio un paso atrás, pero con demasiada lentitud. Él ya le había desabrochado los primeros botones—. ¡Párese!

—¡Mucho mejor. De acuerdo. Ahora soltemos ese pelo y…

—¡Ya es más que suficiente! —Taylor consiguió evadirse de sus manos antes de que le quitara todas las horquillas.

Pero no sirvió de nada. El peso de su pelo no se sujetó con las pocas horquillas que le había quitado y la cascada dorada cayó sobre sus hombros.

Nunca en su vida había perdido el temperamento mientras conducía un negocio. Pero lo acababa de perder. Y por completo.

—¿Está usted completamente loco? —se apartó la melena de la cara y lo miró con furia—. No tiene derecho a tocarme.

—Como su prometido, tengo todo el derecho.

—Usted no es mi prometido. Es mi empleado. Y ni siquiera es eso, porque está despedido. Ahora, déme mi ropa. ¡No! No importa. Vaya… vaya… ahí —ordenó agitando la mano en dirección al extremo más alejado de la hamaca—. Sólo tíreme mis cosas.

Él se rió con genuina diversión, lo que sólo sirvió para inflamar más su furia.

—Cálmese, señorita Daniels. Es usted la que ha empezado esta… proposición. Yo sólo lo estoy terminando. Y he guardado la parte más intrigante para el final.

Antes de que ella imaginara siquiera lo que pretendía, Richardson le quitó las gafas de sol y las lanzó hacia la hamaca. Pasaron por encima de la americana y aterrizaron en el suelo al lado del foulard. Dos soles gemelos se reflejaron en los cristales y en ese instante, todo

cambió. Taylor no supo cómo ni podía decir por qué. Simplemente sucedió. Lentamente alzó la mirada hacia él… y en ese instante estuvo perdida.

Richardson tenía los ojos más bonitos que había visto en su vida; el iris de un tono intenso de azul y radiantes de inteligencia. Las líneas de humor asomaban en los rabillos de sus ojos como chispas contra el bronceado de su piel. Su mandíbula cuadrada, ensombrecida por un poco de barba advertía de su naturaleza obstinada. Incluso así, le costó toda su fuerza de voluntad no explorar la abrasiva superficie.

¿Dónde estaban sus reservas? ¿Dónde había ido a parar el auto control que había tardado tantos años en conseguir? Se había ido todo al infierno con una simple mirada.

La diversión desapareció de la cara de él y el mundo exterior pareció retirarse, cubriéndolos con un silencio repentino. Sólo se podía oír su respiración, rápida y contenida, como si a los dos les faltara el oxígeno. Taylor observó cómo él apretaba los puños como si estuviera manteniendo la misma batalla interna que ella y su pecho se alzaba y caía con una rapidez que traicionaba la calma de su expresión. Taylor tragó saliva con nerviosismo.

El instinto le advirtió que no se moviera.

—¡Maldita sea, princesa! —dijo él soltando un profundo suspiro—. Debes estar muy bonita desvestida.

Fue la gota que colmó el vaso. Taylor apretó los dientes y se mantuvo rígida frente a él.

—¿Ya ha terminado?

Él inclinó la cabeza con un brillo burlón en los ojos que atemperaba la otra expresión, la que tanto la inquietaba y que tan consciente le hacía de su propia femineidad.

—Sí, he terminado.

—Bien. Entonces apártese de mi camino para poder salir de aquí. Y si me toca de nuevo, lo denunciaré a la policía.

Él ladeó la cabeza con una mirada muy perceptiva.

—Le molesta que la toquen, ¿verdad? ¿Y por qué será, me pregunto yo?

Su intuición la pilló con la guardia baja y respondió con más aspereza de la que había pretendido.

—Porque no me gusta. Estoy aquí para conseguir cierta información y eso es todo —intentó esquivarlo—. Le estoy advirtiendo, apártese a

un lado. Quiero irme.

Él no se movió. En vez de hacerlo, se cruzó de brazos con una mirada de curiosidad.

—Ahí está bastante equivocada, señorita Daniels. ¿Sabe cuál es el verdadero problema?

—No tengo ningún problema.

A él no le afectó en absoluto su negativa.

—Tiene miedo.

—¿De usted? —preguntó con el mayor desdén que pudo—. De ninguna manera.

—No, no de mí —la corrigió con sorprendente suavidad—. Tiene miedo de usted misma.

Taylor se quedó sin aliento y desvió la mirada. Odiaba la suavidad con que la había hablado y el tono de lástima que sospechaba que contenía. Se sonrojó con violencia. ¿Cómo se atrevía? Ella no sentía nada hacia él, y desde luego nada que le produjera miedo. Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, ladeó la cabeza y lo miró con ojos cargados de desdén. Conocía el poder de aquella mirada y sabía que hacía falta ser un hombre poco corriente para permanecer impasible.

Y él permaneció impasible.

J.T. inhaló con fuerza antes de alargar la mano y apartarle un mechón de la frente.

—Esos ojos… —murmuró estudiándole la cara con una intensidad que no daba lugar a error.

Así que por fin había hecho la conexión. Taylor se puso rígida esperando la inevitable comparación.

—¿Y bien? ¿A qué está esperando? Adelante, dígalo.

En vez de reaccionar con incomodidad y apartar la vista, él clavó aquellos vividos ojos azules en ella con una mirada calmada y apreciativa. Taylor sacudió la cabeza con incredulidad. No. Aquello no era posible. No podía admirar lo que estaba viendo. Simplemente no podía. Tenía que haber otra explicación.

—¿Qué se supone que debo decir? ¿A qué está esperando?

Ella se cruzó los brazos alrededor de la cintura sospechando que él encontraría aquel gesto defensivo bastante revelador. Pero no pudo evitarlo.

—Se supone que debe decir lo mucho que me parezco a mi padre.

—¿Parecerse a Boss? —le alzó la barbilla y se la ladeó para que los rayos de sol iluminaran sus facciones—. Pelo negro, ojos negros y corazón negro. ¿Es eso lo que quiere decir?

Taylor apretó la mandíbula.

—Es un cambio interesante escuchar que me lo dicen a la cara en vez de a la espalda.

—¿Pero usted no es Boss, verdad? —su voz adquirió un tono suave como el whisky templado con una deliciosa ternura—. En su caso es pelo rubio, ojos negros y corazón… ¿cómo es? ¿Un corazón tan claro como el pelo o tan negro como los ojos?

Taylor tragó saliva de forma compulsiva.

—¿Cuál cree usted?

—Creo… —sonrió y la sonrisa magnificó su áspera belleza—. Creo que sería interesante averiguarlo.

—Usted no va a averiguar nada. En cuanto baje esos escalones, no volveré a verlo nunca.

—Volverá a verme. Me verá porque puedo darle lo que necesita —de alguna manera había conseguido atraerla más cerca de él, su cuerpo rozando con tentadora ligereza el de él—. Me necesita. Admítalo.

—No…

La mano de él se deslizó hacia su cadera abarcando la femenina curva y acariciándola a través de la fina seda.

—Seguro que sí. Sólo falta un detalle que debemos examinar para saber si saldrá bien.

Ella no debería preguntarlo, pero no pudo evitarlo. Se humedeció los labios con la lengua.

—¿Qué detalle es ése?

—Si va a hacerse pasar como mi prometida, necesito asegurarme de que somos compatibles. Nuestra relación tiene que ser verosímil. Si no, es mejor que lo olvidemos.

No cabía ninguna duda respecto a lo que se refería. Taylor pudo sentir la tensión aumentar dentro de él y ver la expresión de propósito en la firmeza de su mandíbula y en el fiero ensombrecimiento de sus ojos. Si fuera inteligente, se iría de allí mientras todavía pudiera.

Pero no lo hizo. Ella nunca había retrocedido ante un reto en toda su vida y no iba a empezar en ese momento. Ni tampoco pensaba

quedarse obedeciendo las demandas de su amo como una esclava sometida.

—Sí —aceptó con aguda autoridad—. Será mejor que averigüemos si encajamos o no antes de estropear la mascarada en la isla.

Y con eso, avanzó deteniéndose a pocos milímetros de él.

J.T. plantó una mano en la base de su columna y la apretó más con una presión leve y relajada, como si temiera que podría escaparse si se movía demasiado aprisa. Ella no protestó ni forcejeó. En vez de eso, se acercó a él deseosa. Deslizando los dedos sobre el vello rizado de su torso, dio el paso final que los separaba encajando en el natural refugio de sus muslos y sus caderas.

J.T. la abrazó con delicada seguridad y eso sólo casi le provocó un desmayo. Ella había experimentado poca gentileza en su vida y J.T. Richmond era la última persona de la que lo hubiera esperado. Y también la hizo agudamente consciente de su femineidad, del innegable hecho de que él era el hombre y ella su complemento. ¿Había pasado tanto tiempo? ¿Había olvidado de verdad lo que era sentirse deseada por un hombre y sentir la lenta e inquietante pasión escalar por su cuerpo?

Era una idea aterradora, una que se sacudió de la mente con rechazo.

Aquello no era lo que ella había pretendido. Había planeado besarlo, demostrarle que podía permanecer inalterable por su caricia. Ahora comprendía que eso no iba a suceder. Aceptar su abrazo había sido un error, uno que debería corregir lo antes posible. Pero aunque no dudaba que pagaría un amargo precio al final, en ese momento no hubiera podido moverse aunque su vida dependiera de ello.

—Tranquila —murmuró él con suavidad como si sintiera su agitación—. Cálmate, Princesa.

—No me llames así —consiguió decir ella estremeciéndose cuando sus manos avanzaron hacia arriba moldeándola contra lo largo de su fuerte cuerpo.

Una suave carcajada tronó en su pecho.

—Considerando la situación, me parece más apropiado llamarte Princesa que señorita Daniels —enterrando las manos en su pelo, le abarcó la cabeza y se la ladeó para conseguir un ángulo más accesible —. Muchísimo más apropiado.

—J.T.… —suplicó ella.

Pero no estaba segura de si era para que la soltara o para que terminara lo que había empezado. Y no es que él pareciera sufrir la misma confusión.

—Ya llega —susurró él con voz ronca—. Ahora mismo llega.

Sus pulgares se deslizaron por sus pómulos en una tierna caricia. Entonces bajó la cabeza y la besó.

Taylor intentó mantenerse distante. Lo intentó sinceramente, pero alguna parte rebelde de ella se negó a permitirlo. Era como si su corazón hubiera elegido aquel momento para rebelarse contra su cabeza, como si los años de rígido control se hubieran convertido de repente en demasiados.

Y en aquel breve instante de debilidad, el mundo se disolvió.

J.T. profundizó el beso y ella se apoyó contra él rodeándole el cuello con los brazos. Aquello era un error. Un error terrible. Si no paraba en ese instante, pronto sería incapaz de hacerlo. Encontraba su abrazo embriagador e irresistible. El deseo se expandió como plata líquida invadiendo cada pensamiento, cada impulso y cada nervio hasta que pensó que moriría de necesidad, todo su auto control evaporado dejándola abierta y vulnerable para el hombre que la abrazaba. Y siguió sin resistirse.

En vez de hacerlo, sucumbió a lo inevitable con un jadeante gemido señalando su rendición.

J.T. supo que tenía un serio problema en las manos en el momento en que el gemido escapó de su boca hacia la de él.

Aquel sonido ligero y distintivamente femenino casi le rompió. Fue por puro reflejo por lo que la atrajo hacia sí más, se dijo a sí mismo. Eran sólo imaginaciones suyas lo bien que encajaba en sus brazos, lo bien que sentía aquel suave cuerpo envuelto en seda acomodarse contra los duros ángulos de su cuerpo.

Pero sabía que se estaba engañando. Aquel revelador murmullo desató algo elemental en él, algo salvaje y primitivo.

Y con la excitación le llegó la idea de que necesitaría hasta el último átomo de su fuerza de voluntad para no arrastrarla a algún oscuro refugio y encontrar la forma de forzar que aquel ronco murmullo saliera de sus labios una y otra vez. La deseaba en la forma más básica posible. Y si no finalizaba aquel encuentro pronto, la poseería.

En un minuto, decidió. En un par de minutos pondría fin a la

seducción de la apetitosa señorita Daniels. Mientras tanto, disfrutaría cada instante de todo lo que ella le ofreciera. Atrapó su labio inferior y la bebió con intensidad. Ella alzó la boca para recibir más y él la atrajo más hacia sí. Taylor se retorció más contra él y entonces J.T. escuchó aquel leve sonido de nuevo, el estrangulado gemido que le salió de la garganta antes de lanzarlo en forma de suspiro.

J.T. perdió el control por completo.

Aquello significaba problemas, comprendió demasiado tarde. Serios problemas. Tenía que detenerse ya antes de que se le hiciera físicamente imposible. Ella escogió aquel momento para cambiar de posición y el roce de la seda contra su piel le produjo cosas increíbles a su equilibrio. Imágenes seductoras poblaron su mente, imágenes del delicado satén de su ropa interior que descubriría en cuanto la despojara de aquella camisa y aquella falda; imágenes de ella en la cama con una nube de rizos rubios derramada sobre la almohada y la blanca piel sonrosada del deseo.

J.T. apretó los dientes consciente de que estaba llegando al punto sin retorno. Y entonces cayó por el borde del abismo, con una decisión tan rápida como brutal. La tomaría y al infierno con las consecuencias. Ella lo deseaba, aquello era evidente. ¿Qué podía haber de malo en satisfacer a la dama? Deslizó la mano por la curva de sus nalgas y se inclinó a punto de levantarla en sus brazos.

En aquel mismo instante ella deslizó las manos contra el muro de su torso y lo empujó liberándose de su abrazo.

Batió las pestañas sobre las mejillas sonrosadas y J.T. captó un leve destello de sus ojos. Eran negros como la tinta y estaban brillantes y nublados de pasión. Podía leer cada emoción, cada pensamiento en aquella oscura mirada líquida. Y cuando la expresión se borró, todas las emociones se cerraron como si nunca hubieran existido.

—No está mal —comentó ella con sorprendente calma—. Puede que merezca la pena que gaste mi dinero en contratarlo, siempre que no se deje arrastrar mucho.

Él entrecerró los ojos mientras asimilaba el insulto. ¿Habrían sido sólo imaginaciones suyas la respuesta de ella ante aquel beso? Si no fuera por cómo le palpitaba el pulso en la base de la garganta, podría haber creído que sí.

—La única que se ha dejado arrastrar has sido tú, Princesa.

—¿Es eso lo que ha creído? —preguntó ella con diversión—. ¡Qué

pretensión! Yo estoy aquí para hacer un trabajo y pretendo hacerlo, cueste lo que cueste.

Él enarcó una ceja.

—¿Incluye eso seducir al empleado?

—Como he dicho, haré lo que haga falta para completar mi asignación.

J.T. ocultó la irritación tras una sonrisa lobuna.

—Si seducirme a mí es parte del trabajo, ¿quién soy yo para quejarme? ¿Podemos terminar… nuestros asuntos dentro? ¿O nos desnudamos aquí mismo y te enseñaré lo que se puede hacer en una hamaca?

Taylor se sonrojó y él sonrió. Dios, estaba preciosa, todo carne y furia en un paquete que podría parar en seco a cualquier hombre. Con la blusa medio abierta revelando la suave redondez de sus senos y el pelo despeinado en una cascada de rizos, tenía todo el aspecto de una mujer bien besada. Y lo era. Si su apellido no hubiera sido Daniels, hubiera hecho mucho más que besarla.

Pero su apellido era Daniels, un hecho del que se arrepentiría toda su vida.

—Veo que estoy perdiendo el tiempo hablando con usted. Y sólo para aclarar alguna duda que pueda tener, nuestro negocio se ha acabado. Conseguiré lo que necesito por mi cuenta. Ahora, páseme mi americana. ¡No! Ahora que lo pienso mejor, guárdela como recuerdo —agarrando el maletín empezó a dirigirse hacia las escaleras—. Me voy de aquí.

Él la dejó alejarse. Detenerla sólo pondría las cosas peor. Además, no iría lejos. En cuanto se calmara lo suficiente, comprendería lo mucho que tenía que perder. Un Daniels nunca perdería una oportunidad como aquélla, fueran cuales fueran sus sentimientos personales.

Esperó hasta que ella llegó a los escalones antes de preguntar:

—¿Y qué hay del complejo de Bridge's Bay? Boss no va a quedar muy contento sin la información que has venido a buscar.

Ella se volvió en seco para mirarlo.

—Eso no es asunto suyo. Ni le permitiré que convierta esto en otra cosa que una proposición de negocios.

—Esto es una proposición de negocios —acentuó él—. Eso es todo. A menos que estés interpretando mis comentarios como no son…

Ella lo miró furiosa con los ojos brillantes como un carbón.

—¿Comentarios? Olvide los comentarios. ¿Qué se supone que puedo pensar cuando usted… prácticamente me ha desnudado? Y ese beso no tiene nada que ver con los negocios, al menos con los que yo he venido a resolver.

—Tú has participado deseosa en ese beso, Princesa.

—¡Le he dicho que no me llame así!

Se estaba arriesgando presionándola demasiado, pero tenía que mantenerla desequilibrada para impedir que pensara con demasiada claridad. Aunque no sería fácil. Intentó esbozar una sonrisa amistosa.

—No puedo seguir llamándote señorita Daniels. Si la gente me oyera, no creería que estamos prometidos. Vamos a dejarlo en Taylor.

—Vamos a dejarlo en adiós. Si cree que pienso embarcarme en ese falso compromiso después de haberme tratado así…

—Será mejor que lo hagas —le advirtió él—. Puedo darte la mayoría de los datos que necesitas por conocimiento personal. Y creo que podría conseguir la información adicional sin demasiada dificultad. Pero si quieres verificar mis datos, no podrás hacerlo tú sola. Necesitas mi ayuda. ¿Y vas a dejar que un simple beso se interponga en tu camino? No es muy profesional, Taylor.

En ese instante, ella comprendió por qué se había ocultado de nuevo tras las gafas de sol. Él podía leer cada pensamiento y emoción reflejados en su mirada. La ansiedad, la inquietud, la determinación. Incluso cuando finalmente recuperó la compostura, él seguía detectando sus pensamientos y su vulnerabilidad.

J.T. apretó los labios. ¿Por qué diablos le habría asignado su padre aquel trabajo? ¿Es que no sabía Boss lo vulnerable que era ante aquellas situaciones?

Salvo que fuera todo una actuación.

Después de todo, era una Daniels.

Y el engaño era tan propio de ellos como respirar.

Como para confirmar sus sospechas, el aire de vulnerabilidad desapareció como si nunca hubiese existido. La luz de la batalla asomó a sus ojos con una ferocidad que le sorprendió. Y su boca, todavía roja e inflamada de sus besos, se convirtió en una rígida línea. J.T. quedó impresionado. Por desgracia, no quería quedar impresionado por ella.

—Muy bien, señor Richmond. Intentaré por última vez llegar a un

acuerdo con usted. Tenemos una oferta en la mesa. Quinientos por la información y otros quinientos a su verificación.

—Dejémoslo en mil, tú corres con los gastos mientras estemos en el complejo y acepto el trato.

—¿Está seguro de que el personal del hotel responderá? ¿Que contestarán a mis preguntas?

J.T. odiaba admitirlo, pero…

—Si apareces como mi prometida, sí —confirmó con desgana.

Al menos lo harían hasta que él les ordenara lo contrario.

—Sólo tengo su palabra al respecto —dijo ella.

—Cierto. Supongo que tendrás que confiar en mí.

—¿Confiar?

Taylor frunció el ceño.

—No te resulta fácil confiar en la gente, ¿verdad?

—No.

Fue una respuesta desnuda, sin vacilación o afectación.

—Una mujer inteligente —ella no confiaría en nadie, pensó. Y mucho menos en él—. Conocerme a mí no te lo pondrá más fácil.

Ella clavó aquellos magníficos ojos suyos en él, unos ojos que parecían ver hasta el fondo del alma. Pero también unos ojos cándidos que no encajaban en un Daniels.

—¿Y por qué, señor Richmond?

Y entonces lo supo, supo la única manera de mantenerla desequilibrada y cómo nublar aquella mente aguda como una cuchilla.

—Porque pretendo aprovecharme de mi posición de prometido.

—¿Qué quiere decir?

Él dio un paso adelante para que Taylor pudiera notar la determinación de su mirada.

—Que voy a seducirte, Taylor. Y antes de que te vayas del Bridge's Bay vamos a acabar lo que hemos empezado aquí —la única reacción de ella fue apretar más el asa del maletín. Era fría, concedió J.T. Excepto cuando la tomaba en sus brazos y se convertía en fuego—. ¿Lista para rendirte? ¿Vas a tirar la toalla?

El desafío brilló en su mirada.

—Yo nunca tiro la toalla, señor Richmond. No se me seduce con facilidad. Será mejor que lo recuerde.

—¿De verdad? Ésa no es la impresión que me ha dado hace pocos

minutos.

Ella apretó los labios.

—Tiene mucha experiencia —admitió ella—. Y es un amante con talento, eso no lo dudo. Estoy segura de que le pagarán bien sus… —se encogió de hombros con desdén—. ¿Digamos servicios? Pero en este caso, nos atendremos estrictamente a los negocios. ¿Queda claro?

—Bastante.

J.T. hizo un esfuerzo por contener la rabia ante su insolencia. Perder el temperamento no le serviría de nada, sólo conseguiría alejarla. Ya estaría en posición de ganarla muy pronto. Hasta entonces, mantendría la cabeza fría.

—¿Y mis tarifas?

—Las que hemos acordado. Si viene a la isla conmigo, Daniels sólo pagará comida y alojamiento. El resto de los gastos van a su cuenta. Tómelo o déjelo porque es mi oferta final.

J.T. inclinó la cabeza con ironía.

—Es un trato duro. Supongo que tendré que aceptarlo —le extendió la mano—. ¿Trato hecho?

Ella vaciló sólo un instante antes de deslizar los dedos entre los de él.

—Creo que sí.

—Bien. Mientras tanto, ¿puedo sugerir que nos llamemos por el nombre? La gente encontraría extraño que me refiriera a mi prometida como señorita Daniels.

Ella asintió.

—Eso me recuerda una cosa. Es Davis. La reserva está hecha a nombre de Taylor Davis. No quería correr el riesgo de que me reconocieran.

—Una sabia precaución.

—Eso pensaba.

Taylor bajó la vista hacia sus manos como sorprendida de que estuvieran todavía entrelazadas en las de él y sintió un traidor estremecimiento antes de soltarlo. J.T. contuvo una sonrisa. No estaba tan impasible como quería aparentar. Muy interesante.

—¿Podemos ponernos al trabajo? —sugirió ella.

—¿Ahora?

—Si no te importa.

J.T. vaciló. No se atrevía a darle ninguna información de las que le había pedido. Todavía no. No hasta que tuviera tiempo de planificar su estrategia. De momento tendría que conseguir que las cosas se movieran lo más aprisa posible para que ella no tuviera tiempo de pensar. Era hora de echar a la exquisita señorita Daniels mientras él ponía en movimiento sus propios planes.

—Me gustaría hacer algunas investigaciones preliminares para no darte ninguna información errónea. En cuanto lo haga, ya hablaremos.

—Pero no hay tiempo. Nos vamos el lunes. Necesito preparar y estudiar esa información.

—Tendrás mañana para prepararla.

—Pero es sólo un día.

—Veinticuatro horas completas. Suficiente tiempo a menos que no puedas absorber la información con esa rapidez. ¿Tienes alguna deficiencia de aprendizaje que deba yo conocer?

—¡No seas ridículo!

—Entonces mañana estará bien.

El enojo irradiaba de ella, pero no discutió más. J.T. se inclinó y recogió la bufanda de seda enroscándola alrededor de su cuello y cubriéndole la nariz con un pico. Entonces recogió la americana de la hamaca y se la tiró.

—Hasta mañana, señorita Daniels.

—Taylor —corrigió ella automáticamente antes de empezar a caminar.

—Exacto. Te llamaré en cuanto tenga algo para ti, Taylor —no pudo resistir lanzarle la última puya—. Una cosa más…

Ella miró a sus espaldas.

—¿Sí?

—Puede que quieras abotonarte la blusa. Ir con ese aspecto por este vecindario podría causarte problemas.

Ella no paró sino que siguió caminando.

—¡Y tú, Richmond, puedes irte directamente al infierno!

Capítulo 3

J.T. observó alejarse a Taylor por la hierba demasiado crecida. A pesar de lo que le había dicho, le gustaba con aquellos tacones. Le pegaban. Y le daban un impúdico balanceo a su espalda a la vez que acentuaban sus piernas, unas piernas bien torneadas y esbeltas. Con todo, un envoltorio muy interesante, decidió.

Tras él, la puerta de la casa se abrió.

—¿Y a ti qué te parece, Shad? —preguntó J.T. mientras se daba la vuelta para mirar a su tío.

Shadroe Teach, un hombre alto y llamativo que parecía una década más joven de sus sesenta y seis años, se pasó el dedo por su espeso bigote nevado.

—Bueno, por lo que he podido ver —comentó apoyándose contra la barandilla de la terraza—, la tienes exactamente donde ella quiere.

J.T. frunció el ceño.

—¿Qué diablos quieres decir con eso?

—Quiere decir que estás jugando con dinamita, como bien sabes. Ese beso que le has dado podría ser el fuego perfecto para su mecha. ¿En qué estabas pensando, Jace?

—Estaba pensando que tiene los labios más bonitos que me he encontrado en mucho tiempo —contestó J.T. con calma—. Y he pensado que la mejor manera de mantenerle la mente apartada de los negocios es darle otra cosa de qué preocuparse. Ha funcionado, ¿verdad?

—Podrías haberla perdido. Otra mujer te hubiera dado una bofetada y se hubiera largado.

J.T. esbozó una fría sonrisa.

—Pero no ésta, que es lo que importa.

—Eso ha sido pura suerte. A pesar de tu actuación donjuanesca, no tenemos ni una sola pista de tras lo que anda Daniels Investments. Y conociendo a Boss Daniels, podría ser cualquier cosa. La gente de Jermain no se va a poner muy contenta con este asunto. No señor, nada contenta.

J.T. miró en la dirección en que había desaparecido Taylor y entrecerró los ojos pensativo.

—Dile a Elizabeth que yo me encargaré de este asunto. Sea lo que sea, sacaré la verdad. Y si para conseguirla tengo que seducir a la almidonada señorita Daniels con esos primorosos trajes de ejecutiva,

tanto mejor. La distraeré mientras hago mis propias investigaciones.

Shad sonrió y los ojos le brillaron de diversión.

—Entonces no habrás creído todas esas tonterías acerca de la investigación de unos cuantos complejos hoteleros, ¿verdad? Tú crees que hay algo más.

—Perdona, Shad, pero le prometí a la dama que no hablaría con nadie de los planes de Daniels —le devolvió la sonrisa a su tío—. Creo que ha sido una suerte que cayeras hoy por aquí.

—Y también ha sido buena suerte que hiciera tanto calor como para que las ventanas estuvieran abiertas.

J.T. soltó una carcajada.

—Menos mal que no tienes el oído tan viejo como el resto de tu persona.

Taylor agarró el teléfono con una mano y su lista en la otra y marcó el número que le había dado Linda. Al primer tono, sintió que la transpiración le humedecía la palma de la mano y apretó el receptor. Era sólo una llamada de teléfono, pensó enojada. Nada como para excitarse. Ni tampoco era gran cosa. Al cuarto tono, ya había roto la punta del lapicero y había tenido que agarrar otro de la mesa.

Él contestó a la quinta llamada.

—J.T. Richmond.

Acababa de levantarse de la cama. A Taylor no se le ocurría otra explicación a su áspera voz susurrante. La imagen de J.T. en la hamaca le pasó por la mente. Lo podía ver todavía con perfecta claridad: aquel musculoso torso ancho cubierto de aterciopelado vello. Los vaqueros deshilachados colgando de sus caderas y aquellas piernas musculosas extendidas en total abandono. Y los ojos azules como zafiros mirándola burlones.

—¿Hay alguien ahí?

Taylor se aclaró la garganta.

—¿Señor Richmond?

—¿Eres tú, Princesa?

Ella apretó los dientes ante el apodo.

—Sí, soy Taylor. ¿He llamado en mal momento?

Él bostezó.

—Es un poco extraño escuchar a mi prometida llamándome señor.

—Sabes tan bien como yo que no estamos prometidos —contestó ella—. Y es perfectamente apropiada la formalidad para hablar de

negocios.
—¿Es eso lo que estamos haciendo?
—Todavía no, pero ¿te importaría empezar ya?
—Si hay que hacerlo —exclamó él con un suspiro—. ¿Qué pasa?
Ella echó un vistazo a su lista.
—Quería fijar una cita para que nos viéramos.
—Estupendo. Ven a buscarme aquí el lunes.
—Pero el lunes salimos para la isla.
—¿Y?
Ella hizo un gran esfuerzo para contener la exasperación.
—J.T., me gustaría que nos viéramos hoy. Hay mucha información que cubrir.
—Perdona por esto, pero tendremos que hablar de camino a la isla. Todavía no he reunido todos los datos que me has pedido. Estas cosas llevan su tiempo, ¿sabes?
Aquello no iba a salir como ella había planeado.
—Mira. Tomaré todo lo que puedas darme.
—¡Ah Princesa! —exclamó él con un suspiro—. Me tientas. De verdad. Pero tendrás que esperar por ello.
—Estoy hablando de negocios.
—Yo también —replicó él con blandura—. ¿De qué creías que estaba hablando?
Aquella conversación no iba a llevarla a ningún sitio.
—Mira, voy a empezar a hacer las maletas. Te daré dos horas para completar la investigación. Entonces volveré a llamar y espero algunas respuestas a mis preguntas. Si no las tienes, el trato queda roto. ¿Está claro, señor Richmond?
—Muy claro. Pero eso no cambia el hecho de que la gente con la que necesito hablar no está disponible hasta el lunes.
Su tono se había enfriado de forma notoria. Ya no parecía el hombre que se vendiera al mejor postor, sino que sonaba como Boss en sus momentos más arrogantes. Bueno, ella tenía mucha experiencia en tratar con aquel tipo de arrogancia.
—Tiene exactamente dos horas, señor Richmond —repitió con sequedad—. O el trato se acabó.
—Muy bien, señorita Daniels. Lo que usted diga.
—Pensé que lo entendería —murmuró ella con dulzura.
—Ya que no puedo darle lo que necesita… supongo que se acabó el

trato. Que tenga buen viaje.

Taylor miró al teléfono con la boca abierta durante sesenta segundos. Entonces colgó de golpe sólo para descolgarlo al instante. Si pensaba que se iba a librar de ella con tanta facilidad, ya podía pensar en otra cosa. No la metería en un callejón sin salida.

Actuaría como una jefa autoritaria aunque le costara la vida.

J.T. posó el teléfono móvil en el pecho y sonrió. Su pescadito estaba forcejeando un poco, lo que le daba un placer infinito. Se preguntó si ya habría descubierto que tenía el anzuelo en la boca y a cada sacudida lo estaba tragando más y más. Lucharía a muerte por lo poco que la conocía.

Se cruzó los brazos por detrás de la cabeza y esperó a que el teléfono sonara. En cualquier minuto, Taylor recuperaría el aliento y reaccionaría. Desearía poder estar con ella y ver aquellos increíbles ojos despedir chispas negras. Oh, sí. Su adorable prometida estaría sin ninguna duda enfadada como un infierno.

Miró al teléfono, lanzó otro bostezo y esperó. Si no se daba prisa en volver a llamar, volvería a dormirse. Dos horas de sueño eran demasiado poco. En ese mismo instante, el móvil lanzó una furiosa llamada. Al quinto tono contestó.

—¿Hola?

—¡No vas a dejarme colgada! ¿Me oyes, Richmond? ¡No vas a romper este trato!

—¿Eres tú, Princesa? —preguntó con el tono más inocente—. Pareces enfadada.

—¡Maldita sea, J.T.! Aceptaste pasar como mi prometido y cuento contigo. No puedes volverte atrás ahora.

—Yo no me he vuelto atrás en nada —endureció el tono—. Eso lo has hecho tú.

—¡Perdona! Dijiste que…

Él la cortó sin ningún respeto.

—Pide todo el perdón que quieras, pero eso no cambiará los hechos. Eres tú la que das los ultimátum, así que no me culpes si los resultados no son de tu agrado.

—Yo sólo…

—Tú sólo pensaste que podías lanzar todo tu peso. Bueno, eso está bien si quieres aceptar las consecuencias. Pero no quieres, ¿verdad? ¿Es que nunca te advirtió Boss acerca del peligro de hacer estúpidas

amenazas?

—¡No era una estúpida amenaza!

—Entonces, ¿de qué te quejas? Si darme un ultimátum de dos horas no es una amenaza estúpida, entonces no deberías enfadarte porque yo rompa el trato.

—¡No, no puedes romperlo!

El pánico en su voz era claro y evidente. Oh, sí. Había picado el anzuelo con sedal y todo. Se enterara o no, la señorita Daniels se había puesto en sus manos y él no sería humano si no se aprovechara de las ventajas de la situación para mirar por los mejores intereses para la isla.

—Puedo echarme atrás —informó él con frialdad—, y lo haré. Y no hay una maldita cosa que puedas hacer tú al respecto.

—Pero yo necesito esa información —dijo ella—. Y la necesito hoy.

—Mira. No es culpa mía que hayas esperado hasta el fin de semana para empezar tu interrogatorio. Nadie trabaja los sábados y los domingos, ¿sabes?

—Fuiste tú el que aseguraste que podías conseguirme esa información.

—Y puedo. Sólo que no hoy —contestó sin ocultar el tono de impaciencia—. ¿Qué quieres que haga? ¿Que llame a Elizabeth Jermain y le pregunte por sus archivos financieros?

—¡No!

—Eso me parecía. Lo que tú quieres requiere tiempo. Estas cosas hay que hacerlas con delicadeza.

—¿Y la tienes tú?

—Tú tienes experiencia de primera mano. Dímelo tú —a Taylor le costó un momento captar el significado de lo que acababa de oír. J.T. escuchó el leve gemido que ella no pudo contener—. ¿Ningún comentario, señorita Daniels?

Ella se recuperó con rapidez.

—Ninguno.

—Me decepcionas. ¡Y yo que creía que eras una mujer honrada a carta cabal!

—¿A qué viene ese sarcasmo?

Tendría que tener más cuidado, comprendió J.T. No debía infravalorar su inteligencia.

—Sí, estoy siendo un poco sarcástico —concedió—. Perdona,

Taylor. Me has pillado en mal momento.

—¿Estabas durmiendo?

—¿No es evidente? Me acosté muy tarde anoche.

J.T. supo por el repentino silencio helado lo que ella sospechaba. Algo sórdido. Bueno. No podía explicarle que se había pasado la noche trabajando en su apartamento en su negocio para poder tomarse dos semanas libres. Tendría que creer lo peor de él.

—Entonces, ¿en qué quedamos? —preguntó con otro bostezo—. ¿Quieres esperar por esa información o no?

—No parece que me quede mucha elección.

—No, no lo creo. Reúnete conmigo aquí mañana a la una. Tomaremos el ferry de las dos y media para la isla.

—Pensaba llegar al complejo bastante antes de esa hora —contestó ella cargada de frustración.

—Perdona. A la una en punto aquí. A las dos y media el ferry. Fin de la discusión.

—Pero…

—Voy a intentar dormir un poco, así que no me llames en un par de horas. Ah, y no metas ninguno de esos trajes de ejecutiva de los que te gustan tanto. Ya sé que tienes un armario entero de ellos, pero me estropean la imagen.

Sonrió apretando el botón de desconexión.

Casi podía verla enrojecer de rabia.

Taylor se puso furiosa. ¿Quién se creía que era? Colgó el teléfono de golpe y se metió en la habitación.

Abrió la puerta del armario de par en par y empezó a tirar toda la ropa en la cama. La mitad se cayó al suelo y eso la puso más furiosa.

—¡Estúpido arrogante inútil! ¿Qué diablos sabe él del contenido de mi armario?

Se dio la vuelta para mirar con rabia la pila de trajes y blusas derramadas a sus pies. Pues parecía que la conocía demasiado. Por mucho que odiara admitirlo, sabía que él tenía razón. No podía llevar trajes de ejecutiva a unas vacaciones en una isla. Estaría ridícula. Él estaría paseándose por allí con vaqueros desgastados y ella como una maniquí de unos grandes almacenes con una etiqueta en la cabeza que pondría: «*Moda de temporada para oficinas*». Nadie se creería que ella y J.T. estaban prometidos. No cuando provenían de mundos tan diferentes.

Se acercó a la mesilla y descolgó el teléfono. Al diablo con el sueño. Había cosas más importantes. Marcó el número que se sabía ya de memoria.

—Será mejor que no seas tú, Princesa —masculló él a su oído.

—Bueno, pues sí —enroscó el cable del teléfono alrededor del meñique—. Es todo culpa tuya, ¿sabes? Dijiste que no llevara ningún traje, así que…

—Debes estar de broma.

—No, no lo estoy. Los dos tenemos un papel que interpretar. Lo que quiere decir que si este compromiso va a resultar creíble, tengo que saber qué ponerme. Y lo único que tengo son trajes.

Taylor le escuchó maldecir entre dientes.

—Debes tener algo más que trajes.

—Bueno, pues no. Ni vaqueros, ni cuero ni cadenas ni calaveras. En otras palabras, no tengo parafernalia de moteros. Lo siento.

—Yo también. Aunque la idea de verte con un traje de cuero y con cadenas…

—¡Richmond!

—Cálmate, ¿de acuerdo? Sólo lleva ropa normal. El tipo de ropa que te pongas los fines de semana para estar en casa. Y también necesitarás algún traje elegante para por las noches, como los que usas cuando sales con alguno de los ejecutivos que tu padre aprueba.

—¡Oh!

Taylor le dio una patada a la pila de ropa a sus pies.

Él lanzó un suspiro de placer.

—Ese «oh» me lo dice todo. Vamos a dejar algo claro. Te has pasado los últimos años labrándote una carrera en Daniels Investments, lo que quiere decir que la oficina es tu casa más que tu propio apartamento.

—Acertado.

¿Cómo sabía él que tenía un apartamento?

—Y tu idea de nueve a cinco de lunes a viernes es realmente de cinco a nueve de lunes a sábados.

—Algo parecido —confesó ella.

—¿No hay ejecutivos para cenar mientras discutes tu último triunfo financiero?

—Eso no es asunto tuyo.

—Me lo tomaré entonces como un no. ¿Y qué hay de citas en

restaurantes? ¿No te deja el gran jefe Boss salir hasta tarde? Debes tener algún traje de fiesta por alguna parte.

—Algo así.

Lo cierto era que tenía dos, pero como no le gustaba ponerse nada demasiado femenino o sofisticado por miedo a enviar las señales equivocadas, se había comprado trajes de noche formales que dejaban clara una cosa: el negocio era lo primero.

—Algo así. Ya entiendo. Bueno, pues ese algo así no valdrá para la isla. Vete de compras y consigue ropa de verdad. Trajes de baño, de noche, pantalones y camisas. E intenta llevar el pelo suelto. Así te tapará ese cuello tan rígido. Y una última cosa…

—¿Qué?

—¡Deja de llamarme!

Taylor tardó medio minuto en comprender que la había colgado de nuevo. Disgustada consigo misma por perder un tiempo tan valioso, volvió a la sala y se dispuso a preparar una lista de la ropa que iba a necesitar. De una cosa estaba segura, decidió mientras anotaba un anillo de compromiso. J.T. no tenía ni idea de lo que aquella asignación significaba para ella. Taylor se había pasado años trabajando para conseguir la vicepresidencia, aguantando unos horarios infernales y luchando por pasar la interminable serie de pruebas a las que su padre la había sometido. Así que J.T. pensara lo que quisiera. Después de todo, ¿a ella qué le importaba?

J.T. montó en su Harley e hizo el último ajuste a la tuerca del aire y la gasolina. Perfecto. Si eso no le daba la potencia extra que necesitaba, nada lo conseguiría. Ahora a abrillantar los cromados y la tendría lista para el día siguiente.

Deslizó una mano por el sillín de cuero. Poco sospechaba la primorosa señorita Daniels que esa mañana iba a entrar en la isla Jermain a lomos de su Harley. Lo que le recordaba… Era tiempo de preparar la pequeña venganza por todas las molestias que le había causado. Descolgó el teléfono y marcó su número.

—¿Hola?

—Sí, Princesa. Soy yo. Quiero que te pongas una falda mañana. Algo corto y justo.

—¿Disculpa?

—Me encanta cuando te pones tan formal. Estoy hablando de tu ropa. No parecías muy segura de qué ponerte, así que pensaba

ayudarte.

—Gracias, pero ya tengo planeado todo mi guardarropa —contestó ella con tono rígido.

—Haz otra lista, corazón.

El silencio le dio la respuesta.

—También he hecho una lista para ti —dijo ella por fin—. Cuando llegue el lunes, vas a ponerte un traje y una corbata. Colores neutros, nada ostentoso. El gris estará perfecto.

—Sí, de acuerdo. Te diré una cosa. Si yo me pongo el traje, tú te pondrás la minifalda.

—Ni ahorcada.

—Esperaba que dijeras eso.

Y con una sonrisa de picardía, colgó. Si no se equivocaba, aparecería vestida como una monja. Con una falda larga y amplia, abotonada hasta el cuello y aquellos tacones que le gustaban tanto. Unos tacones altos muy bonitos. Perfecto. Simplemente perfecto.

El teléfono sonó y Taylor descolgó resuelta a explotar a la primera provocación.

—¿Qué pasa ahora? ¿Vas a dictarme la ropa interior, también?

—¿Taylor? ¿Eres tú?

—¿Papá? Pensaba… creía… ¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó con debilidad.

—¿Qué es lo que está pasando, Taylor?

—Sólo bromeaba con una amiga. Supuse que me había vuelto a llamar.

—Eso no es muy profesional —la criticó Boss—. ¿Y si hubiera sido un cliente?

—Tendré más cuidado en el futuro. ¿Qué es lo que querías? ¿Pasa algo malo?

—No. Sólo te llamaba para asegurarme de que lo tenías todo arreglado para mañana. ¿Has tenido algún problema con las reservas del hotel?

—He tenido suerte. Tuvieron una cancelación de última hora.

—Muy afortunado. ¿Tienes tu asignación clara? ¿Sabes lo que quiero?

—Sí.

—Excelente. Buena suerte con esto, Taylor. Cuento contigo.

Taylor apretó más el receptor.

—Haré todo lo que pueda.
—Sé que lo harás. Sólo recuerda, vas allí por negocios. No te dejes distraer.
—No, no lo haré.
Boss le dio las últimas órdenes que Taylor apenas oyó y después colgó. Que no se distrajera, le había dicho. Eso era más fácil de decir que de hacer. J.T. Richmond había demostrado ser una distracción gigantesca, incontrolable y sensual a muerte. Desde el mismo principio se había entrometido entre ella y su trabajo y eso no parecía fácil de cambiar en el futuro.
¿Y si la volvía a besar? Apretó los puños. ¿Y si…? La cuestión real era…
¿Cómo se las iba ella a arreglar cuando lo hiciera?
Taylor entró en el camino de coches de J.T. a la mañana siguiente resuelta a concentrarse en el negocio que tenía entre manos. Abriendo la puerta del coche, agarró su maletín y salió. Al instante notó su presencia en el porche. J.T. estaba de pie entre las sombras con los brazos cruzados contra el pecho mientras esperaba a que ella se acercara. Tenía la mirada intensamente clavada en ella.
Taylor frunció el ceño. Dos días atrás había creído que era un hombre fácil de manejar y disponible para comprar. Ya no estaba tan segura. Parecía un pilar de piedra, duro e inamovible bloqueándole el paso. Había una evidente agresividad en su pose, un mudo reto en cada línea de su cuerpo. Y a Taylor no le gustó ni un poco.
Ni le gustó reconocer que era el hombre más atractivo y fuerte que había conocido en toda su vida. Encontraba la combinación de atractivo y poderosa personalidad demasiado inquietante. Miró su ropa con enojo. Unos vaqueros negros apretados que moldeaban los poderosos músculos de sus caderas y muslos y una camisa vaquera con el cuello lo bastante abierto como para ver la mata de su vello. Sólo sus ojos tenían color, fuego azul contra el bronce de la cara.
Inspirando con fuerza, se acercó resuelta a ocultar su irritación.
—Hola, J.T. —dijo encantada de la calma con que le salió la voz.
Él inclinó la cabeza.
—Puntual como un reloj, ¿eh? Bueno, cuando es importante, yo también soy muy puntual. De paso, me gusta tu vestido. No era lo que te había pedido pero debo reconocer que te queda muy bien.
—Gracias.

Taylor se pasó una mano por la falda larga gris acampanada. Era de estilo clásico con un ancho cinturón y un collar de perlas sobre el body blanco de escote en uve. Unas mangas ilusión largas que terminaban en puños anchos le hacían las muñecas ridículamente delgadas y finas. También llevaba botas del mismo tono de gris. Los tacones eran demasiado altos, pero no se había podido resistir a la moda.

La sonrisa de él se ensanchó.

—Pareces vestida para ir a la iglesia.

Ella se llevó la mano al cuello.

—Son las perlas. Piden piedad.

—Entonces será lo primero que se irá.

Ella lo miró con incredulidad y sin aliento. Le asaltaron salvajes e insanas imágenes: una cama de postes esperando por ellos en el hotel de la isla; J.T. despojándola de la ropa con entusiasta abandono y una hilera de perlas rotas derramándose por el suelo. Se controló enseguida con la cara sonrojada. ¡No, no, no! No le dejaría que le hiciera aquello. No arriesgaría su trabajo por algo tan sórdido y denigrante como la lascivia.

—Las perlas se quedan.

—De acuerdo. Entonces se irá todo lo demás.

¡Eso no lo permitiría nunca! Taylor dejó que creciera un incómodo silencio entre ellos antes de hablar con la voz más fría de que fue capaz..

—Ya veo que te di una impresión equivocada el sábado.

—De ninguna manera. Yo creo que me diste la impresión exacta.

—Ese beso no debería haber ocurrido nunca.

—Tienes razón. No debería —su candor la pilló por sorpresa así como el brillo de sus ojos—. Pero nada cambiará el hecho de que te tuve en mis brazos, te besé con pasión y tú me ofreciste… ¿digamos una respuesta entusiasta?

Taylor se inflamó de furia.

—Bien. Sucedió. Vamos a olvidarlo.

—¿Y si yo no quiero olvidarlo? —preguntó él con suavidad.

—Entonces puedes…

Taylor se mordió la lengua para contener la impetuosa respuesta que tenía ya en los labios. Además, estaba furiosa consigo misma por perder de aquella manera el temperamento. Ella nunca había tenido

aquel problema en el trabajo. Nunca.

—¿Puedo…? —interrumpió él claramente divertido ante su esfuerzo por controlarse—. ¿Puedo qué?

Había llegado el momento de explicarle los hechos al señor Richmond antes de que la situación se le escapara de las manos. Taylor clavó en él una mirada glacial.

—En caso de que no te hayas dado cuenta, tenemos asuntos más importantes que discutir que lo que pasó el sábado. Me niego a permitir que un beso insignificante interfiera con esta asignación.

Él arqueó una ceja.

—¿Insignificante?

Taylor se sonrojó aún más.

—¡Maldita sea, J.T.! Eres mi empleado. Estaremos trabajando muy unidos las dos próximas semanas. Esto es un negocio, no una excusa para…

Se detuvo horrorizada porque había estado a punto de decir: para una aventura. ¿De dónde había salido aquello? Se mordió el labio mirándolo con expresión de debilidad.

—¿Qué estabas diciendo?

Aunque su expresión permanecía impasible, su tono de voz contenía una peligrosa suavidad.

¿Sabía él lo que había estado a punto de decir? ¿Lo sospechaba? Taylor tragó saliva antes de hablar.

—Esto no es una excusa para unas vacaciones —concluyó con cautela—. Quiero establecer unas directrices de trabajo. Y quiero hacerlo ahora, antes de que nos vayamos, para que no haya más interpretaciones erróneas.

Él lanzó un leve sonido de disgusto.

—Por favor. Déjame ahorrarte la molestia. Tú quieres mantener una relación laboral aséptica. Todo tiene que ser profesional. Ni besos, ni caricias, ni disfrute. Puede que nos veamos forzados a actuar como una pareja enamorada, pero eso no quiere decir que tenga que gustarnos —le clavó una mirada letal—. ¿Es ese el discurso que tenías preparado?

A Taylor le hizo falta hasta el último ápice de su fuerza de voluntad para no levantarse y abofetearlo.

—Sí, ese era el discurso.

—Bien. Considera que lo has pronunciado —una sonrisa

provocadora le surcó la cara—. Tú mantén las manos quietas y no habrá ningún problema.

—Señor Richmond…

Los ojos de él brillaron con expresión amenazadora.

—Olvídalo ya, Princesa. Ya has hecho tu anuncio. El mensaje me ha llegado alto y claro. Ahora te sugiero que nos vayamos.

—Muy bien. ¿Estás preparado?

—Casi. ¿Por qué no pasas mientras recojo mi equipaje? Tengo un informe preliminar para que lo eches un vistazo.

J.T. observó cómo Taylor subía al porche y se dio la vuelta para abrirle la puerta. Ella entró en el recibidor con un balanceo de falda que atrajo su mirada como un imán. J.T. se quedó parado y el enfado se transformó en una inesperada oleada de deseo.

Lo había hecho a propósito. De eso no le cabía ninguna duda. Todas las mujeres, desde Eva hasta la actualidad, sabían cómo hacer aquel sugerente movimiento. Un par de caderas femeninas balanceándose probablemente condujeran a Adán a la ruina y no habían cambiado mucho las cosas desde entonces.

Le costó un esfuerzo imposible no agarrarla por la cintura y apretarla contra él. Y más que nada, deseaba escuchar aquel gemido de sus labios. Apretó los dientes negándose a ceder al impulso.

Él no caería en aquella argucia femenina. Él no.

Podía permitirse esperar. Porque pronto… muy pronto, la tendría en sus manos. Y aunque no estaba seguro de hasta dónde llegaría, sí sabía que disfrutaría una barbaridad descubriéndolo.

Taylor se detuvo en la entrada y echó un vistazo a su alrededor. J.T. vio que estaba intentando ocultar la curiosidad y esbozó una sonrisa. La casa la sorprendió, quizá porque la desolación de ella no le encajaba con la imagen de él. Bien. Un rompecabezas más para tenerla distraída.

—La cocina está al final del pasillo —le informó—. Mi informe está sobre la mesa y el café está recién hecho. Sírvete uno mientras yo cargo mi bolsa en el maletero.

—Eso estaría bien —dijo ella dirigiendo una mirada de ansiedad hacia el recibidor.

J.T. observó su reacción con cinismo. Era una Daniels de los pies a la cabeza. No cabía ninguna duda. Una sola mención a aquellos papeles y se había iluminado como un árbol de Navidad. ¿Y por qué

le disgustaba comprobarlo? Se encogió de hombros. Él sabía quién era ella desde el mismo principio. Y nada de lo que dijera o hiciera cambiaría aquel hecho.

Era hora de poner su plan en acción.

—Me alegro de que todo esté a tu gusto, señorita Daniels, pero para meter mi equipaje, necesito las llaves de tu maletero.

Ella ni siquiera miró en su dirección.

—Sí, por supuesto.

Metió la mano en el bolso y sacó las llaves.

Él las tomó sin decir una sola palabra, recogió una bolsa del recibidor y salió. Al acercarse a su coche, se detuvo distraído al instante. ¿Cómo no se había fijado en aquello antes? ¿Era posible que hubiera estado tan concentrado en Taylor como para no haberse fijado en su coche? Era un deportivo rojo muy llamativo. Esbozó una sonrisa. ¿Quién hubiera pensado que la Princesa de Hielo conduciría un coche así? Volvió a mirar hacia la casa. Debía haber profundidades desconocidas en la señorita Daniels.

Rodeó el coche fijándose en él con atención. Por supuesto que no lo había descapotado, a pesar del calor. Pero con lo encorsetada que era su prometida, no le extrañaba. Sólo Taylor tendría un deportivo para no bajarle la capota. Tendría que ver cómo cambiar aquella actitud en las dos semanas siguientes.

A regañadientes concluyó su impresión. Por mucho que le gustara examinar el coche, tenía un trabajo que hacer. Con rápidos movimientos, metió el equipaje en el maletero, dejó las llaves dentro y cerró de un portazo. Llegó a la cocina antes de que ella hubiera terminado la primera página.

—Es hora de irnos —anunció.

—Pero no he terminado de leer el informe —protestó ella—. Sólo he leído los antecedentes históricos.

J.T. recogió su taza y vació el contenido en el fregadero.

—Puedes leer el resto de camino —la miró enarcando una ceja—. No querrás perder el ferry, ¿verdad? Pensé que estabas ansiosa por empezar cuanto antes.

La confusión la asaltó y eso le suavizó los rasgos.

—Me gustaría llegar al complejo lo antes posible —admitió cerrando la carpeta para meterla en su maletín.

—Bueno, entonces en marcha. Vete hasta el coche mientras yo

cierro la casa.

J.T. sólo tardó un minuto en apagar las luces y cerrar la puerta. Llegó al coche detrás de ella y entró deslizando la mano por el asiento blanco.

—Pensé que no te gustaba el cuero —comentó.

—Venía con el coche —replicó ella con un gesto de desdén.

El brillo del rubí capto su atención y la tomó de la mano para examinarlo.

—Bonito. Muy bonito… y caro.

El rubí era de un rico color rojo engarzado en una montura con aspecto antiguo.

—¿Herencia familiar?

—No, es nuevo.

—Nuevo, ¿eh? Una elección interesante.

—Si vamos a aparentar un compromiso, necesitamos un anillo. Vi éste y me gustó, así que lo compré.

Su respuesta sonó apresurada y defensiva y él sintió ganas de presionar más.

—No estaba poniendo objeciones. Sólo que no esperaba algo tan anticuado. ¿Por qué elegiste éste?

J.T. vio la mentira formarse en sus ojos antes de que la dijera.

—Estaba rebajado.

—¿Rebajado, ¿eh?

Ella suspiró.

—De acuerdo, no. No estaba rebajado. Lo cierto es que ha sido extravagantemente caro. Pero lo compré de todas formas porque…

—¿Por qué?

—Porque me gustó, ¿vale? —como si se diera cuenta de que había estado a punto de contar demasiado, Taylor se soltó la mano. Al alargarla hasta la ranura de contacto, se quedó parada—. ¿Dónde están las llaves?

Él se encogió de hombros.

—Te las di a ti.

—No, no me las has dado.

Él aparentó buscarlas en los bolsillos.

—Te las debo haber dado porque yo no las tengo.

—Bueno, pues te aseguro que yo tampoco las tengo. Mira a ver si las has dejado puestas en el maletero.

Él obedeció y salió.

—No, no están. Miraré dentro de la casa —cinco minuto más tarde estaba de nuevo frente a ella con expresión de culpabilidad—. Debo haberlas dejado dentro del maletero. ¿No tendrás un juego de repuesto?

—Sí, pero en casa. Pero como las llaves de mi casa están en el mismo llavero que las del coche, ahora tampoco podré conseguirlas, ¿no te parece?

J.T. chasqueó los dedos.

—Ya lo sé. Tengo un amigo que es cerrajero. Lo llamaremos —no esperó por su respuesta y entró en la casa para hacer la llamada—. Ya está arreglado —dijo al volver—. Mi amigo se pasará dentro de una hora o dos y me ha prometido que meterá el coche y el equipaje en el ferry.

Ella salió del coche dando golpes en el suelo con el pie.

—¿Y qué pasa con nosotros? ¿Has llamado a un taxi?

—No hace falta —dijo él con una sonrisa triunfal—. Iremos en mis ruedas.

—¿Qué ruedas? —sólo tardó un minuto en comprenderlo y se apartó extendiendo las manos—. ¡Oh, no! Yo no. De ninguna manera.

Capítulo 4

J.T. contuvo una sonrisa.

—Tampoco es para tanto. Tú tienes un descapotable. No será muy diferente —insistió con blandura—. Sólo más corta y un poco más estrecha.

—No es lo mismo. Ni por lo más remoto —Taylor se agarró la falda y la sacudió—. ¡Maldita sea, J.T.! No puedo montar en una moto con un vestido.

—Claro que puedes. Agárrala en un puño.

—Olvídalo. Llamaré a un taxi.

J.T. la asió por el brazo antes de que diera más de dos pasos.

—Tardará mucho. Perderemos el ferry.

—Perderemos el… —la sospecha brilló en sus ojos—. Lo has hecho a propósito. Sé que lo has hecho.

—Exacto. Lo he hecho todo a propósito. He encerrado las llaves en el maletero para obligarte a subir a lomos de mi moto en tacones y falda. Una brillante deducción, señorita Daniels. ¿Y qué motivos podía tener?

—Bueno…

Jace no dio tiempo a que su mente lógica entrara en funcionamiento.

—Espera un minuto. Déjame adivinarlo. Lo hice porque pensé que un poco de aire fresco podía levantarte la falda. ¿Lo he adivinado?

—¿Por qué no? —alzó la barbilla y lo miró furiosa—. Nada de lo que hicieras me sorprendería, pero tengo noticias para ti. Puedo aguantar todo lo que quieras imponerme.

—Perfecto. En ese caso, Princesa, prepárate para quitarte un poco de almidón de encima. Vamos a ir en mi moto, con perlas y todo.

—¿Y qué pasa con mi vestido?

—¿Qué le sucede? —la atrajo hacia sí secretamente encantado cuando ella no intentó liberarse—. Si vas a ir a la isla conmigo, será en el asiento de la Harley. Con tacones o sin ellos; con falda o sin falda. Es tu elección, pero apuesto a que no tienes valor.

Taylor estaba furiosa. Magnífica y gloriosa.

—Prepárate para perder la apuesta, Richmond. Te he dicho que podré aguantar todo lo que me impongas y lo digo en serio. ¿Dónde está tu… máquina?

—En el garaje.

A los pocos minutos, había sacado la moto y le había puesto un casco negro en la cabeza. Con infinita gracia, Taylor se deslizó en el asiento trasero con la espalda muy recta. J.T. le quitó el bolso del hombro y el maletín de la mano.

—Dame un minuto para guardar esto y nos iremos —metió las dos cosas en un bolsillo lateral y le pasó su cazadora de cuero—. Toma. Póntelo. Hace frío cuando se sale a carretera abierta.

Ella se dio la vuelta para mirarlo.

—¿Y tú?

—Yo estoy acostumbrado —se apretó el casco y se puso las gafas de sol antes de montar—. Extiende la falda por delante de ti.

—¿Disculpa? ¿Y para qué iba a hacerlo?

A Jace le encantaba la formalidad con la que hablaba, con una voz tan fría y elegante. Si no sospechara que perderían el maldito ferry, la besaría hasta cambiarle el tono por uno dulce como la miel.

—Quiero que extiendas la falda porque voy a sentarme encima para que no salga volando. Vamos, no tenemos todo el día si queremos llegar al muelle a tiempo.

Por una vez ella no discutió. En cuanto él se aposentó en la uve entre sus piernas, sin embargo, se puso tensa.

—Yo no sé nada de… —empezó con nerviosismo.

—Bueno, yo sí. Ahora pega los talones a los pedales.

—¿Qué pedales? ¿Dónde?

—Justo debajo de tus pies. Así. Asegúrate de estar sentada en el trozo de falda en que no lo esté yo. Y enrosca los brazos alrededor de mi cintura.

J.T. no le dio tiempo a cambiar de idea, sino que encendió el motor y aceleró a propósito hasta hacerlo rugir. Taylor le rodeó la cintura con las manos con un ataque de pánico apretando el casco contra su espalda al enterrar la cara en su cuello. Jace sintió la rigidez en sus tensos músculos y los frenéticos latidos de su corazón y sonrió.

—Agárrate, Princesa —gritó antes de soltar el pedal—. Si esto no te afloja algo, nada lo conseguiría.

Ir a lomos de una Harley agarrada con frenesí a J.T. era algo que Taylor nunca había experimentado. No podía ni pensar con claridad entre aquel ruido ensordecedor y lo único que podía hacer era sentir. Unas sensaciones que la asaltaron como la embriaguez de una botella de champán.

La moto rugía bajo ella vibrando con la agresividad contenida de una bestia salvaje. Taylor se apretó contra J.T. sin reservas, su espalda musculosa entre ella y el viento incesante. Una repentina ráfaga le agitó la pierna tirando con salvajismo de la falda y subiéndole la tela hasta el muslo. ¿Por qué diablos se habría puesto medias de seda y ligueros en vez de unos pantis? No se atrevía a mirar abajo para comprobar si su dignidad seguía intacta. Algunas cosas era mejor no saberlas.

Se aproximaron a una curva muy pronunciada y la moto se inclinó casi rozando el suelo. Taylor se aferró a J.T. con el corazón en la garganta. Para su alivio, sólo se le escapó un gemido sordo. Se apretó más contra él y los senos se le aplastaron contra la espalda. Estaba aterrorizada y deseaba que el viaje acabara en ese mismo instante. O que durara para siempre.

La Harley se detuvo y el casco chocó contra el de J.T.

—Perdona —dijo echando el primer vistazo cauteloso a su alrededor.

Se habían parado en un semáforo en rojo y la moto se estremecía con violencia bajo ella, como si se estuviera preparando para cuando la luz cambiara. Taylor miró al coche que tenían al lado sorprendida al ver la avidez con que miraba el conductor la largura de su pierna. Se sonrojó y se la estiró metiéndola por debajo de su cuerpo para prepararse para la siguiente carrera.

J.T. ajustó el retrovisor y miró a sus espaldas.

—¿Estás bien?

Ella asintió y gritó por encima de ruido de la moto.

—¿Qué le pasa a tu moto?

—¿Qué quieres decir?

—Que no deja de temblar. Se supone que no debe hacerlo, ¿verdad?

Él se giró y la miró por encima de las gafas con los vividos ojos azules.

—Por supuesto que sí. Es una Harley.

La luz se puso verde y con un ronco rugido, salieron disparados. Con un grito estrangulado, Taylor se apretó a su cintura, las manos agarrando la fina tela de algodón de su camiseta como si le fuera la vida en ello. Estaba muerta de pánico. ¡Cálmate! Todo saldría bien. J.T. la protegería, se le ocurrió pensar. Y con eso, el miedo se le

disipó lentamente transformado en una innegable seguridad. J.T. se aseguraría de que nada le sucediera.

Sacudió la cabeza. Aquello era una locura. Él era su empleado, por Dios bendito y no alguna figura heroica de la fantasía. Se había burlado de ella, la había humillado y ridiculizado en cada ocasión. Era una persona voluble y sin dirección. Un hombre que vivía de fantasías.

Y sin embargo…

Y sin embargo, no podía negar su atractivo, ni su propia reacción ante él.

«Negocios», pensó con desesperación. «Tengo que mantener la mente en los negocios». ¿Qué diría su padre si la viera montada a lomos de una Harley con un hombre como J.T.?

Abrió mucho los ojos. Podrían parar justo al lado de Boss y ni siquiera la reconocería. Nadie que la conociera lo haría. Aquello le produjo una oleada de ilícita excitación. No entendía su reacción y ni siquiera intentó analizarla. Sólo sabía que por primera vez en su vida se sentía completamente libre.

Para cuando llegaron al corazón de Charleston, tuvo el coraje de mirar a su alrededor. Pasaron por delante de una feria griega en Marion Park y estuvo a punto de pedirle a J.T. que se pararan para pinchar su comida griega favorita, pero se resistió aprovechando para mirar los escaparates de la calle King antes de dirigirse a la Marina.

Ante la puerta de seguridad que los separaba del ferry, J.T. mostró su pase de residente y el recibo de su reserva antes de que les hicieran una seña para que embarcaran directamente.

Taylor se quitó el casco y el pelo se le derramó por los hombros todo revuelto. Frunció el ceño. ¿Por qué cada vez que estaba cerca de J.T. acababa pareciendo que la hubieran arrastrado por los arbustos?

—¿Cuánto dura el viaje? —preguntó.

—Como cuarenta y cinco minutos.

—Bien. Suficiente tiempo como para revisar tu informe. ¿Dónde has metido mi maletín?

—En la bolsa lateral. Iré a buscártelo.

—¡No! —replicó ella arrepintiéndose al instante de haber hablado con tanta vehemencia—. Yo lo haré, gracias.

Se levantó del asiento y abrió la bolsa.

J.T. la estudió un momento. Entonces él también desmontó de la

moto y se quitó el casco colgándolo del manillar.

—¿Qué tienes ahí que no quieres que yo vea?

Ella evitó su mirada.

—Tengo documentos que son privados —dijo decidiendo ser honesta—. Estoy segura de que podrás entenderlo.

Para alivio suyo, J.T. no siguió con el tema y sólo preguntó:

—¿Alguna pregunta acerca del informe?

—No lo sé. Déjame ver… —pasó las páginas y las ojeó—. Me gustaría revisar tu información acerca del personal. ¿Dónde está esa sección?

—Aquí. Te lo enseñaré —le quitó los papeles de las manos y los pasó con rapidez—. Empieza aquí y continúa en la siguiente página.

Ella iba a empezar a leer el documento cuando una ráfaga de viento se la arrancó de los dedos. Los papeles revolotearon por encima de la barandilla y acabaron como confeti sobre las olas.

—¡Oh, no! —miró con impotencia desaparecer el informe en el agua antes de volverse a mirar a J.T. con furia—. ¡No te quedes ahí! ¡Haz algo!

Él enarcó una ceja.

—¿Y qué esperas que haga? ¿Que me tire por la borda detrás de ellos?

Taylor se plantó las manos en las caderas.

—Sabes nadar, ¿no?

Él la miró con incredulidad.

—¿Sabes algo, Princesa? Eres tonta.

—Tú no lo entiendes. Necesito ese informe, así que a menos que tengas otra copia, empieza a nadar —vaciló asombrada de lo que acababa de decirle—. ¿Tienes otra copia?

—No.

—¿Por qué no? —preguntó enfadada.

—Porque no necesitaba una copia. Ni me pidieron que la hiciera. Y como no pienso ahogarme por rescatar el original sólo nos queda una opción.

—¿Cuál?

—Tendremos que pasar de él.

—¿Pasar de él? Debes estar de broma. Necesito ese informe y lo necesito ahora. Puede que sea pasando como hagas tú los negocios, pero yo no paso de algo que es importante.

—Estás haciendo una montaña de un grano de arena.

—Desde luego que no. Ese informe es vital.

J.T. le dirigió una mirada de impaciencia.

—No tanto como para tener que tirarme por la borda en su busca. Lo repetiremos.

Ella vaciló mirándolo con duda.

—¿Eres capaz de hacerlo?

—Como es la única opción que tenemos, no me quedará otro remedio.

Por desgracia, tenía sentido.

—Bueno, al menos tengo la lista de cuestiones que hice —dijo sacando una carpeta de su maletín—. Eso nos ayudará.

—Sí. Menos mal que tenemos tus listas.

Taylor entrecerró los ojos.

—¿Es eso sarcasmo, Richmond?

—¿Por qué no? Nunca había conocido a una mujer más obsesionada por los horarios, detalles y planificación. Tienes una lista para todo, ¿verdad?

—Para todo no —replicó ella dolida.

—Mentira. No sabrías qué hacer contigo misma si un trozo de papel no te dijera cómo, cuándo y dónde hacerlo.

—Por supuesto que sabría.

Bueno, quizá.

—Admítelo, Princesa. No tienes ni un ápice de espontaneidad en todo tu cuerpo.

Ella señaló a la Harley.

—Me he subido en esa máquina tuya. ¿Cómo se llama eso si no es espontaneidad?

—Yo lo llamaría estar atrapado entre la espada y la pared. La espontaneidad es un acto impulsivo. Tiene que ver con hacer algo sin mirar las consecuencias. Hacerlo a tu propio ritmo y con tus propios motivos, sólo porque te apetece.

Taylor se restregó las manos con frustración.

—Conozco el significado de la palabra espontaneidad.

¿Creía él que planeaba cada uno de sus movimientos, que lo tenía todo calculado? Frunció el ceño. ¿Sería ella así?

—Oh, olvídalo —J.T. se pasó una mano por el pelo—. Estamos pasando Fort Summer. ¿Quieres echar un vistazo o no está en tu

maldita lista?

—Sabes muy bien que encabeza mi maldita lista.

J.T. miró con enfado hacia la barandilla donde estaba Taylor. Dios, aquella mujer le ponía enfermo. Arrogante. Obstinada. Sabelotodo. ¿Cómo iba a soportar las dos semanas siguientes en su presencia y mantener un poco de cordura? Al menos, ella no se había dado cuenta de que él había soltado aquellos papeles a propósito o lo hubiera matado en el acto. La observó de nuevo.

Taylor estaba de pie mirado al mar sin desviar la vista ni a izquierda ni a derecha. Incluso cuando la brisa le agitó el pelo revolviendo los sedosos mechones rubios, no se movió ni un milímetro. Sólo permaneció allí con el ceño fruncido. Por supuesto que no llevaba el pelo suelto por elección propia. Por ella iría abrochada, encorsetada y recogida con horquillas de los pies a la cabeza.

Bueno, aunque no hiciera nada más, conseguiría encontrar la forma de desabrochar los botones, quitarle el corsé y hasta la última horquilla. La miró otra vez y apretó los labios.

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo conseguía permanecer allí con su elegante traje como para ir a la iglesia y con un aspecto tan delicado e inmaculado como un ángel? Especialmente cuando él sabía todo lo que tapaba aquella finura. Una sonrisa de aprecio le surcó los labios al recordar la deleitosa imagen que había visto por el retrovisor de la moto. Bueno, una cosa tenía segura. Cualquier mujer que llevara medias de seda y liguero blanco bajo aquel atuendo tan correcto no podía ser tan angelical.

Al menos eso esperaba.

Taylor miraba a las gaviotas que les sobrevolaban contando los minutos que les faltaban para llegar a Jermain Island. J.T. no había apartado los ojos de ella en todo el viaje. Ni una sola vez. Le había costado toda su fuerza de voluntad no darse la vuelta y gritarle: —¿Qué? ¿Qué quieres ahora?

Arrogante. Obstinado. Espontáneo. Sabelotodo. ¿Cómo iba a aguantar las siguientes semanas sin perder el juicio a su lado?

Lo miró de soslayo sin soltar las manos de la barandilla.

Dios, qué atractivo era. La brisa le agitaba el pelo moreno atrayendo la mirada a los fuertes rasgos de su perfil. Parecía duro, peligroso e irresistible. Nunca había conocido a un hombre como él;

simplemente no existían en su mundo. Se mordió el labio. Era una lástima. Le darían color.

Y espontaneidad.

J.T. cruzó al lado de Taylor.

—Atracamos dentro de unos minutos —anunció—. He encargado que un taxi nos lleve el equipaje en cuanto llegue.

—¿Hay taxis? Quizá yo podría…

J.T. no la dejó terminar, sino que la asió por el brazo y la atrajo con fuerza hacia él. Habló con suavidad pero con una voz tan autoritaria como su expresión.

—Vamos a aclarar una cosa, Princesa. La gente de la isla me conoce. Saben el tipo de hombre que soy y cómo vivo mi vida. Y te guste o no, tendrás que encajar en ese estilo de vida. Yo monto una Harley, llevo vaqueros y tomo mis propias decisiones. No permito que nadie me toque las cuerdas, ni siquiera la hija de Boss Daniels.

Taylor miró a su alrededor alarmada esperando que nadie lo hubiera escuchado.

—Te estás olvidando de que no soy la hija de Boss. El apellido es Davis, ¿recuerdas? Y soy tu prometida.

—No me he olvidado de nada, aunque parece que tú sí. Así que déjame refrescarte la memoria. Estás conmigo, lo que quiere decir que montarás en mi moto.

—Pero yo no soy como tú, J.T. —intentó razonar ella con suavidad —. No puedo entrar en un hotel de lujo montada en una moto. Me sentiría más cómoda en un taxi.

—De ninguna manera. Mi prometida llega en el asiento trasero de mi moto. Es lo que los isleños esperan y es lo que van a tener. Ahora te sugiero que te pongas el casco y montes.

Ella lo miró aturdida. Hablaba en serio.

—No puedo creer esto.

—Será mejor que empieces a creerlo. Y rápido.

Ya se podía olvidar de la razón. No había encontrado a un hombre menos razonable en toda su vida.

—¿Sabes una cosa? —anunció irritada—. He guardado silencio durante bastante rato, pero hay una cosa muy importante que pensaba decirte.

Él la soltó y se cruzó de brazos.

—¿Y cuál es?

—Eres un arrogante y molesto parásito. Ya está. Ya lo he dicho.

—¡Dios! Me tienes impresionado. Ahora que has descargado —hizo un gesto hacia la Harley—, planta tu cola en mi moto y te enseñaré hasta dónde puedo llegar de parásito.

Taylor pensó discutir, pero una mirada a su sonrisa le indicó que debía tener cautela.

—Muy bien. Lo haré. Pero primero quiero saber por qué estás haciendo una montaña de un grano de arena.

—No es un grano de arena. Para mí no.

—¿Por qué? Vamos J.T. Al menos me merezco una explicación. No puedes pretender que obedezca al instante tus órdenes sin algún tipo de explicación.

—Eso es un asunto de opiniones —se calló durante largo rato encogiéndose de hombros—. De acuerdo, Taylor. Te diré mis motivos por esta vez, aunque dudo que seas capaz de entenderlos.

Taylor contuvo otro rafagazo de furia.

—Inténtalo.

—De acuerdo. Imagina algo si es que puedes.

A Taylor los ojos le despidieron chispas del enfado.

—Primero me acusas de falta de espontaneidad, después cuestionas mi capacidad de comprensión, ¿y ahora mi falta de imaginación?

—No lo sé. Ya veremos —la asió por la barbilla y se la alzó mirándola con seriedad—. Quiero que imagines que estás enamorada de mí.

Ella tragó saliva y la rabia se evaporó con la misma rapidez con que la había sacudido.

—Tienes razón —dijo con voz ronca—. Eso conllevaría mucha más imaginación de la que tengo —cuando él entrecerró los ojos, Taylor suspiró—. Perdona. Estoy locamente enamorada de ti. Eres mi sol y mi luna y no respiro a menos que me des permiso para hacerlo. ¿Para qué querías oírlo?

—Si me amaras, no te daría vergüenza llegar en una moto conmigo.

Ella cerró los ojos con un extraño estremecimiento. Si lo amara… ¿Era tan difícil de imaginar? Él tenía una fuerza que admiraba y valoraba, incluso aunque a veces le impidiera hacer lo que deseaba. Era inteligente. Tenía sentido del humor. Y hasta su actitud desenfadada era algo que secretamente envidiaba.

Pero él había dicho amor. Taylor se removió con incomodidad

negándose a asociar aquella emoción con él. Era un concepto demasiado peligroso. Sin embargo… le debía cierta dosis de candor.

Abrió los ojos lentamente.

—Si te amara —confesó en voz baja—, no me importaría cómo llegáramos al hotel siempre que fuera juntos.

Él aflojó los dedos y acarició los delicados huesos de sus hombros.

—¿Eres siempre tan sincera?

—Procuro serlo.

Taylor notó la duda en sus ojos. ¿Qué había hecho ella para causar tal escepticismo? Había intentado ser sincera desde el principio. Y aunque la finalidad de los datos que necesitaba no había sido del todo verdad, el engaño no le haría daño a nadie. A la larga no. Así que, ¿a qué venía tal desconfianza?

—J.T., ¿qué pasa? ¿Por qué…?

El ferry atracó y se pegó con suavidad al muelle.

—Vamos —dijo él asiéndola por debajo del codo—. Es hora de irse.

Sin una palabra más de protesta, Taylor montó en la moto y se puso el casco. Su pelo parecería un nido de ratas para cuando llegaran, pero no podía evitarlo. Miró hacia los muelles donde los trabajadores estaban preparando los vehículos para descargarlos y al instante sintió un vivido interés.

El paisaje que tenía delante era el mismo que el de otros pueblecitos de pescadores que había visitado. Y sin embargo, aquél tenía más encanto, una personalidad propia en las casitas de madera alineadas frente al pueblo con sus jardines delanteros en cada una.

Se inclinó hacia adelante para hablar por encima del rudo del motor.

—¿Te criaste en este pueblo?

J.T. asintió señalando.

—Por ahí. En la playa del sur.

El empleado les hizo un gesto para que desembarcaran cortando la conversación. J.T. aceleró y salió del ferry a la carretera. Por delante de ellos, Taylor pudo ver un helipuerto y a un helicóptero despegando en ese mismo instante.

Unos minutos más tarde, giraron a un largo paseo bordeado de viejos robles. Las gruesas ramas cubiertas de musgo formaban una preciosa sombrilla y entre los árboles, los arbustos salpicados de flores de color púrpura y rosa daban un colorido maravilloso. J.T.

redujo la marcha y echó un vistazo a sus espaldas, donde estaba el complejo.

El edificio principal era la casa de una antigua plantación y mucho más bonita de lo que Taylor hubiera imaginado. La mansión de ladrillo de dos pisos, con sus columnas corintias y su intrincada barandilla de hierro forjado, era airosa y firme y en cuanto la vio, Taylor se enamoró de ella. Debía ser precioso formar parte de la historia del lugar, poder llamar a aquel pueblo su hogar.

La idea la dejó inquieta, cargada de una sensación depresiva de que su vida carecía de sustancia, de profundidad y raíces.

J.T. aparcó a un lado del edificio y en cuanto el motor paró, ella se quitó el casco y saltó del asiento. Suspiró mientras se estiraba la falda en un inútil intento por alisar las arrugas. Para su asombro, J.T. le apartó los rizos de la cara y le deslizó un mechón suelto tras la oreja.

—Dame mi cazadora y deja de preocuparte. Estás preciosa.

Ella parpadeó de sorpresa.

—¿Disculpa? ¿Qué has dicho?

Él esbozó una lenta sonrisa.

—Te he dicho que me des la cazadora.

—No eso, el otro comentario.

—¿El de que estás preciosa?

Ella lo miró sin habla.

—No me crees, ¿verdad? —enarcó una ceja—. ¿Qué pasa? ¿Es que no te lo habían dicho antes alguno de tus ejecutivos de corbata?

Ella sacudió la cabeza pasándole la cazadora de cuero.

—No, sólo me han dicho la mente tan brillante que tengo. Que soy el vivo retrato de mi padre y hasta han comentado mis ventajas para una fusión.

—¿Fusión?

—En argot empresarial se refieren al matrimonio. Pero nadie me había dicho nunca que fuera preciosa.

—¿Es que son ciegos o sólo estúpidos?

Ella se mordió el labio inferior.

—Supongo que en mi trabajo, la imagen no cuenta mucho —murmuró—. Pero tampoco debería, ¿no?

—Bueno, nunca me he dedicado a la diplomacia y no pienso empezar ahora. Cuando una mujer es bonita, se lo digo. Y tú, Princesa, eres preciosa —apretó los labios como si hubiera hablado

demasiado y la soltó asiéndola de la mano—. Vamos, tenemos que registrarnos.

Ella sonrió para sus adentros. No sabía si creerlo, pero no importaba. Además era un cambio agradable ser tratada como una mujer en vez de un balance de beneficios-pérdidas. Y también ayudaba que él pudiera mirarla a lo más hondo de sus negros ojos sin pestañear. No muchos podían hacerlo. Quizá fuera porque no había conocido a Boss ni notaba el parecido que parecía inquietar a la mayoría de los hombres que conocía.

Subieron los escalones de la terraza juntos hasta llegar a unas enormes puertas de cristales. La luz inundaba el recibidor desde los ventanales hasta el techo que flanqueaba la puerta iluminando el suelo de roble y el suave tono amarillo de las paredes. Una amplia escalinata con barandilla labrada a mano ofrecía una tentadora imagen del segundo piso, prácticamente invitando a la exploración. Con un suspiro de desgana, Taylor se volvió hacia el mostrador de recepción.

—¡Hombre, J.T.! ¡Qué agradable volver a verte! —lo saludo la mujer tras el mostrador—. No sabía que fueras a venir.

—Hola, Joanie. ¿No te lo dijo Elizabeth? Me quedaré en el complejo dos semanas —deslizó un brazo por encima de los hombros de Taylor y la atrajo hacia adelante—. Ésta es mi prometida, Taylor Davis. Creo que las reservas están a su nombre.

Joanie extendió la mano con una amplia sonrisa de placer.

—Es un placer, señorita Davis. Si hay algo que pueda hacer para hacerle la estancia más agradable, sólo tiene que decírmelo.

—Gracias. Es usted muy amable.

Joanie consultó una lista y anotó algo con rapidez.

—Están en la suite presidencial —miró a Taylor—. Son en realidad dos habitaciones adyacentes con un cuarto de baño entre ellas en el segundo piso. La terraza tiene una vista impresionante del océano. ¿Quieres que busque a Shadroe para que os acompañe arriba? —le preguntó a J.T.

—No, no te molestes. Aunque le agradecería que se pasara cuando tenga tiempo.

—¿Qué hay del equipaje? ¿Está fuera?

—No, llegará más tarde en el ferry. Le he dicho a Trotter que lo traiga en el taxi.

Joanie soltó una carcajada.

—Déjame adivinar. Has tenido problemas para meterlo todo en la Harley. ¡Cómo ibas a dejar tú la moto en casa! —miró de uno al otro—. ¿Cómo os conocisteis, de todas formas?

Taylor improvisó a la velocidad del rayo.

—En una fiesta.

—La atropellé con la moto —replicó J.T. en el mismo instante.

—Me arrolló con la moto en una fiesta —especificó Taylor dirigiéndole una mirada de amenaza.

J.T. se cruzó de brazos y sacudió la cabeza.

—Vamos a dejarlo claro, Princesa. Tú estabas en la fiesta y yo pasaba por allí.

¿Así que ella carecía de espontaneidad? Iba a enseñarle lo que era la espontaneidad.

—¿Que pasabas por allí? Aquel policía te pilló a cincuenta millas por hora en un área con límite de veinticinco. Podrías haberme matado. Estuve coja una semana.

—Que es por lo que te mantuve en la cama todo ese tiempo. Ordenes del doctor —una lenta y sugerente sonrisa le surcó los labios—. Desde luego, me gustó aquel doctor. Nos dijo que nos eleváramos y por Dios que nos elevamos.

—Tú… yo —se sonrojó con violencia hasta la raíz del pelo—. Que elevara mi rodilla. Eso es lo que elevamos, mi rodilla.

—Lo que tú digas —se dio la vuelta y esbozó una amplia sonrisa en dirección a Joanie—. Creo que es hora de que acompañe a mi futura esposa a la habitación.

Joanie asintió y le pasó a J.T. una llave de bronce.

—Que disfrutéis de vuestra estancia.

—Gracias. Me resulta un poco raro verte a ti haciendo las reservas en vez de sentada en el despacho del conserje.

—Oh, sólo estoy sustituyendo a Liz.

—¿Iba ella en ese helicóptero que despegó cuando llegamos?

—¡Claro! —Joanie bajó la voz y se inclinó hacia adelante—. Aunque el dónde va y a quién va a ver es el cotilleo de toda la isla, pero el piloto no suelta prenda.

J.T. sonrió.

—Si lo averiguo, te lo contaré. Me alegro de verte, Joanie. Ah, y felicidades por tu boda. Creo que has conseguido marido e hija al

mismo tiempo.
Ella se puso radiante.
—Desde luego. Ya te los presentaré.
Taylor esperó hasta estar subiendo las escaleras para preguntar:
—¿Quién es Liz?
—La nieta de Elizabeth Jermain. Elizabeth es la propietaria y Liz dirige el hotel.
—Eso es mucha responsabilidad —Taylor lo miró por encima de las gafas. ¿Es joven… Liz?
—Le saco uno o dos años. Tiene… —se encogió de hombros—. No lo sé. Treinta y tres o treinta y cuatro. Por ahí anda.
—¡Oh! —Taylor no pudo resistir hacer la última pregunta—. ¿Está casada?
—No. Y antes de que me lo preguntes, nunca nos hemos enrollado. ¿Satisfecha?
—No iba a preguntar eso —protestó Taylor con vehemencia—. Ni siquiera se me había ocurrido.
—No, por supuesto que no —llegaron al rellano—. Sincera hasta la médula, ¿eh, Princesa?
Ella se detuvo y lo detuvo con la mano en el brazo.
—Soy sincera.
—Por supuesto. La suite está a la izquierda.
Taylor avanzó por el pasillo haciéndose a un lado mientras él abría la puerta.
—De acuerdo, bien. No he sido completamente sincera —confesó furiosa consigo misma por mentir y más con él por saber que había mentido—. Quería averiguar si vosotros dos habíais… alguna vez…
—Ya te lo he dicho. No.
Taylor entró en la habitación.
—Quizá no debería haber hecho ninguna pregunta, pero me pareció importante. Después de todo, si tengo que actuar como tu prometida, debería saber esas cosas.
—¿Princesa?
Ella se cruzó de brazos.
—¿Qué?
—Hablas demasiado —dijo cerrando la puerta con el pie.
Sin previa advertencia, la atrajo a sus brazos y la echó encima de una enorme cama de postes para seguirla antes de darle siquiera

tiempo a respirar.

—Ahora soy yo el que tiene una pregunta.

Ella tragó saliva.

—Y te la contestaré encantada en cuanto me dejes levantarme.

—De ninguna manera. Ésta es una de esas preguntas de cama.

Ella lo miró con confusión, los ojos oscuros muy abiertos y vulnerables.

—No sé de qué estás hablando.

Él enarcó una ceja.

—¿Nunca has oído hablar de una pregunta de cama? —ella sacudió la cabeza y el pelo se derramó por la almohada como una cascada dorada. J.T. no pudo resistirse. Deslizó la mano por su pelo y acarició los rizos de seda—. Bueno, esa pregunta sólo se puede hacer en la cama.

—¿Cuál es la pregunta? —susurró ella.

—Me lo he estado preguntando todo el día. ¿Lleváis todas las ejecutivas encorsetadas esas medias de seda y esos ligueros? —le rozó los labios con un beso suave como una pluma—. ¿O eres tú una excepción a la regla?

Capítulo 5

A Taylor se le pusieron los ojos como platos.

—¿Cómo sabías que llevaba…?

—Digamos que la combinación de la Harley, una conducción rápida y la falda larga, dan una vista muy interesante —J.T. deslizó la mano hasta su rodilla, subiéndola hasta que localizó el punto preciso donde acababan las medias de seda y empezaba la piel satinada—. Una vista inolvidable.

Taylor tenía la respiración entrecortada.

—Déjame levantarme, J.T. No puedo permitir que esto vaya más lejos.

—No has contestado a mi pregunta.

—Ni pretendo hacerlo.

Se retorció bajo él en un intento por escapar.

—Poco prudente —le advirtió J.T.

—¿Qué es poco prudente? ¿No contestarte?

—No, moverte así.

Para asombro de J.T., Taylor se sonrojó. ¿Cómo era posible que una mujer en el final de la veintena tuviera tal capacidad de sonrojo? ¿Es que nadie había jugado con ella antes? ¿O la habían piropeado? Recordó de nuevo los comentarios de la puerta del hotel. Algo como que los hombres comparaban su aspecto con el de Boss y la trataban como una fusión de empresas.

No dudaba que algunos de los menos inteligentes pudieran contemplarla como una hoja de balances. Para ellos, Boss Daniels y su inmensa corporación eran un suculento bocado, pero la mayoría no serían tan ciegos.

Seguramente verían la aterciopelada oscuridad de su mirada, las generosas curvas de sus senos y sus caderas, las largas piernas esbeltas y la aguda inteligencia bajo aquella asombrosa apariencia.

A menos que lo de la inocencia fuera una interpretación.

Después de todo, era una Daniels.

Y el engaño era tan natural para un Daniels como respirar.

No se había movido desde su advertencia, comprendió con diversión. O su nerviosismo era auténtico o… Entrecerró los ojos al ocurrírsele otra posibilidad. Aquel juego de timidez virginal podría ser el elaborado plan de un tiburón financiero. Quizá la tentara un poco para ver si tenía a una mujer en sus brazos… o a la hija de Boss

Daniels.

—Te dejaré levantarte en cuanto contestes a mi pregunta.

Acarició el liguero de encaje y soltó la trabilla delantera.

A Taylor se le escapó un suave gemido.

—No recuerdo tu pregunta —confesó con voz estrangulada.

Él le alzó la rodilla y deslizó la mano por la parte trasera de su muslo sintiendo su estremecimiento.

—Ligueros. ¿Lleváis todas las ejecutivas ligueros?

Con un rápido tirón, soltó la segunda trabilla.

—¡Contestaré! Ya no más, J.T. Te juro que contestaré a tu pregunta si te paras.

Él extendió la mano por su muslo acariciándolo con el dedo pulgar en suaves círculos.

—Estoy esperando.

Taylor tembló antes de hablar a borbotones:

—Por lo que yo sé, soy la única de la oficina que lleva ligueros, excepto por un hombre de contabilidad. Pero no estoy muy segura de lo de él. ¡J.T., no! Dijiste que me soltarías si contestaba a tu pregunta.

—Te mentí.

Taylor iba a protestar pero él aprovechó la ventaja de sus labios entreabiertos para darle un beso. No la saturó con una caricia apasionada sino que le ofreció un suave asalto. La respuesta de ella fue igual de gradual. J.T. sintió la vacilación inicial, una momentánea resistencia mientras la razón luchaba contra la pasión. Las manos de ella subieron hasta su pecho, sus dedos se extendieron como para empujarlo… Él sintió el conflicto interno y supo que todo estaba en la balanza.

Pero fue la mujer la que ganó. Con un susurrante suspiro, se relajó contra él y deslizó las manos hacia su cuello. Lo que habría perdido con la agresión, lo había ganado con la persuasión y su respuesta bien había merecido la contención.

Ella se abrió a él con la delicadeza de una rosa desdoblándose al sol, entreabriendo los labios y profundizando el beso. Jace comprendió que podría perderse a sí mismo en su abrazo, perderse durante horas sin fin, quizá durante días sin fin. Él sólo había pretendido jugar con ella y robarle un rápido beso. Pero todo había cambiado en el momento en que había escuchado aquel distintivo gemido, un sonido ronco, urgente e irresistible.

Enterró al mano de nuevo entre su pelo y le ladeó la cabeza rozando los pendientes y el collar de perlas por detrás. La deseaba. Deseaba despojarla de aquella ropa y hacerle el amor hasta que el agotamiento se apoderara de ellos. Y entonces desearía empezar todo de nuevo.

En ese momento llamaron a la puerta enfriándolo como un jarro de agua fría. Taylor permaneció ajena, totalmente atrapada en el abrazo, pero él sabía quién estaba detrás de la puerta. Y también sabía que Shad nunca esperaba por la respuesta. En ese momento, la llave entró en la cerradura.

J.T. rompió el beso pero no hizo ningún esfuerzo por moverse. Por rara que la situación pudiera ser, tenía que ver la expresión de Taylor cuando recuperara la consciencia, mirarla a los ojos cuando tuviera todas las barreras bajas. En ese momento, sabría la verdad. Sabría si tenía a una mujer en sus brazos o a una muñeca corporativa. Sabría si sus sentimientos eran auténticos o ficticios. Taylor batió las pestañas para mirarlo. En ese instante, él supo la respuesta: la pasión desnuda brillaba en sus ojos negros, una pasión salvaje e innegablemente ardiente.

Y en lo único que pudo pensar fue en protegerla de la mirada de su tío.

—¿Interrumpo? —preguntó Shad desde el umbral con tono cargado de diversión.

—Espera —gruñó J.T. con tono de advertencia.

Pero era demasiado tarde. Taylor se incorporó sobresaltada y el collar, enlazado en el dedo de J.T., se soltó. Las perlas se derramaron por la cama y el suelo.

Taylor se puso pálida mirando al collar roto con ojos horrorizados al recordar la fantástica imagen que había tenido al comienzo del día.

Cerró entonces los ojos. La única diferencia entre la fantasía y los hechos era que en la realidad todavía estaba vestida, un detalle debido más a la suerte que a la planificación… No podía soportar pensar en ello. Deslizó la mirada hacia la puerta con aprensión. Para alivio suyo, J.T. se levantó colocándose entre ella y el visitante.

—Hola, Shad. No puedo decir que llegues en el momento más apropiado, pero me alegro de verte.

—Tú pediste que me pasara por aquí —contestó con brusquedad—. Pásame la cesta, chico —le ladró a alguien a sus espaldas—. Yo lo

llevaré desde aquí.

Para cuando se volvió a dar la vuelta, Taylor ya había saltado de la cama y se había estirado la ropa.

—No te preocupes por las perlas —dijo J.T. en voz baja—. Yo las recogeré más tarde.

Shad entró en la habitación con una enorme cesta de frutas en las manos.

—Felicidades en nombre de la dirección, señorita —dijo como si encontrar a dos huéspedes en un apasionado abrazo fuera lo más normal del mundo—. Bienvenida al complejo de Bridge's Bay. Soy Shadroe, el capitán del barco. Si hay algo que pueda hacer para hacerle la estancia más agradable, no vacile en pedirlo.

—Shad es nuestro historiador residente —intervino J.T.—. Cualquier pregunta que tengas acerca de la isla, él es el hombre de las respuestas.

La expresión de Taylor se iluminó y dio un paso adelante extendiendo la mano.

—Es un placer —dirigió una repentina mirada de pánico hacia J.T. —. Un placer conocerlo, Shadroe —terminó con nerviosismo.

J.T. frunció el ceño y ella supo que no tenía ni idea de lo que iba mal. No lo captó hasta que un pedazo de seda se deslizó por debajo de su falda hasta llegar al tobillo. Entonces sonrió.

—Lleva la cesta a la otra habitación, ¿te importa, Shad?

—Por supuesto.

El capitán desapareció por las puertas correderas.

—¿Dónde está el baño? —preguntó ella al instante.

—No hace falta —dijo él deteniéndose a sus pies—. Yo te lo pondré.

—¡No! No. Puedo hacerlo yo.

—Sólo tardaré un minuto.

—Sólo dime dónde…

Taylor se interrumpió con un gemido de incredulidad. ¡Dios bendito! Nunca en toda su vida le había hecho un hombre una tarea tan íntima. Sus manos eran largas y ásperas, pero le acariciaban la pierna con infinito cuidado. Pulgada a pulgada, deslizó de forma agonizante la seda desde el tobillo al muslo, sus dedos subiendo en un avance tortuoso. A Taylor le temblaron las piernas y tuvo que apoyar las manos en su espeso pelo para evitar caerse.

—Te lo estoy advirtiendo —susurró en voz baja—. No te atrevas, maldita sea, J.T. ¡Párate ya!

—¿No quieres que te abroche el liguero? —preguntó él con burlona inocencia.

—Yo —se le quebró la voz y lo intentó de nuevo—. Lo puedo hacer yo sola.

—No te molestes —dijo él con un guiño—. Ya he llegado yo.

Taylor cerró la boca comprendiendo que o le dejaba terminar o tendrían una pelea. J.T. pareció tardar una eternidad en abrochar el liguero y ella miró con furia a su coronilla.

—Date prisa —susurró tirándole del pelo—. ¡El capitán vuelve!

Las manos de él se detuvieron durante un momento interminable y entonces se levantó dejando caer la falda a su sitio. Cuando Shad entró en la habitación, J.T. ya se había alejado hasta la ventana.

—Os traeré el equipaje en cuanto llegue —dijo Shad—. Y le he mandado a Marie que os deshaga las maletas. ¿Hay algo que pueda hacer por vosotros mientras tanto?

—No, gracias —replicó J.T. pasándole un billete. El hombre arrugó el bigote.

—Muy generoso, señor. Espero que disfrute de su estancia.

—Seguro que lo haré.

En cuanto la puerta se cerró, J.T. esbozó una sonrisa burlona.

—Eso servirá, ¿no crees?

—¿Perdona?

—Shad ha llegado en el momento perfecto —explicó J.T. con clara satisfacción—. Si esa pequeña actuación no le ha convencido de que somos una pareja felizmente enamorada, nada lo conseguirá.

Taylor miró a la cama revuelta esforzándose por recuperar la compostura. ¿Actuación? ¿Era eso lo que había sido? Bueno, ¿por qué no? Eso era lo que había sido para ella, ¿verdad?

Tragó saliva. ¿Verdad que sí?

El caballo se agitó bajo ella con un trote largo y suelto. Taylor intentó acompasarse al ritmo del caballo, pero cada vez que se alzaba, ella caía sobre la silla con un tirón en la espalda.

—¿No habías montado nunca antes? —preguntó J.T. que trotaba a su lado.

—No.

—Bueno, Joe-Pye es demasiado perezoso como para darte

problemas. Sólo muévete como él lo hace y todo irá bien.

Taylor lo miró con furia.

—Si pudiera moverme como él, lo haría. Pero está intentando bailar un vals con una pareja de sólo dos patas. Con eso no se consigue ningún premio.

Él soltó una carcajada.

—Eso ya lo veo. Quizá si dejaras de analizar los pasos del baile y te concentraras en la música, estarías bailando como el viento.

—Para ser sincera, me apetece tanto bailar como montar a caballo. Lo que realmente quiero hacer es preguntar a los empleados. Me interrumpiste la conversación con Joanie. Estaba empezando a darme una serie de detalles fantásticos cuando apareciste tú.

—Ya podrás hablar con ella más tarde. Si empiezas a interrogar a la gente el primer día, enseguida sospecharán.

—Yo sé cómo hacer preguntas sin que parezca que estoy haciendo un interrogatorio.

Él enarcó una ceja.

—¿Como hiciste con Joanie? ¿Esperando de pie con un bloc de notas y un bolígrafo en la mano? ¿Qué diablos era eso sino un interrogatorio?

—Estoy segura de que ella sólo creyó que yo era otra inocente turista preguntona.

—No seas tan idiota. Los turistas llevan cámaras, no blocs de notas. Te sugiero que te enfríes durante un día o dos.

—Bueno, no eres tú el que manda —dijo ella con rigidez—. Soy yo. Y ahora mismo, pretendo empezar a trabajar. ¿Queda claro, señor Richmond?

—Eso lo aclara todo —J.T. detuvo al caballo—. ¿Quieres empezar a trabajar? A mí me parece bien. ¿Por qué no empezamos por discutir qué es lo que persigues de verdad? ¿Para qué diablos estás aquí, de todas formas?

—Ya te lo he dicho, estoy investigando la isla.

—¿Para qué? ¿Qué quiere Daniels del Bridge's Bay?

—Eso no es asunto…

—¿Tuyo? ¡Y un cuerno! —la rabia brillaba en sus ojos azules como joyas—. Si quieres mi ayuda, será mejor que sea asunto mío. Ahora, dime: ¿Qué estás haciendo en la isla Jermain?

Ella pensó no responder sopesando sus opciones. Quizá debiera

hacer una ligera variación a la verdad para conseguir lo que pretendía.

—Estoy haciendo un estudio creíble de un número de complejos, entre ellos éste.

—¿Para qué? Y no repitas lo de futuras posibilidades de inversión. Eso no me lo creo.

—Pero es verdad. Daniels siempre está buscando…

—Última oportunidad, Princesa. O me dices la verdad o tendré una amistosa charla con la gente de la isla.

Ella conocía aquel tono de voz. No estaba de broma. Lo que significaba…

—Daniels está pensando construir un hotel de lujo —respondió eligiendo las palabras con cuidado—. Queremos observar de primera mano cómo operan los mejores complejos para determinar si la aventura será provechosa.

Él le dirigió una aguda mirada.

—Te advertí que sólo te ayudaría si lo que planeabas no dañaba el futuro económico de Jermain Island.

Ella se enfrentó a su mirada sin parpadear.

—Y no lo hará. Seríamos tontos para intentar competir en Bridge's Bay. Están demasiado bien establecidos. Pero algo similar en otro lugar con algunos entretenimientos diferentes —se encogió de hombros—. Eso tiene posibilidades.

—Quizá —la estudió un momento entrecerrando los ojos—. El tiempo lo dirá, ¿verdad?

Pero Taylor no supo si se estaba refiriendo a los planes de Daniels o a la veracidad de su versión.

—Ahora que he contestado a tus preguntas, ¿podemos empezar a trabajar? Mi primera prioridad…

J.T. la clavó con una mirada de desdén.

—Si pretendes investigar la isla, tu prioridad debería ser una cuidadosa exploración. Así podrás hacerte una idea del terreno y las diversiones. Y así podrías saber qué preguntas hacerle a Joanie y cuáles puedes contestarte tú misma manteniendo los ojos abiertos y la boca cerrada.

—Ésa podría haber sido la primera opción si tu informe no se hubiera hundido, pero hasta que lo repongas, tengo que obtener la información de la forma que pueda —lo miró con furia—. Habrás

estado trabajando en ello, ¿verdad?
—No, ya te dije…
—Oh, no me acordaba. Se supone que pasamos.
—Exacto. Ahora, ¿quieres saber algo de esta isla o no?
—Por supuesto.
—Entonces, deja de discutir y sigue. Lo que estoy a punto de enseñarte estaba todo en mi informe —espoleó al caballo en dirección a un puñado de pinos entre una pradera impecable—. Por ejemplo, ¿sabías que el complejo ofrece treinta y seis agujeros de golf?
—Sí, lo sabía. He hecho algunas investigaciones por mi cuenta. Hay un campeonato mundialmente famoso. El campeonato de Seaside es uno de los más renombrados de toda Norte América. Y un club de golf de primera categoría. ¿Qué más hay que ver?
—El club de tiro de largo alcance.
Ella sacudió al cabeza.
—Otro día, quizá.
—Entonces vamos a explorar la reserva natural. Dime una cosa, Taylor. ¿Piensas incorporar la mayor parte de las atracciones de aquí a tu lujoso hotel?
Ella lo miró aturdida.
—No lo sé. Posiblemente. Supongo que depende de los beneficios que genere.
—O sea que si una de los mejores atracciones de Bridge's Bay es la casa de la plantación, ¿Boss construirá una parecida? ¿O un campo de golf? ¿O una reserva natural?
Ella frunció el ceño.
—Yo… no lo sé —admitió.
—¿Dónde va a construir el hotel? ¿En qué parte del país?
—No estoy segura.
—¿Pero va a ser en una isla?
—Posiblemente. Mi asignación no cubre ese aspecto del proyecto —frunció el ceño—. ¿A qué vienen tantas preguntas de repente? Pensé que esto ya lo habíamos dejado zanjado.
Él se encogió de hombros.
—Siento curiosidad. Bridge's Bay tiene un emplazamiento único. Tiene su historia, su reputación y una unicidad que no puede copiarse.
—Es inusual, pero no único.

—No estoy de acuerdo.

—Eso es porque creciste aquí —dijo ella con una sonrisa de comprensión—. Es natural que creas que Jermain Island es especial.

—¡No te pongas paternalista! Eres tú la que está obsesionada con los negocios y la que lo analiza todo. Así que, analiza esto: si Bridge's Bay no fuera especial, ¿para qué molestarse en investigarlo? Y si es lo bastante especial como para copiar sus mayores atracciones, ¿quién se iría al complejo de Boss cuando pueden disfrutar de lo genuino?

Ella siguió a lomos del caballo en silencio. Tenía razón. Aquello no tenía sentido. Se fijó en un macizo de azaleas rosadas mientras pensaba en la respuesta. Al encontrarla sonrió de lo obvia que le pareció.

—Boss no lo copiaría. No exactamente. Adoptaría las amenidades más ventajosas y las mejoraría.

—¿Así que Boss va a construir ese complejo partiendo de cero?

—Partiendo de cero o reconstruyendo alguno ya hecho.

—¿Estamos hablando del mismo Boss? ¿Del hombre que roba cada negocio en que puede meter las manos? Boss construyendo algo. ¿Y tú te lo crees?

Por algún motivo, la pregunta la inquietó. Quizá porque a ella se le había ocurrido la misma idea cuando Boss le había encargado aquel trabajo.

—Admito que no tiene mucha reputación como constructor.

—No tiene ninguna.

—Pero si significa un beneficio cuantioso…

J.T. tiró de las riendas y frenó al animal en seco. Apretó la mandíbula y Taylor se agitó incómoda en su silla bajo la fría mirada azul.

—Estás mintiendo, Princesa.

Ella lo miró con incredulidad.

—¿Que qué?

—Ya me has oído. O bien me estás mintiendo o tú misma no lo sabes. Pero pretendo averiguarlo.

—He sido completamente sincera contigo desde el principio.

—Me has estado ocultando hechos todo el tiempo, lo que quiere decir que nuestro acuerdo pende de un hilo muy fino.

—¡No puedes hablar en serio!

—¡Estoy hablando muy en serio! Si descubro que has estado

jugando conmigo, no vacilaré en descubrirte. ¿Entendido?

—No puedo creer esto —se inclinó sobre la silla con énfasis—. No te estoy mintiendo. Estoy aquí para analizar este complejo hotelero y es lo que pienso hacer. Lo haré con tu ayuda o sin ella, pero lo haré. Y ahora, me vuelvo a trabajar.

—Estás trabajando, ¿recuerdas?

—Esto no es trabajar —contestó ella con enfado—. Estoy montando un maldito caballo cuando debería estar entrevistando al personal. Bueno, el paseo se acabó. Me vuelvo al hotel y voy a hablar con Joanie otra vez. Si todos los empleados me ayudan como ella me ha ayudado, no necesitaré ni las dos semanas para completar mi asignación. Con suerte, estaré fuera de aquí en unos cuantos días.

Él se puso rígido con la expresión impertérrita.

—¿Qué te hace pensar que puedes captar el concepto del lugar en sólo unos días?

—Esto es una isla, J.T. No hay mucho que ver.

—Está la playa.

—Es como cualquier otra playa —aseguró ella con desdén—. Tiene arena, agua y caracolas. Montones de arena, hasta más agua y cestas enteras de caracolas.

J.T. apretó los labios.

—También está el faro.

—Según Joanie, un faro que no funciona. Subes unas cuantas escaleras para ver todavía más arena y agua y después las bajas. Una gran diversión y una hora más muerta.

El caballo de él se acercó más y Taylor se puso un poco nerviosa cuando vio los destellos azules que brillaban bajo la aparente calma.

—¿Y qué hay del campeonato de golf?

—¿Qué pasa con él?

—Oh, no me acordaba. Papi simplemente descuelga el teléfono y se consigue uno o dos campeonatos mundiales. Déjame adivinar. Si Boss decide convertir su hotel en una plantación, contratará a un arquitecto y a un diseñador de interiores. Después de todo hoy en día se puede falsificar todo. ¿A quién le importa la historia, la autenticidad o las raíces? ¿Y la reserva natural? ¿Cómo va a duplicar eso? ¿Llamando a un invernadero local para encargarle unas marismas a la carta?

—Si eso es lo que decide, no puede ser tan difícil.

—Baja del caballo —ordenó J.T. con un tono peligroso.

Ella se enderezó mirándolo con sorpresa. El hombre al que había contratado se había convertido en un dictador desconocido de labios muy apretados.

—¿Disculpa?

—Vas a hacer algo más que pedirme disculpas. Baja de ese caballo. Ahora mismo.

J.T. no esperó a ver si obedecía. Con un fluido movimiento, saltó de su silla y la levantó a ella por los aires.

—¡Suéltame! ¿Qué crees que estás haciendo? —le golpeó en el pecho mirándolo con furia. Y en ese instante comprendió que lo había presionado demasiado, que bajo aquella fachada inexpresiva y fría se ocultaba un hombre furioso. Nunca lo había visto tan amenazador. ¿Qué diablos habría hecho ella para ponerlo así?—. J.T.…

—Es mi turno, Princesa —la cortó él con aspereza con la mano como un anillo de acero alrededor de su muñeca—. Cállate y déjame hablar.

Ella se quedó quieta con la respiración jadeante mirándolo con aprensión. Estaban completamente aislados y había perdido el control de la situación, suponiendo que lo hubiera tenido alguna vez. Se chupó los labios.

—Habla —dijo ella con un temblor nervioso.

Él le dirigió una mirada de profundo disgusto.

—No sé ni para qué me molesto. O estás demasiado ciega como para verlo o demasiado corrompida por Boss. Es como intentar explicar los sentimientos a una computadora.

Ella forcejeó con rabia.

—No soy una computadora.

—¿No? —tiró de ella atrayéndola contra el muro de su torso asegurándola con una mano en la espina dorsal—. Demuéstralo.

—No.

Ya no tuvo opción de decir nada más. Esa vez no se molestó en una delicada seducción. Su boca cubrió la de ella con áspera fiereza exigiendo una respuesta que ella no podía evitar. Taylor no quería someterse de nuevo, no quería que la besaran con rabia. Pero si la rabia había motivado el abrazo inicial, rápidamente se transformó en algo mucho más explosivo.

Taylor no podía entender cómo la excitaba con tanta facilidad. Con

los otros hombres que había conocido, siempre mantenía la parte racional en reserva. Pero no con J.T. Él no lo permitía.

Todos los hombres a los que había conocido, todo lo que había sentido, parecían ahora inconsecuentes comparados con aquel nombre y aquel momento. Él despertaba sensaciones en las que sólo había soñado, daba vida, profundidad y color a unas emociones que ella creía que no pertenecían a su naturaleza. Y para su desmayo, descubrió que deseaba seguir sintiendo aquello para siempre. Deseaba experimentar la verdadera pasión, paladear el sabor único de aquel hombre, sentir aquel ardor primario que la inflamaba. Y sobre todo, deseaba que un hombre la deseara como mujer, no como la hija de Boss Daniels.

Y como si le hubiera leído el pensamiento, sus manos se deslizaron bajo su camisa, abarcando la redondez de sus senos. Taylor gimió con suavidad, el gemido convirtiéndose en un jadeo cuando sus dedos apretaron los perlados pezones. Ella se amoldó contra su cuerpo, fundiéndose en su calor y no deseando otra cosa que aquel beso no terminara nunca.

J.T. fue el primero que aflojó. Inspiró con fuerza y la apartó de él.

—Me retracto de mis palabras. No eres una computadora. Tienes el cuerpo de una mujer y los deseos de ella. Pero juraría que no hay corazón. Ni alma.

Taylor no hubiera quedado más aturdida si la hubieran dado un puñetazo.

—Hijo de…

Se paró, incapaz de pronunciar tal palabra.

—Tienes razón. En lo que se refiere a esta isla puedo ser el mayor —se pasó una mano por el pelo y la boca que la había besado con tanta intensidad era ahora una fina línea—. ¿Cómo diablos puedo esperar que captes lo que es especial de este sitio cuando no tienes siquiera la profundidad emocional de apreciarlo?

A Taylor le brillaron los ojos de furia. Cualquier deseo que hubiera sentido por él se evaporó al instante.

—Tú no sabes nada de mí. ¡Nada! Así que no te atrevas a juzgarme. Si tú no puedes explicarme lo que hay de especial en esta isla, entonces es que la isla carece de ello; no yo.

Él entrecerró los ojos.

—Ya lo veremos. Cierra los ojos. No discutas. Simplemente hazlo.

Taylor obedeció sin preguntar, contenta de que desapareciera de su vista. Todavía podía sentir su presencia y supo que en ese momento se encontraba detrás de ella incluso aunque no lo había oído moverse.

—¿Y ahora qué? —preguntó resentida cruzando los brazos—. Me gustaría irme de aquí lo antes posible.

—Ahora escucha —murmuró él a su oído—. Cálmate y escucha.

La piel le cosquilleó y procuró mantener la respiración calmada. Y gradualmente empezó a relajarse. Al principio sólo escuchó el silencio, un silencio que la inquietó, acostumbrada como estaba al murmullo de fondo de una ciudad. Pero después de un momento comprendió que los bosques eran mucho más ruidosos de lo que parecían.

El viento susurraba a través de los árboles que tenían encima y escuchó los gemidos de los pinos. El canto de los pájaros fue lo siguiente, una cacofonía de silbidos y trinos. El caballo relinchó y como en respuesta, escuchó unas pezuñas arañando la madera. No pudo resistirlo y abrió los ojos justo para ver a una ardilla trepando por el tronco.

—Eso es. Mira a tu alrededor —ordenó J.T. asiéndola por los hombros—. Estás en el medio de un bosque marítimo. No quedan muchos en el planeta. Las marismas están protegidas por ley. Echa un buen vistazo a tu alrededor. ¿Ves los helechos? Cobijan a los tordos. Hay un lagarto a tu izquierda. Y en esta época del año se pueden ver grandes lechuzas y búhos, entre otras muchas especies. Todo está ahí.

Ella miró a su entorno con nuevos ojos.

—Las flores al lado de esos cipreses, ¿son iris?

—Banderas azules. Y en la otra parte de la marisma hay rosas silvestres. Cuando nos acerquemos a la playa verás phlox rosado y prímulas. Y huele. Delicioso, ¿verdad? Es una mezcla de madreselva y saúco. ¿Cómo piensa Boss copiar esto?

—No lo sé —susurró ella.

—Eso va a tener que constar en tu análisis. La reserva es una de las mayores atracciones del complejo —se dio la vuelta para mirarla—. La isla no es sólo una lista de cifras y datos en una hoja de papel, Taylor. Es mucho más.

—Ya me doy cuenta.

Él sacudió la cabeza.

—No, todavía no te la has dado. Pero lo harás. Vamos a hacer un trato tú y yo.

—¿Qué tipo de trato?

—Cada día te ayudaré a dejar un punto de tu lista completo.

—¿Y a cambio?

La sonrisa de él la puso nerviosa.

—Me permitirás que te muestre un aspecto de la isla que no esté en la lista.

—¿Eso es todo?

—No tan rápido, Princesa —la advirtió—. Cuando sea mi turno, harás lo que yo diga y cuando lo diga. Sin discusiones. Si digo que vamos a montar a caballo, ya puedes subir a esa silla sin quejarte.

Ella esbozó una sonrisa radiante y extendió la mano.

—Trato hecho.

—Perfecto —dijo él enroscando los dedos alrededor de los de ella.

Entonces le devolvió la sonrisa. Pero el sarcasmo de la curva de sus labios hizo pedazos su complacencia. Y en ese instante, ella comprendió que J.T. acababa de ganar una batalla que ella ni siquiera había advertido que estaban manteniendo.

Capítulo 6

—Despierta, Princesa. Es hora de ir de exploración.

—Lárgate —murmuró ella alzando la sábana por encima de la cabeza.

J.T. encendió la lamparilla.

—No voy a irme y esconderte no te va a servir de nada.

Un suave ronquido salió de debajo de las sábanas sugiriendo que la sutileza no funcionaría con aquella mujer.

Agarrando los bordes de la ropa, J.T. tiró hasta destaparla por completo quedándose admirado de la vista que descubrió. ¡Dios, estaba preciosa! Yacía enroscada como una bola, su trasero perfecto de cara a él envuelto en unos pantalones de boxeo masculinos. J.T. sonrió ante la incongruencia. La mujer que usaba ligueros, medias de seda y encaje, ahora con aquellos pantalones y una camiseta pegada sin mangas. Desde luego, sabía cómo hacer las cosas interesantes.

J.T. le revolvió el pelo.

—Vamos, corazón. Levántate.

—¡Maldita sea! Apaga esa luz —ladró ella mirándolo entre una nube de rizos rubios. Miró a su alrededor con una mueca de irritación en su lasciva boca—. ¿Dónde diablos está la manta?

—Déjame adivinar. No eres una persona madrugadora, ¿verdad?

—No. Y menos cuando está todavía oscuro fuera –se puso de rodillas buscando la manta por el borde de la cama—. ¿Qué hora es, de todas formas?

—Las dos.

Ella lo miró boquiabierta sentándose sobre los talones.

—¿Las dos? ¿De la mañana? ¿Estás loco?

—Tenemos un trato, ¿recuerdas?

—¿Qué trato? ¿De qué estás hablando?

Admirando la vista, J.T. se cruzó de brazos.

—Estoy hablando de nuestro acuerdo. Del que hicimos ayer al medio día. Hasta estrechamos las manos y todo. ¿Lo recuerdas?

—A esta hora no recuerdo ni mi propio nombre y mucho menos un trato —al encontrar la manta a los pies de la cama, se inclinó y la puso en su sitio—. Vete, Richmond. Estoy demasiado cansada para estas tonterías.

J.T. le quitó la manta de las manos y la tiró al medio de la habitación.

—¡Oh, no! De ninguna manera. En nuestro trato quedamos que sin discusiones. ¿No te suena eso?

Desistiendo de recuperar la manta, Taylor se enroscó como una bola en medio de la cama y se puso la almohada sobre la cabeza.

—¡No! —exclamó con voz ahogada—. A las dos de la mañana no. Llámame a las seis. O mejor a las siete. Puede que tenga mejor memoria para entonces.

—Parece que hará falta un poco de persuasión.

J.T. le quitó la almohada de la cabeza y metiendo los dos brazos bajo su cuerpo, la levantó de la cama. Taylor lanzó un grito apagado y pataleó en el aire—. ¡Bájame! Yo no he aceptado salir de exploración en mitad de la noche.

—La próxima vez asegúrate de leer la letra pequeña —la posó en el suelo plantándose él entre ella y la cama—. Sin embargo, seré generoso. Te dejaré elegir si quieres ir con ropa de calle o con pantalones de boxeo y camiseta.

Ella abrió mucho los ojos como si acabara de enterarse de lo que llevaba puesto. Con un grito, alcanzó la pila de ropa a sus pies y se enterró entre la ropa de la cama como si fuera un ratón. Sacó la cabeza del centro.

—Vete.

—Si insistes… Pero volveré cuando estés vestida —se dirigió a la habitación adyacente deteniéndose sólo para comentar—. Estaré de vuelta en dos minutos.

Sólo le dio un minuto cincuenta segundos y la encontró completamente vestida con unos pantalones chinos y un jersey flojo de algodón. Taylor se puso delante del espejo para intentar recogerse el pelo y lo miró furiosa.

—Bien, ya estás lista.

Ella se giró para mirarle.

—¿Te importaría decirme de qué trata este asunto? —preguntó con su tono de voz más profesional.

Él se apoyó contra el marco de la puerta conteniendo una sonrisa. Hubiera sonado mucho más intimidante si no intentara enfrentarse a él descalza y con aquella cascada de rizos escapándose de la coleta. No le extrañaba que se pusiera tacones y ropa tan formal. Con la cara limpia y vestida así, parecía una niña de diecisiete años.

—Se trata de explorar la isla. Como acordaste tú misma.

Ella se plantó las manos en las caderas.

—¿Te importaría decirme si hay algo ahí fuera que sólo se pueda ver a las dos de la mañana?

—No. Hay algo ahí fuera que sólo podemos hacer a las dos de la mañana. Lo hubiera intentado antes, pero la luna no había aparecido —le pasó una linterna—. Vamos.

Taylor se puso unas deportivas y lo siguió sin discutir. J.T. la condujo hasta el bajo a través de la pequeña cafetería de los empleados hasta la cocina, que estaba limpia como una patena. Justo al pasar la cocina, J.T. abrió la puerta de un pequeño almacén. Una estantería de madera cubría una de las paredes hasta el techo.

—Aquí lo tenemos.

—¿Es esto lo que se puede ver sólo a las dos de la mañana?

—El sarcasmo no te pega, Princesa. Y no, podríamos haberlo visto antes —palpó por el borde de la estantería hasta encontrar un pequeño saliente. Lo presionó y la mitad de la estantería cedió hacia adentro revelando un túnel—. Pero no tendría el mismo impacto. Los pasajes secretos hay que verlos entre medianoche y las cinco de la mañana ¿Has estado alguna vez en uno? —preguntó sacando una segunda linterna del bolsillo para iluminar el túnel.

Ella miró con la boca abierta el oscuro agujero, con los ojos aterciopelados iluminados por la excitación. Ahora estaba completamente despierta.

—Nunca —jadeó—. ¿A dónde conduce?

—Vamos y te lo mostraré. Enciende tu linterna y mira dónde pones los pies —el túnel olía a musgo y humedad y cada sonido reverberaba en las paredes de ladrillo de forma fantasmal. Después de un trecho, Taylor escuchó el sonido de las olas rompiendo en el muelle. J.T. hizo un gesto con la linterna—. Por ahí va hasta el océano y se sumerge bajo el agua.

Taylor se puso a su lado y la asió por el brazo.

—¿Lo utilizaban los piratas?

Él sonrió.

—No creo que los jermaineses se involucraran nunca en actos tan nefastos. Aunque se lo puedes preguntar a Elizabeth. Vamos. Ya casi hemos llegado, así que habla en voz baja. Esta parte del túnel termina en un almacén pegado a los establos. Se convirtieron en casas para los empleados cuando construyeron los nuevos establos.

El túnel terminaba en una estrecha puerta en lo alto de un tramo de escaleras. J.T. hizo un gesto de silencio y empujó la puerta. Un minuto más tarde estaban fuera.

—Ten cuidado con las serpientes —la advirtió.

—¿Qué? Estás de broma, ¿verdad? ¿J.T.?

Él no contestó, sólo la agarró de la mano y rodeó la piscina dirigiéndose hasta el campo de golf. Cuando llegaron, Taylor estaba jadeante.

—Vete más espacio —suplicó.

—No me digas que estás fuera de forma.

—Sí, lo admito. ¿Contento? Bueno, ¿para qué hemos venido?

—Te lo enseñaré.

Se acercó hasta la base de un roble centenario y sacó una bolsa de golf de la base del tronco.

—¿Me has traído aquí a las dos de la mañana para jugar al golf?

Una sonrisa le surcó los labios.

—¿Hubieras jugado durante el día?

De ninguna manera. Y él parecía saberlo.

—No —admitió.

—Porque te sentías intimidada. Porque es un campo de primera categoría y nunca has tenido un palo de golf entre las manos, ¿me equivoco?

Taylor sintió un extraño nudo en la garganta, ¿había sido tan transparente? Lo encontraba inquietante. No quería que J.T. fuera capaz de leer en ella con tanta facilidad ni que hiciera por ella algo tan… amable. ¿Cómo iba a mantener una distancia profesional de aquella manera?

La ironía del pensamiento casi la hizo reír. ¿Distancia profesional? Si nunca había conseguido mantener distancias de ningún tipo con él. Bueno, las dos de la mañana era un momento tan bueno como cualquiera para empezar.

—Es… es muy considerado por tu parte, J.T.

—Señor Richmond.

—¿Qué?

—Que cuando usas ese tono de voz, siempre acabas llamándome señor Richmond.

J.T. soltó la bolsa de golf y se acercó más a ella, la luz de la luna dejando en sombras una parte de su cara y convirtiendo sus ojos en

dos agujeros brillantes. Taylor se puso muy nerviosa y sin darse cuenta de lo que hacía, dio un paso atrás.

—Bien. Es muy considerado por su parte, señor Richmond, pero me temo que tendré que pasar. Me gustaría volver a mi habitación, si no te importa.

Él la alcanzó del brazo.

—Sí me importa. Tenemos un trato y voy a asegurarme de que lo cumples.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver con mi informe jugar al golf a las dos de la mañana?

J.T. tiró de ella atrapándola entre la cálida curva de sus caderas y muslos.

—Al infierno con la isla y con tu maldito informe. Tú quieres jugar al golf. Sé que quieres, así que, ¿cuál es el problema? ¿O es que estar a solas con un hombre a estas horas es demasiado arriesgado para ti?

—De ninguna manera —Taylor se encogió de hombros con desenfado—. Estar a solas con un hombre no me importa en absoluto, pero no he venido aquí para… para…

¡Oh, Dios! ¿Para qué diablos estaba ella allí? Por alguna razón desconocida, se quedó muda.

—¿Sí?

—Estoy aquí para inspeccionar los equipamientos y redactar un informe estelar.

—¿Y qué pondrás en ese informe? ¿Iré yo incluido?

—¡No!

—¿Por qué no?

—Porque no es pertinente —se esforzó por mantener la voz desapasionada y profesional—. Todo lo que informe o investigue mientras esté en la isla debe estar relacionado con los negocios.

—¿Todo?

Su boca rozó la de ella susurrando la palabra con deliberada sensualidad.

Taylor giró la cabeza y cerró los ojos. No podía ceder. Esa vez no. Porque si lo hacía, estaría perdida. Perdida irremisiblemente.

—Sí —susurró luchando contra el incontrolable impulso de volver la cabeza y alzar los labios hacia él en completa sumisión—. Todo tiene que ir dirigido al interés de mi negocio.

—¿Y eso es lo que estábamos haciendo en la cama el día que

llegamos? Dime, Princesa, ¿cómo lo incluirás en tu informe?

A Taylor le costó un momento asimilar sus palabras. Pero en cuanto lo hizo, el deseo se convirtió en rabia. Se zafó de su abrazo y se plantó frente a él con la respiración jadeante. ¿Cómo se atrevía a culparla a ella? Ella no había iniciado el abrazo. Sólo porque él tenía la habilidad de borrar cada pensamiento racional de su cabeza con un simple beso… Ella no era responsable de su reacción. Eran hormonas, químicas o locura.

¡Pero no era culpa suya!

Miró con furia la bola de golf que tenía a los pies.

—¿Quieres que juegue al golf? ¡Bien! Jugaré.

Abrió la bolsa y los palos y las bolas se derramaron por al suelo. Agarró el primer palo a su alcance y se apartó unos pasos. Posando una bola en el suelo, le dirigió una mirada inflamada a J.T. Entonces lo batió con salvajismo con toda su fuerza.

Para su profundo asombro, el palo y la bola conectaron con un tremendo golpe y la pelota salió por el aire en un precioso arco. Taylor la observó con la boca abierta hasta que la oscuridad se la tragó.

—Yo… yo… la he dado —se giró para mirar a J.T. con los ojos muy abiertos de asombro—. ¿Has visto eso? ¡La he dado!

Él sonrió ante su entusiasmo.

—¡Claro, Princesa! ¿Quieres probar de nuevo?

—¡Sí! Mil veces sí.

Corrió hasta su lado y se puso de rodillas para recoger todas las bolas que pudo.

—Espera. Yo te enseñaré.

Durante la siguiente hora, J.T. trabajó con ella, animándola, bromeando y alabándola cuando hacía progresos. Por fin decidió parar al llegar a lo alto de una colina.

—Esto es suficiente para una noche. Será mejor que volvamos.

Taylor quería protestar. Deseaba seguir jugando hasta caer agotada. Con un suspiro se estiró para mirar el océano brillante bajo la luz de la luna entre los robles.

—Esto debe ser precioso al amanecer.

J.T. se acercó a ella pasándole un brazo por los hombros.

—A la puesta de sol. Estamos mirando al oeste —señaló con el dedo —. Charleston está allí. Justo sobre el horizonte.

Ella sonrió.

—Nunca he tenido buen sentido de la orientación.

—Puedes ver el amanecer desde el otro lado de la isla. Y sí, es espectacular —bajó la mirada hacia ella—. ¿Has visto algún amanecer en el océano antes?

Taylor sacudió la cabeza.

—No. Supongo que nunca he tenido tiempo.

J.T. le deslizó un mechón por detrás de la oreja.

—Tu educación ha tenido tristes carencias. Nunca habías jugado al golf por la noche, ni montado a caballo, ni recorrido un pasaje secreto de noche. Supongo que tampoco habrás construido un castillo de arena.

Taylor lanzó una carcajada.

—Quizá no pero mi educación no ha sido tan totalmente carente. Hice mi primera cuenta corriente a la tierna edad de dieciocho años, gané mi primer dólar a los diez y mi primer impreso de devolución de impuestos a los doce. No muchos niños pueden decir lo mismo.

—No, no pueden.

J.T. no parecía en absoluto impresionado por sus logros.

—No fue fácil para Boss después de la muerte de mi madre —se sintió impulsada a explicar—. Hizo lo que pudo. Simplemente no entendía a las niñas pequeñas.

—Yo tengo un poco de experiencia en ese departamento, aunque mucha más en mujeres adultas —J.T. bajó la cabeza y su boca se cerró sobre la de ella produciéndola escalofríos por la columna—. Veamos si puedo ayudar a llenar esas lagunas de tu educación.

Ella se giró en sus brazos mirándolo con intensidad.

—¿Qué lagunas? —susurró.

—¿Por qué no empezamos por un beso? —su boca rozó la de ella en una caricia demasiado breve—. Estoy seguro de que no has tenido suficientes en tu vida.

—No —confesó ella dejando caer el palo de golf de las manos. Todas sus buenas intenciones, su resolución de mantenerlo a una distancia segura, se evaporaron bajo su ardiente mirada—. No creo.

—Creo que es vital corregir esa situación, ¿no te parece?

—Absolutamente.

J.T. no necesitó una segunda invitación. Su boca la asaltó con una pasión que ella imitó al instante. Taylor no parecía tener suficiente de

él. Como el agua en la arena seca, la caló en todos los poros, nutriéndola, energizándola y llenando su cuerpo y su alma. Nunca se había sentido tan completa, tan satisfecha. Enroscó los brazos alrededor del cuello, apretándose contra él en abierta invitación.

—J.T., por favor.

—Me gustaría satisfacerte —susurró él con aspereza—. Quiero echarte en la hierba, despojarte de toda la ropa y darte el mayor placer de toda tu vida.

Le ladeó la cabeza hacia la luz de la luna acariciándole la mejilla con el pulgar.

—Apuesto a que no has hecho el amor en el séptimo agujero.

Ella esbozó una sonrisa luminosa.

—Ni en el séptimo, el octavo o el noveno.

De hecho, nunca había hecho el amor y punto. Pero no se atrevía a confesar algo tan revelador. Él ya sabía demasiados secretos tal y como estaban las cosas.

J.T. lanzó una carcajada.

—Me temo que el séptimo tendrá que esperar. No creo que estés preparada para ello todavía.

—Creo que sí estoy preparada.

Las palabras salieron como de ninguna parte. No, aquello no era verdad. Las palabras habían salido de lo más hondo de ella, de una instintiva seguridad de que lo que sentía era bueno y natural.

J.T. la miró con fiera intensidad.

—¿Estás segura?

Taylor no tuvo la oportunidad de responder. Con un repentino siseo, el agua salió en todas direcciones de todos los surtidores de riego del césped. Durante un asombrado segundo, ninguno de los dos se movió. Entonces los dos se tiraron hacia la bolsa de los palos.

—¿Cómo salimos de esto? —gritó Taylor cubriéndose la cara con el brazo—. ¿A dónde vamos?

—Por el mismo camino que hemos venido.

—Pero nos empaparemos.

—No importa. Estarás preciosa empapada.

Taylor bajó el brazo y lo miró notando la forma en que su camisa marcaba cada músculo y fibra de su torso, el algodón mojado casi transparente.

—Tú también.

No tuvo el valor de comprobar si su jersey se transparentaba tanto como la camisa de él.

Colgándose la bolsa al hombro, J.T. le dio la mano y ella la tomó para salir corriendo juntos. Saltaron por encima de los surtidores con cuidado de no resbalar en la hierba mojada y para cuando llegaron al viejo roble, los dos estaban riendo a carcajadas.

Taylor se despertó ante el timbre del teléfono, furioso e insistente. Con un gemido rodó de medio lado para descolgar el receptor.

—¿Hola? —dijo con un bostezo.

—¿Taylor? Pareces medio dormida.

—¿Papá? —abrió los ojos de par en par—. ¡No! Estoy despierta.

Enderezándose, se apartó la masa de rizos de la cara. No se había molestado en secarlo por la noche y ahora tendría que pagar el precio. Un ruido le llamó la atención y miró hacia el lugar de donde provenía. La puerta del baño estaba entreabierta y entraban en la habitación vaharadas de vapor. Parecía que J.T. ya estaba en movimiento.

—¿Pasa algo malo, Boss?

—No pasa nada. Te llamaba para una actualización.

A Taylor le costó un esfuerzo entender lo que su padre le estaba diciendo, sobre todo porque tenía la mitad de la atención puesta en los sonidos provenientes del baño.

—Una actualización —repitió despistada.

—Exacto. Por si te has olvidado, tienes un informe que dar.

J.T. pasó por delante de su puerta. Debía acabar de salir de la ducha comprendió Taylor casi tirando el teléfono. Cerró los ojos para no distraerse y borrar la tentadora imagen de su cabeza.

—He examinado el campo de golf. Es impresionante. Y también la reserva natural. ¿Quieres que te mande por fax los datos?

—Eso estaría bien. Estaré fuera de la ciudad toda la semana próxima, pero les he dicho a los Prentiss que se pongan en contacto conmigo si surgiera algo extraordinario. Recuerda, Taylor, es vital que consigas la información que necesito.

—Sí, ya lo sé. Cuentas conmigo —apretó el receptor repitiendo el sermón que su padre le había dado docenas de veces—. Esto es un trato comercial. Si quiero esa vicepresidencia, no dejaré que nada me distraiga.

—Excelente. Parece que ya tienes los asuntos en tu mano. Te

llamaré cuando vuelva.

Y con eso colgó.

—Adiós, papá. Que tengas buen viaje —murmuró abriendo los ojos para descubrir que J.T. estaba a su lado.

Para su alivio, ya estaba vestido aunque el alivio se le disipó al instante al ver su expresión.

—Buenos días —lo saludó con una sonrisa de inseguridad.

J.T. no le devolvió el saludo sino que siguió allí de pie mirándola. Tenía los ojos fríos como el acero y parecía distante e inabordable.

—¿Te arrepientes ahora que has hablado con tu padre?

—¿Arrepentirme de lo de anoche? —alzó la barbilla con gesto de desafío—. ¿Por qué iba a hacerlo? No hemos hecho nada de lo que tenga que arrepentirme.

—Sí. Pero lo haremos. Cuenta con ello, lo haremos —se inclinó hacia adelante y la aprisionó contra las almohadas—. Vamos a terminar lo que empezamos en ese campo de golf. Y no tiene nada que ver con acuerdos comerciales ni negocios, Princesa. De hecho, el negocio será lo que menos te preocupe.

Y con eso se dio la vuelta para salir hacia su habitación.

Taylor le observó alejarse con los ojos muy abiertos de la sorpresa, consciente de que había dicho la verdad. Había dicho que cuando hicieran el amor, el negocio sería lo último que tendría en mente.

¿Pero por qué se lo haría? ¿Le haría el amor porque la deseaba con la misma desesperación que ella a él, o sólo por el interés de la isla?

Capítulo 7

Concentrarse en el trabajo debería haber sido fácil después de la llamada de su padre. Taylor frunció el ceño. Si no hubiera sido por J.T., lo hubiera sido. Habían pasado tres días a la velocidad del rayo y, fiel a su palabra, J.T. había trabajado con ella, presentándole a los miembros del personal para que la ayudaran a recabar información. A cambio, ella había explorado varias partes de la isla encantada. Para alivio suyo, no había intentado cumplir su amenaza y no le había intentado hacer el amor. Ni siquiera la había tocado.

No, aquello no era del todo exacto. Taylor lo miró de soslayo mientras J.T. estaba mirando hacia la ventana de un café del pueblo. La había tocado muchas veces, admitió. Cada vez que aparecía alguien del pueblo o alguno de los empleados del hotel, tenía sus manos por todas partes, interpretando al apasionado prometido con placer. Pero nunca se había aproximado a ella con el tierno fervor que le había mostrado en el campo de golf.

Taylor frunció el ceño. No debería importarle. Después de todo, su compromiso era sólo una actuación, un papel que interpretaban los dos. Era sólo que él era mejor actor. Así que, ¿por qué le dolía reconocerlo?

J.T. dio otro sorbo al café y desvió la atención de la ventana.

—¿Y bien? ¿Tienen sentido las cifras?

—¿Qué?

J.T. hizo un gesto hacia el papel que ella tenía en las manos.

—Los precios de las habitaciones. He incluido las variaciones de temporada, así que acuérdate de contabilizarlas cuando hagas el total. Y también he hecho una estimación del porcentaje de ocupación de cada temporada.

—Bien; por algún motivo, creía que había más habitaciones —comentó ella.

—Es una antigua casa de una plantación, no el hotel de una cadena —le dirigió una mirada de impaciencia—. ¿Hemos acabado por ahora o hay alguna otra parte del negocio que quieras diseccionar?

—Por ahora es suficiente —cerró el bloc de notas sin saber si presionarlo más—. Pero todavía tenemos que hablar de los salarios del personal.

—Sí, ya lo sé —puso unos billetes en la mesa—. Vámonos.

Taylor lo siguió fuera montando en la parte de atrás de la Harley.

Ya se había acostumbrado a recorrer la isla en la moto aunque nunca se lo admitiría a J.T. De hecho, hasta echaría de menos la moto cuando se acabara su estancia en la isla. Suspiró. Al diablo con la moto. Para ser sincera, era a él al que echaría de menos. Aunque no le serviría de nada porque ellos vivían en mundos diferentes e irreconciliables.

Se mordió el labio inferior. Mundos diferentes, el de él era una isla, la espontaneidad y la pasión de la libertad. Compartir por un tiempo su mundo había sido un paraíso para ella, sobre todo porque el de ella consistía en Boss, Daniels y balances de pérdidas y beneficios e interminables reuniones de negocios.

J.T. montó y miró hacia atrás.

—He pensado que podíamos hacer una ruta escénica de vuelta al hotel —señaló un atractivo chalet de playa en las afueras del pueblo —. Ahí es donde me crié. Uso esa casa cada vez que vengo de visita.

—¿Sueles venir a menudo?

Él se encogió de hombros.

—Bastante a menudo. Cada pocas semanas.

El estilo era el mismo de muchas de las casas que había visto por la isla: dos plantas con una terraza bordeando toda la casa y refuerzos de madera.

—¿Viven tus padres todavía ahí?

J.T. sacudió la cabeza.

—La casa es de mi tío. Mis padres se murieron cuando yo tenía cinco años.

—Lo siento —murmuró ella.

—No lo sientas. Me crió mi tío y tuve una infancia estupenda. Pescaba, buscaba cangrejos, hacía surf. Y hasta me embarqué en barcos crucero.

—Ahora que hablamos de ello. No he visto niños en la isla ¿Dónde están?

—Van a la escuela a Charleston.

—Pero eso es una hora y media de transporte.

J.T. se encogió de hombros de nuevo.

—Es la vida de una isla. De vez en cuando se habla de abrir una escuela aquí, pero siempre hay trabas. Los políticos dicen que no hay niños suficientes para justificar los gastos.

—Es una pena. Seguramente se podría hacer algo.

—No a menos que tengas influencias políticas.

Ella no las tenía, pero Boss sí. Por desgracia, las posibilidades de que las usara en beneficio de los isleños eran casi nulas. Su padre no haría nada nunca sin un poderoso incentivo.

—Bueno, ¿cuál es lo siguiente?

J.T. hizo un gesto hacia el norte.

—Iremos por ese camino, pasando por el bosque.

—¿Es otra reserva?

Él sacudió la cabeza.

—No, es privado. Igual que las fincas que dan al océano.

—¿Y a quién pertenecen? ¿A estrellas de cine?

—Déjame pensar. Tres pertenecen a estrellas muy famosas. También hay un senador, varios presidentes de empresas, un comediante muy popular y uno o dos jugadores de fútbol.

—¿Y esa gran propiedad que está la primera? La que da al bosque. ¿De quién es? Es preciosa.

—Lo siento Princesa. Esa es propiedad de una corporación. Sólo la he visto usar una vez y eso fue hace años.

—¡Qué lástima! Se merece algo mejor.

—Estoy de acuerdo. Es una pena que la corporación no piense lo mismo.

J.T. aceleró y Taylor automáticamente le rodeó la fina cintura con los brazos.

Su amplia espalda rozaba sus senos y al dar una curva, los músculos de sus piernas se contrajeron dentro de la v de las de ella. Taylor cerró los ojos estremeciéndose. ¿Cómo podía obtener tal placer ilícito en una simple vuelta en moto? Debía haber algo erróneo en ella.

—Bueno, ¿qué hay del personal de mantenimiento? —preguntó Taylor a J.T. a la mañana siguiente.

Él se reclinó en el respaldo y tiró una uva por el aire para recogerla con la boca.

—¿Qué pasa con ellos?

Taylor tachó algunas preguntas de su lista.

—¿Cuántos son? ¿Cuánto ganan? Vamos, J.T. Tú sabes lo que necesito.

J.T. lanzó otra uva al aire y se encogió de hombros al capturarla.

—Varía, dependiendo de la estación.

Taylor suspiró con frustración.

—Necesito números, J.T. Me prometiste números.

Él se inclinó hacia adelante deslizando el dedo desde la mitad de la página hasta abajo.

—Eso, Princesa, son números. Ahí mismo. ¿Los ves?

Taylor hubiera deseado apartarse, evadir el embriagador aroma de él, la hechizante proximidad. Pero apretó los dientes y permaneció rígida.

—¿Pero son exactos?

—Tanto como pueden serlo. Es lo mejor que puedo hacer.

Ella abandonó y pasó otra página.

—¿Y qué pasa del chef y de sus empleados?

—¿Columbia Hanes? No lo sé. Tendrás que entrar en conversación durante la cena. Ya has visto lo a menudo que se pasa por las mesas para asegurarse de que los comensales están contentos. Pregúntale entonces.

—¿Que le pregunte qué? ¿Cuánto gana? —preguntó Taylor con sarcasmo.

—Si quieres… Aunque dudo que te conteste.

—Entonces…

—Por su personal, dulzura. Puedes decir algo así como: «¡Dios bendito, Columbia! ¿Cómo te las arreglas? Debes necesitar un ejército para servir a una multitud como ésta». Entonces ella te dará los preciosos números que necesitas. Muy simple, señorita Daniels. Un chasquido de dedos.

Taylor tiró el lápiz sobre la mesa.

—¡Maldita sea, J.T.! —se levantó para acercarse a los amplios ventanales que daban al océano—. Lo primero de todo, mi apellido es Davis, ¿recuerdas? Lo segundo, ésa es una información que se supone debes obtener tú para que no sospeche nadie si voy yo haciendo preguntas.

J.T. se acercó por detrás de ella, le puso las manos sobre los hombros y la atrajo contra su musculoso torso.

—¿Y tercero?

—¡Tercero… Que no puedo encontrar la línea! —murmuró.

—¿Qué línea?

La línea que no se atrevía a cruzar, deseaba gritar. La línea que separaba lo personal de lo profesional. La línea que siempre había

trazado con tanta facilidad. Ahora había desaparecido y no podía encontrarla.

—La línea de partida. Sin datos exactos, no puedo encontrar la línea de partida.

—Entonces pondrás los más aproximados posible. Boss no puede esperar más que eso.

Ella lanzó una amarga carcajada.

—¿Quieres apostar?

—Bueno ya está —J.T. le dio la vuelta—. Es hora de un descanso. Ponte algo cómodo y vamos fuera de aquí.

Taylor no discutió. Necesitaba con desesperación un descanso para despejarse la cabeza. Y lo que era más, necesitaba escapar del confinamiento de aquella habitación. Por algún motivo, la presencia de J.T. hacía que las paredes se cerraran en torno a ella.

—¿A dónde me llevas?

Él sacudió la cabeza.

—¡Oh, no! Mis normas eran que hicieras lo que te dijera sin preguntas. Tienes tres minutos para estar lista.

Ella esbozó una débil sonrisa.

—¿Y si no lo estoy?

J.T. sonrió con picardía.

—Entonces podremos usar esta habitación para otra finalidad diferente de la que tú pretendes.

Y con aquel devastador comentario, salió de la habitación.

—¿Una feria de artesanía? —exclamó Taylor —¡Oh, J.T.! ¡Qué maravillosa sorpresa! Gracias.

Él la miró con escepticismo. Nunca la había visto tan excitada. Tenía las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes de entusiasmo.

—¿Tanto te gustan las ferias de artesanía?

—Sólo he estado en una —admitió ella con desgana.

—¿Sólo una?

—Sí, pero me encantó. Tenían esas preciosas muñecas de porcelana vestidas con los trajes más increíbles. Nunca las he olvidado.

—Estoy seguro de que tendrán algunas parecidas en ésta.

J.T. la tomó de la mano y la condujo por delante de las mesas con porcelana hasta que encontró lo que estaba buscando. Por fin se detuvo frente a un puesto de muñecas de porcelana vestidas con trajes de la época de la Guerra Civil.

—¡Oh, J.T., son preciosas! —susurró ella mirándolas con avidez.

—Adelante. Puedes tocarlas.

Casi con reverencia, Taylor acarició el encaje de la muñeca vestida como Scarlett O'Hara en *Lo que el viento se llevó*.

—Si te gustan tanto, ¿cómo es que sólo has ido una vez a una feria de artesanía?

—Boss no tenía tiempo para pasatiempos frívolos.

—¿Por qué será que no me sorprende? —entrecerró los ojos mientras la observaba retirar la mano como si fuera una niña resistiéndose a una tentación prohibida. J.T. la alcanzó y se la dio—. Una bonita cosa, ¿verdad?

—Preciosa.

—¿Te gustan las muñecas?

—Claro, pero ya superé la necesidad de tenerlas hace mucho tiempo —dijo alisando los pliegues de la falda de seda de la muñeca.

—Ahora hablas como si fueras Boss.

Ella se encogió de hombros con incomodidad.

—Son bastante inútiles, ¿verdad? Quiero decir… que las muñecas no son nada práctico. Sólo algo emocional.

—Él nunca te dejó tener una, ¿verdad?

Taylor no se atrevió a mirarlo. Alzó la barbilla y posó la muñeca en la mesa.

—Mi padre me hubiera comprado alguna, pero yo no las deseaba demasiado. Si no…

—¿Si no?

Taylor rebuscó en su bolsa para sacar las gafas de sol y ponérselas. Entonces lo miró con aspecto calmado, distante y profesional.

—Si no, me hubiera permitido presentar mi petición de una forma lógica. Me hubiera pedido que le diera una explicación racional de para qué sirve una muñeca. Pero nunca pude. Por suerte, enseguida superé la necesidad de tener juguetes.

—¿Tenías que darle una explicación racional de todo lo que deseabas?

—Por supuesto. Me animaba a que consiguiera mis objetivos.

—¿Y qué hay de un abrazo? ¿Qué tipo de explicación racional podías darle cuando deseabas uno?

Taylor se quedó paralizada y pálida.

—Eso no viene a cuento —dijo en voz baja.

—Sigues sin haber contestado a mi pregunta —le pasó un brazo por la cintura y la atrajo—. ¿Enseguida superaste la necesidad de los abrazos también, Princesa? ¿De verdad?

Él sabía que no contestaría. Entonces Taylor se apretó contra él y apoyó la cabeza contra su hombro durante un breve instante.

—No —susurró por fin con voz apenas audible—. Nunca superé la necesidad de eso.

J.T. cerró los ojos y la abrazó con más fuerza incapaz de pronunciar una palabra más. Parecía que su juego había dado un giro inesperado, uno que no estaba seguro de poder dirigir.

Capítulo 8

Taylor entró en su habitación más feliz de lo que se había sentido en mucho tiempo. A pesar del incidente con la muñeca, había sido un día maravilloso. J.T. se había encargado de ello. Se había asegurado de que examinaran cada puesto y saborearan cada plato típico negándose a irse hasta que el sol estuvo bajo en el horizonte. Apartándose los mechones que el viento le había arrojado sobre la cara, Taylor se quitó el vestido veraniego y lo tiró a los pies de la cama.

Entonces fue cuando lo vio.

Colocado sobre la almohada estaba el collar de perlas que se había roto el día que Shad había interrumpido su tórrido abrazo. J.T. debía haberlo devuelto mientras ella estaba fuera de la habitación. Lo habían vuelto a ensartar y estaban todas las perlas. Y lo siguiente que vio fue su maletín. Normalmente lo cerraba en el armario, pero ese día había cometido la estupidez de dejarlo accesible a cualquiera porque había estado más interesada en la exploración con J.T. que en el trabajo.

Se puso nerviosa al pensar en el contenido de sus archivos. Miró el maletín y el collar durante largo tiempo; los dos artículos la devolvieron a su eterno dilema: trabajo contra placer, su obligación hacia los intereses de la compañía contra su interés en J.T.

Las palabras de Boss resonaron en su cabeza:

—Explícame con lógica por qué lo deseas. Sin justificaciones emocionales. Sólo con la fría razón.

—¿Princesa? —J.T. asomó la cabeza por la puerta que conectaba las dos habitaciones—. ¿Estás ahí?

Satisfecho de no encontrarla en la habitación, se dirigió a la cama. Sonrió a la muñeca que llevaba en las manos, la que Taylor había admirado en la feria de artesanía. La apoyó contra la almohada donde poco antes había dejado el collar de perlas. Entonces puso una nota entre los pliegues de la falda. La nota decía:

A veces la necesidad supera a la lógica.

Cuando se dio la vuelta para irse, una ráfaga de brisa desde la ventana abierta, agitó los papeles que había sobre el escritorio. Uno cayó al suelo y J.T. se agachó para recogerlo. Lo miró al posarlo sobre el archivo abierto. Entonces se paralizó y empezó a leerlo con más atención.

Taylor regresó a la habitación aliviada de haberle puesto el fax con las actualizaciones diarias a Boss. Cerró la puerta y al darse la vuelta vio a J.T. sentado a su mesa con los papeles apretados en una mano. Se quedó sin aliento al comprender lo que significaba su presencia allí.

—J.T. —susurró.

Él alzó la vista y le dirigió una mirada asesina.

—Me has mentido, pequeña y diabólica…

—¡Puedo explicártelo!

Taylor no se molestó en preguntarle cuánto sabía. Era demasiado evidente.

—¿Explicar? ¿Explicar qué? —alargó el brazo sobre la mesa y los papeles salieron volando—. ¿Cómo me mentiste acerca del propósito de tu interés en el complejo?

—No te he mentido sobre eso —se apresuró a decir ella—. Estoy aquí para investigar Bridge's Bay.

—Y sólo Bridge's Bay. No hay ningún otro hotel de lujo en tu lista. Sólo éste.

—Ya lo sé… Lo admito. Te confundí un poco respecto a eso.

—Me confundiste respecto a muchas cosas. Me explicaste que habías venido aquí a ver cómo se dirigía un hotel de primera clase. Eso también es mentira.

Ella alzó la barbilla negándose a dejarse intimidar por su furia. Ella no había hecho nada malo. Bueno… no mucho.

—Si has leído mis archivos, ya sabrás para lo que estoy aquí.

Él se levantó cruzando como un rayo la habitación en dirección a ella. Taylor hubiera deseado que todos los muebles de la habitación se interpusieran en su camino, pero se negaba a darle la satisfacción de retroceder.

—Estás aquí para ver cómo funciona este complejo y poder duplicarlo. Duplicarlo lo más exactamente posible. ¿No es esa toda la verdad, señorita Daniels?

—Sí.

—¡Vaya! Directa al grano. Es un cambio agradable para variar. Es una lástima que no me escucharas cuando te dije que era imposible duplicar este complejo.

—Eso da igual. Yo tenía que redactar mi informe.

Una furia renovada brilló en los ojos de J.T.

—¡Maldito sea ese informe y maldita seas tú! Te advertí que no jugaras conmigo. Deberías haberme escuchado.

Taylor inclinó la cabeza manteniendo la voz calmada:

—Lo que tú dijiste es que si planeaba hacer algo ilegal o que perjudicara a la isla, advertirías a sus habitantes.

—Y eso es exactamente lo que voy a hacer.

Avanzó hasta el teléfono y lo descolgó.

Taylor corrió tras él.

—Pero los planes de Daniels Investments no harán ninguna de esas dos cosas.

J.T. marcó un número.

—¡Y una mierda!

—Espera, J.T. Te dije que nuestro hotel se establecería en otra parte y eso es verdad. No afectará de forma adversa a este complejo.

Él sacudió la cabeza.

—No te creo. Mentiste, princesa. Desde el primer momento has mentido. ¿Joanie? ¿Está Liz por ahí?

Taylor intervino con desesperación:

—¿Me hubieras ayudado si te hubiera contado lo que perseguía?

—Desde luego que no —habló entonces al receptor—. Bueno, ¿dónde diablos está? Quiero hablar con ella.

Taylor comprendió que no tenía mucho más tiempo. Sería mejor que encontrara aprisa la forma de cortarle.

—¿Y qué otra elección tenía? Yo sabía que nuestros planes no le harían daño a nadie, pero en cuanto escuchaste el nombre de Daniels inmediatamente pensaste lo peor.

—¡Y con buenos motivos!

—Puede, pero no soy yo la única que mentí. Tú también lo hiciste.

La expresión de J.T. cambió con la velocidad del rayo.

—No importa, Joanie. Intentaré localizarla más tarde —colgó despacio y se dio la vuelta hacia ella—. ¿De qué estás hablando?

—No estoy ciega, J.T. Tú tienes fuertes lazos con esta isla. La única razón por la que aceptaste trabajar conmigo fue para informarte y poder proteger a los isleños. Te has cuestionado todo lo que he hecho. ¿Por qué?

Él se cruzó de brazos.

—Tú tienes todas las respuestas. Dímelo tú.

—Porque querías asegurarte de que los planes de Daniels

Investments no perjudicarían a la isla. Así estarías en posición de advertir a los jermaineses.

—Parece que tenía motivos, ¿no crees?

—¡No! Te juro J.T. que nuestros planes no perjudicarán a nadie. Yo quiero esa vicepresidencia quizá más de lo que haya querido nada en toda mi vida. Lo admito. Pero no a expensas de Bridge's Bay. Eso nunca.

—¿De verdad crees que a Boss le importa un comino lo que pase en esta isla?

Ella lo miró directamente a los ojos.

—Quizá no, pero a mí sí. Y te prometo que nuestros planes no afectarán al complejo.

Él la estudió durante un largo instante antes de asentir.

—De acuerdo, princesa. Pero escúchame y escucha bien —bajó la voz hasta sonar tan amenazadora como prometedora—. Te hago personalmente responsable del bienestar de esta isla. Da un movimiento en falso y te juro que te lo haré pagar. Y ni siquiera Boss será capaz de impedírmelo. ¿Lo has entendido?

Taylor sintió un nudo en la garganta. Hablaba en serio. Mortalmente en serio.

—Entendido —susurró.

—Bien. Ahora dejemos de hablar de negocios y arréglate. Tomamos el té con Elizabeth dentro de quince minutos.

Ella lo miró alarmada.

—¿Té? ¿Por qué vamos a tomar el té con ella?

—Porque nos ha invitado —deslizó la mirada sobre ella con desdén —. Y, por mucho que me gustaría no ir, no tengo intención de ofenderla. Quince minutos, Princesa. O vendré y te vestiré yo mismo.

—¿Más café, J.T.?

—Por favor.

J.T. acarició la delicada taza de china y miró de nuevo a Taylor a través de la mesa de forja. No había sido capaz de apartar los ojos de ella desde que se habían sentado con Elizabeth en la terraza. Su «prometida» cumplía con el apodo que él le había puesto. Parecía una princesa real con aquel vestido dorado sin mangas que le marcaba todas las curvas.

Hizo un esfuerzo por aferrarse a su enfado y traspasar el desprecio que sentía por Boss Daniels a su hija. Pero ya no le funcionaba. Para

su enojo, se interponían demasiado otros recuerdos: la calidez de la sonrisa de Taylor cuando había saludado a los huéspedes y empleados, la pasión y vulnerabilidad reflejada en sus ojos de ébano y aquel urgente gemido revelador que escapaba de su garganta cada vez que la besaba.

Se reclinó contra el respaldo y la observó. Estaba verdaderamente preciosa, decidió casi con distanciamiento clínico. Su estructura ósea era delicada e intemporal, sus movimientos naturales y graciosos. El pelo le brillaba bajo el sol del atardecer como una cascada de rizos de oro. Y su boca, aquella suave boca tentadora y sonriente, amenazaba con ponerle al borde del límite.

La deseaba. La deseaba con tanta intensidad que casi le dolía. Pero tenía un trabajo que hacer, un trabajo que lo obligaba a ser tan despiadado como ella. Incluso mientras lo reconocía, sólo podía pensar en tomarla en sus brazos, llevarla hasta su habitación y doblegarla con la pasión.

Y entonces se cruzó con su mirada y el pánico que leyó en sus ojos lo devolvió a la realidad.

—¿Mi familia? —murmuró ella humedeciéndose los labios.

—Sí —replicó Elizabeth—. Davis es un antiguo apellido sureño. ¿Eres nativa de Charleston o provenís de Mississipi, como Jeferson Davis?

—Su familia es del norte —explicó con tranquilidad J.T.—. Dudo que los conozcas.

Taylor lo miró con gratitud y sorpresa a la vez. Ella no sabía que él sabía tanto de sus antecedentes, comprendió J.T. De hecho, si supiera toda la investigación que había hecho sobre su familia, se sentiría horrorizada.

—J.T. tiene razón —confesó Taylor—. Nos trasladamos a vivir a Charleston cuando yo era una niña, poco después de la muerte de mi madre.

Elizabeth frunció el ceño.

—Lo siento, querida. No quería sacar temas dolorosos.

—No es doloroso. Un poco triste a veces, pero tengo maravillosos recuerdos de ella.

—Tu anillo de compromiso es precioso. ¿Pertenecía a tu madre?

Taylor sacudió la cabeza y se sonrojó ligeramente.

—No. Eso es lo que me hubiera gustado. Pero debe ser del estilo de

la época, ¿verdad? Supongo que por eso lo elegí. Pero Bo… mi padre, no pudo permitirse comprarle uno cuando se casaron y para cuando pudo, ya era demasiado tarde —una oleada de deseo le surcó la expresión—. Envidio su historia. Debe ser maravilloso conocer tu linaje hasta un pasado tan antiguo. Me encantaría tener tíos, tías y primos a mi alrededor y crecer en una casa llena de posesiones de mis antepasados.

—¿Nunca has tenido eso? —no pudo resistirse a preguntar J.T.

Ella sacudió la cabeza de nuevo e intentó esbozar una sonrisa.

—Si tengo algún familiar, no lo conozco. Mis dos padres eran huérfanos. A veces creo que eso fue lo que los unió. Mi padre siempre decía que éramos los tres contra el mundo.

—Y ahora sólo quedáis los dos —observó J.T.

—¡De verdad, Jason T! —exclamó Elizabeth dirigiéndole una mirada de reproche—. ¿Cómo le puedes decir eso a tu prometida? Y cuando os caséis, nos tendrá a todos nosotros también. Tendrá lo que siempre ha deseado. Tendrá a un buen hombre al que pueda amar hasta la vejez, una familia extensa que la aceptará como a una hija propia y una rica historia para pasarle a sus hijos y a los hijos de sus hijos.

J.T. frunció el ceño notando las repentinas lágrimas que le empañaron los ojos a Taylor. ¿Qué diablos pretendía Elizabeth? Sabía perfectamente que no habría tal matrimonio, que toda la situación era una farsa. Y debía sentir la pena que sus comentarios le causaban a Taylor. Entonces, ¿por qué insistía?

—Eso es lo que más deseas de todo, ¿verdad, querida? —presionó con suavidad Elizabeth—. ¿O me equivoco?

Taylor apretó los dedos alrededor de la taza de porcelana.

—Tiene toda la razón —admitió en voz baja—. Lo que está describiendo es exactamente lo que siempre he deseado.

Entonces alzó la mirada en dirección a J.T.

«Es lo que siempre he deseado y nunca tendré».

J.T. escuchó sus palabras con la misma claridad que si las hubiera pronunciado en voz alta. Apretó los labios y posó la taza en el plato.

—¿Te importa? —preguntó con tensión J.T.

Elizabeth esbozó una leve sonrisa.

—De ninguna manera —murmuró mientras le servía otro café—. Siento que Liz no esté aquí para conocerte, Taylor. Me temo que ha

salido en esa máquina infernal de nuevo.

—¿En el helicóptero? —preguntó J.T.—. ¿Qué es todo lo que he oído acerca de Liz y un romance secreto?

—Oh, algo debe haber. Tiene a toda la isla elucubrando acerca de a quién va a ver.

—¿Y lo conoces tú?

—Todavía no —Elizabeth sonrió y los ojos le brillaron de diversión —. Pero espero conocerlo muy pronto.

La conversación giró después en torno a temas generales y J.T. mantuvo todo el tiempo la mirada en Taylor preocupado por su repentino abatimiento y enfadándose consigo mismo como resultado. Elizabeth también lo debió notar porque cuando terminó el té les agradeció su presencia.

—Nos vemos muy poco últimamente —le dijo a J.T.

Él se encogió de hombros.

—El trabajo es lo primero, me temo.

Elizabeth se levantó sin molestarse en ocultar su desaprobación.

—Quizá eso cambie en cuanto sientes la cabeza y tengas mujer e hijos.

—Quizá —J.T. también se levantó—. Pero no cuentes con ello.

La dama se volvió entonces hacia Taylor.

—Y ha sido un placer conocerte, querida.

—El placer ha sido mío —dijo con toda sinceridad Taylor—. Tiene una casa maravillosa, señora Jermain. Gracias por compartirla conmigo.

—Por favor, llámame Elizabeth. Al fin y al cabo ya eres prácticamente de la familia.

Elizabeth se dio la vuelta para entrar en el hotel, así que sólo J.T. vio la expresión de devastación de Taylor.

—¿Te encuentras bien?

—Por supuesto —se acercó hasta la barandilla y se cruzó los brazos alrededor de la cintura—. Sólo estoy viviendo una mentira, así que, ¿por qué no iba a encontrarme bien?

Él le posó una mano sobre el hombro.

—No tienes por qué. Puedes irte ahora mismo si quieres, antes de que esto se ponga más complicado.

—Sabes que eso no es posible —se apartó de él con rigidez—. Gracias por la muñeca. Y ahora discúlpame. Me gustaría estar unos

minutos a solas.

Sin una palabra más, se acercó a los escalones que bajaban al jardín. J.T. no intentó detenerla. Y entonces supo que no era sólo ella la que estaba viviendo una mentira.

En lo único que podía pensar Taylor era en escapar, escapar antes de derrumbarse por completo. Rodeando el hotel, continuó hasta la cara sur, esquivando la repleta piscina hasta salir a un inmaculado jardín colorido. Para alivio suyo, la zona estaba desierta y encontró refugio en un banco pegado a una fuente en el centro del jardín. Había sido demasiado: las palabras de Elizabeth, la rabia de J.T. y la maravillosa muñeca. Todo había servido para derribar el último ápice de control que le quedaba. Para más humillación suya, rompió a llorar con desconsuelo. Por suerte, la tormenta sólo duró unos minutos.

—¿Puedo ofrecerle mi pañuelo? —preguntó una voz sosegada por detrás de ella.

Ella se dio la vuelta con desmayo al ver a un anciano con un mono desteñido y un sombrero de paja de ala ancha a sus espaldas. Llevaba una azada en una mano y un pañuelo en la otra. Sin decir una sola palabra, Taylor aceptó su ofrecimiento y se secó las lágrimas lo mejor que pudo.

—Gracias —murmuró sintiéndose completamente ridícula.

—Encantado de haberla sido de utilidad.

Desesperada por encontrar algo que decir, Taylor hizo un gesto a su alrededor.

—¿Es usted el responsable de esto?

Él ladeó un poco la cabeza y sus enormes ojos grises brillaron compasivos.

—Responsable o culpable. Depende cómo se mire —ella sonrió y el hombre la miró con aprobación—. Ah, eso es una deliciosa mejora, querida. ¿Te sientes mejor ya?

—Mucho mejor, gracias.

El hombre rodeó el banco y se sentó al lado de Taylor quitándose el sombrero para revelar una espesa mata de pelo gris.

—¿Quieres hablar de ello?

Taylor se encogió de hombros retorciendo el pañuelo entre los dedos.

—No creo. Ya me siento bastante tonta.

—Soy un buen escuchador —la animó él—. Al menos es lo que me dice la gente.

Quizá fuera aquella sonrisa comprensiva o la amabilidad de su voz. Ó quizá la necesidad de confiar en alguien más sabio que ella, el abuelo que nunca había tenido. Incapaz de resistirse a su ofrecimiento, empezó a hablar:

—Estoy enamorada de un hombre que me desprecia. Ya está. Por fin he admitido la verdad. Lo quiero.

El jardinero parpadeó de sorpresa.

—¿Y por qué te desprecia?

—Porque cree que soy una despiadada mujer obsesionada por los negocios.

—¿Y lo eres?

—Intento serlo —le miró con el ceño fruncido—. Pero últimamente no he sido muy buena en ello, o al menos no tanto como yo creía. Si lo fuera, no me sentiría tan culpable por mentir.

—¡Ah! Atrapada en un nudo de mentiras, ¿eh?

Ella asintió mirándose las manos.

—Al principio la mentira fue fría y aséptica, sólo un medio para conseguir unos fines. Se hace todo el tiempo en los negocios. Pero ahora…

—¿Sí? ¿Qué pasa ahora?

—Me gustaría que no fuera una mentira. Que fuera real. Pero eso es imposible.

El comentario fue como un grito de su corazón, un desesperado anhelo por obtener el amor y el respeto de J.T. tan completamente como él tenía el de ella.

Su compañero guardó silencio un momento y entonces cambió de tema.

—¿Has tenido alguna vez un jardín?

Taylor suspiró. No podía culparlo. Era una maravilla que la hubiera escuchado y que hubiera tenido el valor de acercarse a ella dado el estado en que la había encontrado.

—¿Un jardín? —repitió obligándose a prestarle la misma atención que él le había prestado a ella—. Me temo que nunca he tenido tiempo.

—Bueno, yo paso la mayor parte del día con mis plantas. Normalmente es un trabajo muy metódico. Las gardenias aquí, un

macizo de iris allí, lirios a lo largo de los caminos. Pero de repente sale una flor ocasional donde no debería. Como las bocas de dragón. Tienen la habilidad de salir donde menos los quieres —frunció el ceño—. Como en las camas de mis rosas.

—A mí me gustan bastante las bocas de dragón.

—¿Las conoces?

Ella sonrió pensando en Boss.

—Íntimamente.

—Por una parte, eso es lo que hace que un jardín sea tan delicioso. Que hay sitio para muchos tipos de flores diferentes. La diversidad es lo que da la belleza.

Taylor bajó la cabeza. Parecía que después de todo no había cambiado tanto de tema. Un hombre sabio.

—¿Y si su jardín es más estrecho? ¿Y si las boca de dragón se niegan a llevarse bien con los rosales?

—¡Oh, te sorprendería! —dijo señalando un macizo a su derecha.

Taylor lo contempló con asombro. Las bocas de dragón y las rosas crecían juntas haciendo una mezcla asombrosa. Una enorme gama de tonalidades se agitaba bajo la brisa. Desde los rosas graduados hasta los rojos, el púrpura complementando al amarillo, el salmón mezclándose con el melocotón. Por primera vez sintió un momentáneo hálito de esperanza. Pero se desvaneció al instante cuando intentó imaginarse a J.T. y a su padre en la misma habitación.

—¿Y si se niegan a llevarse bien?

—Entonces tendrás que elegir —replicó él con pesadumbre—. ¿Quieres un jardín lleno de bocas de dragón o de rosas?

O para ser preciso, ¿quería a J.T. en su vida o a Boss? Porque no había sitio para los dos. Ellos nunca lo permitirían. Era una decisión imposible.

—Gracias por escucharme. Ha sido muy amable —dijo mirando al jardinero—. Pero le estoy robando el tiempo de su trabajo.

Él se encogió de hombros.

—El trabajo puede esperar. No tengo la oportunidad de sentarme a hablar con una mujer bonita tantas veces.

Taylor sonrió ante su galantería.

—¿Lleva mucho tiempo entre los jermaineses?

—¡Oh, como treinta años! —se puso el sombrero de nuevo—.

Cuando por fin convencí a Elizabeth de que se casara conmigo.

Taylor abrió mucho los ojos.

—Usted es… usted es…

—Cameron Bradshaw, a su servicio —tomó la mano de Taylor entre las de él—. Un placer, querida.

—¡No lo sabía! No me había dado cuenta…

Él ignoró su pánico ofreciéndole una amistosa sonrisa.

—Me alegro de que por fin nos hayamos conocido. Elizabeth me ha mencionado que estabas aquí de visita. Espero que os veamos mucho más a J.T. y a ti en el futuro —se levantó—. Y espero que nuestra conversación te haya servido de ayuda. Enhorabuena, querida.

Taylor observó con desmayo cómo se alejaba. ¡Dios bendito! Acababa de confesar sus sentimientos más hondos al marido de Elizabeth Jermain. Y prácticamente había admitido que su compromiso con J.T. era una farsa. ¿Y si decía algo? ¿Y si le contaba aquella conversación a su mujer?

Pero la preocupación se desvaneció al instante. No sabía por qué, pero confiaba en que aquel hombre mantuviera su confidencia en secreto.

Capítulo 9

J.T. miró a Taylor a través de la mesa del comedor y frunció el ceño. Durante los días anteriores habían establecido una tregua temporal, pero no estaba seguro de que estuviera funcionando. Ella se había ido poniendo cada vez más silenciosa, más tentativa, menos dura y segura de sí misma.

Ahora parecía muy frágil, como si con una mirada, un roce… un beso, pudiera estallar en pedazos. Y también vio una nueva vulnerabilidad en sus ojos oscuros y supo que había pasado algo para destrozar su confianza.

¿Pero qué?

Él no había vuelto a sacar el tema de su engaño desde aquella conversación o sea que no podía ser eso. Ni ella le había vuelto a hacer ninguna pregunta acerca del complejo. J.T. sólo deseaba saber qué era lo que la estaba preocupando y poder solucionarlo, porque sospechaba que la causa tenía poco que ver con el informe. Pero cada vez que se acercaba al problema, ella cambiaba de tema.

—¿Qué tal ha estado tu cena? —preguntó cuando les retiraron los platos.

Realmente no le importaba en absoluto la cena, sólo quería que ella hablara.

—Deliciosa. Columbia se ha superado a sí misma.

—¿De verdad? ¿Qué has tomado?

Taylor se sonrojó y lo miró durante un instante con los labios entreabiertos y los ojos muy abiertos.

—He… he tomado un copete con salsa de gambas.

—Eso fue anoche. Esta noche has tomado sopa de langosta y salmón ahumado —se inclinó hacia adelante capturando su mano entre las de él—. ¿Qué pasa, Taylor?

Ella evitó su mirada y se soltó la mano.

—Supongo que estaba pensando en el entretenimiento de esta noche en vez de en la comida. Nunca había ido a una fiesta pirata antes. Suena divertido.

—O sea que te apetece disfrazarte de pirata y buscar el tesoro escondido.

—Sí —por un instante, las sombras se disiparon sustituidas por la excitación—. Esta noche hay luna llena. La playa estará preciosa.

Columbia Hanes se acercó a la mesa justo en ese momento.

—Hola, J.T., Taylor. ¿Cómo ha estado todo esta noche?

—Estupendo —contestó J.T. con una mirada de sarcasmo en dirección a Taylor—. Creo que el salmón estaba delicioso.

Columbia sonrió.

—Ayuda el que venga del barco moviendo todavía la cola.

—Es una orquídea preciosa —dijo Taylor mirando la flor rosada prendida en el gorro de chef de Columbia.

—¿Verdad que sí? Las orquídeas son la especialidad de mi madre. También prepara todos los arreglos florales del hotel.

—Son maravillosos.

—Gracias. Se lo diré. Pero probad la tarta del diablo de Charleston de postre. Es la especialidad de la casa.

Con una amistosa sonrisa, se acercó a la mesa siguiente.

—¿Qué? ¿No haces preguntas para tu informe? —preguntó J.T.—. Esperaba que la interrogaras sobre el número de ayudantes de cocina o al menos que hablaras de los menús. Ni siquiera le has preguntado cuántos comensales hay en una cena normal. Estás dejando que se te pasen las cosas, princesa.

—No era el momento oportuno.

—No vas a encontrar un momento mejor. Sólo te quedan tres días.

—¡No necesito que me recuerdes cuánto tiempo me queda para irme! —arrojó la servilleta a la mesa y se levantó—. Discúlpame. Me gustaría cambiarme para la búsqueda del tesoro.

Taylor salió a recepción. El hotel estaba repleto esa noche, atestado de gente descubriendo las maravillas de la vida en la isla y disfrutando de un respiro de su rutina normal.

Mientras subía las escaleras, pensó que ella no había tenido nunca un respiro. Al menos, no uno de verdad. Ella siempre había trabajado, creando su carrera, intentando encajar en Daniels Investments y probándose ante su padre. Entonces, cuando había llegado a Jermain Island, todo se había trastocado. La ironía del asunto no se le escapaba.

No había trabajado nada durante los últimos días, o mejor dicho, desde su conversación con Cameron Bradshaw o el juez, como le llamaba todo el mundo. Se había enterado de que el hombre al que había tomado por jardinero, había sido juez de la Corte Suprema. Y debía haber sido uno bueno porque sólo después de una conversación con él, Taylor había sentido la necesidad de parar y analizar su vida.

Y no le importaban las conclusiones a las que se viera obligada a llegar.

Taylor entró en la habitación y se apoyó contra la puerta. Pero no se había enfrentado todavía al tema más importante. Pronto volvería a casa. Su tiempo junto a J.T. se acabaría y la dejaría con el corazón partido obligándola a guardar su dolor en secreto. Después se vería inmersa en el mare mágnum de Daniels. Su padre le pediría el informe esperando que ella le contara cómo duplicar Bridge's Bay.

El problema era que… lo que ella tenía que decirle no era lo que él quería escuchar. Y cuando eso pasara, no solo perdería a J.T., sino que perdería también a su padre.

Shadroe estaba de pie en una plataforma en mitad de la playa, descalzo y vestido con pantalones deshilachados y una camisa desgarrada. Una foca colgaba de su cadera y llevaba una pistola antigua al cinto. Las antorchas brillaban en varios puntos de la playa dando un aire de misterio y aventura a los preparativos mientras los invitados se reunían alrededor, todos disfrazados de piratas. J.T. bajó la vista hacia Taylor, que sonreía con expresión encantada.

Sacándose la pistola del cinturón, Shad disparó al aire. La multitud quedó en silencio mirándolo con expectación.

—Bienvenidos, señoras y caballeros. Para aquellos que no me conozcan, soy Shadroe Teach, descendiente directo de Edward Teach, el infame pirata Barbanegra. Algunos lo llamaban el Capitán Drummond, otros lo conocían como Thatch. Yo lo llamaba abuelo. Aunque no me pillaría ni un galgo.

Los invitados se rieron y J.T. miró a Taylor notando su ceño fruncido. Le pareció que el apellido Teach no le había sonado y no lo asociaba con Teach Development.

Al menos no todavía.

—No estamos muy seguros de cuál de sus mujeres descendemos —continuó Shad—. Barbanegra tuvo catorce y los rumores decían que cuando se cansaba de alguna la dejaba en el primer puerto en que atracaba. Pero nuestra antepasada era una mujer de temperamento y se negó a que la dejaran atrás. Así que Thatch la encerró aquí. Pero antes de zarpar, se quitó la anilla de oro que llevaba en la oreja. La misma que llevo yo puesta. Y desafío a cualquiera a que me contradiga.

Hubo más risas entre el grupo. Era evidente que Shad estaba en su

elemento.

—Ahora, el reinado de Barbanegra fue uno muy breve. Aterrorizó a la gente de Carolina durante dos cortos años y encontró su merecido a manos del Capitán Maynard en 1718. Pero antes de morir enterró su tesoro en un sitio que sólo el diablo debe saber con seguridad. Algunos creen que está aquí, en Jermain Island. De vez en cuando excavamos por algunas partes con la esperanza de encontrarlo, pero como nadie lo ha conseguido, debe estar esperando por ustedes.

—¿Y cómo sabremos dónde cavar? —preguntó Taylor a J.T. en un susurro.

—Te pasan unos mapas. Sólo uno conduce al tesoro, los demás son falsas pistas que llevan a pequeños premios de consolación.

En ese momento, uno de los empleados del hotel puso un pedazo de tela en manos de Taylor y ella la alzó en dirección a la luz estudiando el dibujo con atención. J.T. sonrió con aprecio de la imagen que tenía. Llevaba una enorme camisa de rayas blancas y rojas y unos pantalones por debajo de las rodillas con una ancha faja alrededor de la cintura. Se había dejado el pelo suelto con una ancha banda escarlata en la frente anudada al lado de una oreja. En algún sitio había encontrado unos pendientes hechos de monedas que le colgaban casi hasta los hombros y tintineaban cada vez que movía la cabeza.

Tenía una mente de acero envuelta en un dulce paquete y para su intenso alivio, ni siquiera Boss había conseguido borrar aquella femenina delicadeza que suavizaba su fachada de mujer de negocios. Estaba irresistible y si hubiera vivido en los tiempos de Barbanegra, J.T. no dudaba que su infame antepasado la hubiera tomado como su decimoquinta mujer.

—Vamos —lo apremió ella con expresión resuelta—. Quiero encontrar el tesoro.

Armados de linternas, caminaron hasta el borde de la playa, donde el mapa indicaba que era su punto de partida.

—Veamos… Primero catorce pasos al sur —empezó ella antes de paralizarse con desmayo.

—¿Algún problema? —preguntó J.T. con una blanda sonrisa sabiendo muy bien lo que la había alterado.

Ella alzó la barbilla.

—No, ninguno.

—Entonces adelante. Catorce pasos al sur.

Ella lo miró con furia.

—¡Maldita sea, J.T.! No juegas limpio.

—No y será mejor que lo recuerdes —posó las manos en sus hombros y la dio la vuelta—. El sur está en dirección al faro.

—Eso ya lo sabía.

La siguiente hora transcurrió con mucha rapidez. J.T. se mantuvo detrás de ella permitiendo que Taylor disfrutara del placer de averiguar las indicaciones. Y sin embargo…

Pronto se dio cuenta de que Taylor trataba toda aquella experiencia como si fuera un proyecto. Paso a paso fue progresando en la ruta acudiendo a su capacidad analítica y muy concentrada en su tarea. Lo alarmó que lo que debía tomarse como una diversión, se lo tomara tan en serio como su informe para Boss. Y eso le hizo pensar en algo. A pesar de todo lo que habían compartido juntos, ella no había aprendido a jugar. Apretó los labios.

Eso iba a cambiar y en aquel preciso momento. Aunque no hiciera nada más en los días que le quedaban en la isla, él la enseñaría a relajarse y a divertirse.

—Déjame mirar eso —le quitó el mapa de las manos y lo estudió—. Oh, ya veo cuál es el problema. Es cinco pasos al este, no al oeste. Es hacia el océano.

—Ya sé que es hacia el océano. ¿En qué otra dirección podría ser? —siguió sus instrucciones y frunció el ceño al dar el tercer paso—. ¿Estás seguro de que son cinco?

—Cinco.

Taylor dio otro paso.

—¡El agua me llega hasta las rodillas! Esto no puede pretender que me…

—Se supone que tienes que dar cinco pasos al este, después nadar unos metros y otra vez al sur.

—¡J.T.!

—¡Oh! espera un minuto —la sacó del océano y le dio un beso en la punta de la nariz—. Me he equivocado. Creo que después de todo era al oeste.

Taylor se rió y después se relajó y empezó a tomarse la búsqueda como el juego que pretendía ser. Al final llegaron al faro.

—Tu tesoro te espera en lo alto —leyó con un suspiro de decepción

—. Entonces, ¿no es un tesoro enterrado?

—No, pero la vista merece la pena la subida, aunque sólo sea para un premio de consolación —J.T. enarcó una ceja—. Aunque según recuerdo, no te impresionó mucho la idea de visitar el faro cuando llegaste. ¿Qué fue lo que dijiste? ¿Algo acerca de subir cientos de escalones sólo para ver arena y agua?

—Fui muy pedante, ¿verdad?

—Quizá un poco.

Taylor esbozó una sonrisa conciliatoria.

—Me encantaría ver la vista si todavía quieres enseñármela.

Él inclinó la cabeza.

—Será un placer.

Subieron juntos los escalones metálicos que se enroscaban hacia lo alto en una espiral interminable. A mitad de camino, se pararon para mirar por una diminuta ventana. Abajo, a lo lejos, las olas rompían contra el muelle más fuertes que una hora atrás. Cuando por fin alcanzaron la plataforma, el viento le arrancó la bufanda a Taylor de la cabeza. La seda se agitó en el aire y saltó por encima de la barandilla antes de desaparecer flotando en dirección a las olas.

—Me preguntó hasta dónde llegará —murmuró ella.

J.T. le pasó un brazo por los hombros.

—En el jardín de juegos de Neptuno, diría yo.

Ella se volvió ligeramente y lo miró mientras los pendientes tintineaban con suavidad bajo la brisa.

—Qué descripción tan bonita. No sabía que fueras romántico.

—No lo soy. Soy práctico, determinado y tan despiadado como tú.

Para su sorpresa, ella sólo sonrió apoyándose más contra el hueco de su brazo.

—Esto es precioso. Pacífico y relajante. ¿Cómo has podido irte de aquí?

—No fue fácil —admitió él.

—¿J.T.?

Él bajó la vista hacia ella. Sus ojos eran luminosos y su boca suave e incitante, casi parecía pedir que la besaran.

—No me mires así —murmuró él.

—¿Por qué no?

—Porque me tientas.

—¿De verdad? —se humedeció los labios con la punta de la lengua

—. ¿Y a qué te tiento?

J.T. contrajo todos los músculos del cuerpo ante la sugerente pregunta.

—A esto.

Deslizó la mano por la curva de su nuca y la atrajo hacia sí. La deseaba más cerca, que sintiera su calor y la amenazadora rigidez que revelaba su ansia. Deseaba que se resistiera porque sabía que él no lo haría.

Pero ella no se resistió.

En vez de hacerlo, avanzó hacia su abrazo deseosa, como si perteneciera a él, con la cara alzada como si aquello fuera lo más natural del mundo. Él la besó entonces, tomando su boca con una fiera pasión que no encontró oposición, una pasión que ella estaba deseosa de acompasar. Los días de contención explotaron en un urgente deseo y él se abandonó al conocimiento de poder incitar una emoción tan poderosa.

J.T. enterró las manos en su pelo y los pendientes tintinearon. Sentía su cuerpo suave mientras que el de él era duro. La deseaba. Deseaba volver a su suite y hacerle el amor hasta el amanecer. Ella no protestaría; su necesidad era tan fiera como la de él. Taylor deslizó las manos alrededor de su cuello, entreabrió los labios y profundizó el beso.

Y J.T. supo con instintiva seguridad que cuando se rindiera, sería con inigualable dulzura.

Podía poseerla. Lo supo por instinto. Podía hacerla suya.

—¿J.T.? —murmuró ella con tono de confusión.

Taylor se estremeció en sus brazos cuando el viento se intensificó y él la soltó.

—Te estás quedando fría —dijo retirándole un mechón de la frente —. Vamos a recoger tu premio y nos iremos. ¿O te has olvidado ya de él?

Taylor parpadeó esforzándose por recuperar el equilibrio. Un minuto estaba sumergida en el más delicioso abrazo y al siguiente le daban una palmadita para quitárselo, como si fuera una niña pequeña. ¿Qué había pasado?

—Mi premio —miró a su alrededor—. Sí, por supuesto. ¿Dónde…?

—Está por aquí en algún sitio. Vamos a mirar.

Dieron la vuelta a la barandilla de la plataforma y por fin

encontraron un trapo rojo con el logo del hotel atado a la barandilla. Dentro descubrieron un libro sobre Barbanegra.

—Es un precioso premio de consolación —murmuró Taylor mientras lo miraba—. Me he divertido mucho esta noche. Gracias.

—Yo también. Pero se está haciendo tarde. Debemos salir de aquí para que puedan cerrar el faro.

Ella no discutió. Hubiera sido inútil. ¿Qué podría decir?: «¿Por qué has dejado de besarme? ¿No me deseas? Tómame, soy tuya».

Sin una sola palabra lo siguió escaleras abajo mordiéndose el labio inferior. Su retirada le había dolido. Le había dolido más de lo que hubiera imaginado. Se sentía como si le hubiera ofrecido la luna y las estrellas y entonces se las hubiera arrebatado cruelmente.

Los escalones se borraron ante sus ojos, pero siguió avanzando. Se moría por sentir sus brazos alrededor de ella. Algo que sentía tan bien no podía ser malo. ¡No podía ser! Ella amaba a J.T. Lo amaba con todo su corazón y su alma. Y deseaba ser parte de él.

Y lo deseaba para siempre.

Pero sólo acabaría con el corazón partido.

Para cuando llegaron al hotel, lo único que deseaba era escapar a su habitación, quitarse el disfraz y acurrucarse bajo las mantas. No podía soportar la idea de enfrentarse a J.T., de que adivinara cómo se sentía. Él la siguió hasta la habitación con mirada interrogante y expresión impenetrable. Taylor desvió la mirada esperando poder ocultar su miseria.

—Bien, buenas noches —murmuró dándole la espalda.

Se desprendió de los pendientes y los tiró en la cómoda. Cayeron con un sonido discordante y por alguna razón, las lágrimas afloraron a sus ojos.

—¿Princesa?

Taylor luchó por recuperar el control.

—¿Sí?

—No. No hagas esto.

Taylor lanzó una carcajada amarga.

—Ése es mi estilo, ¿recuerdas? Soy yo la que se supone que siempre controlo y mantengo una discreta distancia —una lágrima se deslizó por su mejilla—. Nuestra relación es puramente profesional. Eso ya lo sé.

J.T. se acercó a ella por detrás y apoyó las manos en sus hombros.

—Nunca ha sido profesional. Ése ha sido todo el problema. Si lo hubiera sido…

—¿Sí? —interrumpió ella.

J.T. suspiró.

—Si lo hubiera sido, yo no hubiera deseado tirarte en esa misma cama y enterrarme en tu suavidad. No te hubiera deseado tanto que me duele.

Taylor bajó la cabeza y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. J.T. tenía razón. Lo que sentían no tenía nada que ver con informes financieros ni con Daniels Investments, pero eso no cambiaba los hechos. No había futuro para ellos, al menos no uno permanente.

Y sin embargo… Si no podía tenerlo para siempre, podría tenerlo en aquel momento. Por unas breves horas, podría pretender que aquel compromiso iba en serio. Por aquella sola noche podría vivir una vida entera sin amor. Se dio la vuelta muy despacio. No dijo una sola palabra. No hacía falta.

Taylor vio la batalla en sus ojos y cambiarle la mirada de un vivido zafiro a un azul de medianoche.

J.T. le tomó la mano izquierda y la alzó hasta sus labios.

—Si hubiera elegido yo el anillo de compromiso, hubiera sido idéntico al tuyo. Algo que prometa esa…

Entonces la besó y ella se inflamó fundiéndose en su calor. Se apretó más contra él, frustrada por las capas de ropa que los separaban. Él debió sentir lo mismo porque sus manos rebuscaron bajo su camisa, alzándosela por la cabeza y tirándola a un lado. Lo siguiente que desapareció fueron sus pantalones sin que ella se diera cuenta. Entonces la tendió en la cama, despojándola de las últimas prendas diminutas antes de quitarse las suyas. Cuando por fin se echó en el suave colchón, ninguna barrera se alzaba entre ellos.

Su mano abarcó uno de sus senos, frotándola el rígido pezón con el pulgar. Taylor gimió y el deseo la hizo deslizarse bajo su cuerpo, sus duros ángulos resaltando las diferencias entre ellos. Nunca se había sentido tan vulnerable, tan abierta.

—Tranquila, Princesa. Despacio y tranquila —dijo él como si hubiera sentido su vacilación y su miedo a lo desconocido—. No te haré daño. Nunca podría hacerte daño.

Pero se lo haría. Lo supiera él o no, llegaría el día en que le haría un daño terrible. Taylor le sonrió apartándole el pelo negro de la

frente.

—Está bien —le susurró—. Te deseo. Deseo que me hagas el amor.

Entonces lo besó con toda la pasión que poseía. Y lentamente, con infinito cuidado, él le dio forma física a sus palabras y le mostró las alturas, las profundidades y maravillas del amor que ella sentía.

Y en esa noche, J.T. le dio un tesoro que ningún mapa podría descubrir, un premio por encima de todos.

Le dio amor.

Capítulo 10

Taylor se despertó ante el insistente timbre del teléfono. Gimió en protesta y rodó de medio lado para alcanzar el receptor.

—¿Hola? —saludó con un bostezo.

—¿Taylor? ¿Por qué es que cada vez que te llamo suenas como si estuvieras todavía en la cama?

—¿Papá? —abrió los ojos de par en par—. ¡No! Estoy despierta.

—Eso es lo mismo que dijiste la última vez. Y te creo tan poco ahora como te creí entonces.

Taylor miró a J.T. Estaba echado sobre el estómago con un brazo extendido sobre su vientre.

—¿Qué pasa, papá?

—Buena pregunta. La misma que iba a hacerte yo a ti. Acabo de volver a la ciudad y de leer todos tus faxes. Creo que es hora de que hablemos. Una conversación cara a cara.

Los faxes. Cerró los ojos y apretó el receptor. Quizá debería haber intentado hacer algo más que actualizaciones de dos palabras.

—¿Cuándo? ¿Cuándo quieres que nos reunamos?

—Ahora mismo me vendría bien. ¿Por qué no subo a tu habitación?

—¿¡Qué!? —Taylor salió disparada de la cama arrastrando las sábanas con ella. J.T. lanzó un gruñido y se sentó pasándose la mano por la mandíbula—. ¿Estás en el hotel? ¿Quieres hablar ahora?

—Aquí mismo y ahora mismo. ¿Cuál es tu habitación, Taylor?

Taylor tardó varios segundos en recuperar el aliento como para poder responder. Y no le ayudó en nada el que J.T. la estuviera mirando en silencio con una mirada fría y asertiva.

—Está en… en la segunda planta. La suite presidencial.

—Te veré en un par de minutos.

Entonces colgó.

J.T. salió de la cama.

—¿Qué pasa?

—Boss está aquí. Subiendo ahora mismo.

J.T. se hizo cargo al instante.

—De acuerdo, Princesa. Vístete y haz la cama. Yo recogeré la ropa.

—J.T., yo…

Había tantas cosas que quería decir. Pero aunque hubiera podido encontrar las palabras adecuadas, no había tiempo.

Él se detuvo esperando que ella continuara.

—¿Qué, dulzura?

Ella sacudió la cabeza.

—No importa. Podremos hablar después.

En pocos minutos, habían recogido la habitación y se habían vestido. J.T. echó un vistazo final a su alrededor.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con expresión de preocupación.

Ella se encogió de hombros esforzándose por recuperar el talante profesional que había perdido días atrás.

—Es mi padre. Estaré bien.

Él apretó los labios.

—Eso no es lo que quería decir yo y lo sabes.

—¡No tenemos tiempo! Hemos hecho el amor. Ha pasado y ya está.

—Eras virgen, Taylor. ¿Pensabas que no iba a darme cuenta?

Ella lo miró con furia.

—Si piensas que estoy arrepentida de ello, te equivocas. Me alegro de que hayamos hecho el amor. Deseaba hacer el amor. Si te arrepientes tú…

—¿Arrepentirme? —cruzó la habitación y la abrazó.

Pero antes de que pudiera decir nada más, escucharon un golpe en la puerta.

—Por favor, vete —susurró ella.

—Me quedaré si quieres.

—No, no quiero.

J.T. pareció estar a punto de discutir.

—Llámame si me necesitas.

Ella esperó hasta que las puertas comunicantes estuvieron cerradas antes de recibir a Boss.

—Hola, papá.

—Taylor —le dirigió una mirada interrogante antes de mirar a su alrededor—. Impresionante. ¿Has completado tu informe?

Ella cerró los ojos. Sabía que aquel momento tendría que llegar y había temido aquella conversación.

—Sí —susurró—. Está completo. Quieres saber la mejor forma de duplicar el complejo de Bridge’s Bay y la respuesta es bastante simple. No puedes.

Boss lanzó un sonido de exasperación.

—Usa la cabeza, Taylor. Esperaba que dieras con esa excusa hace tiempo.

El miedo le atenazó el estómago.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué excusa?

Su padre no respondió sino que la estudió con expresión calmada y remota.

—Tienes algo más que contarme. Una pequeña confesión, ¿quizá?

Ella tragó saliva. ¿Sabría su padre lo de la noche anterior? ¿Cómo podía?

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de Jason Richmond.

Ella lo miró con incredulidad.

—¿J.T.?

—¿Entonces lo admites?

—Por supuesto que lo admito —vaciló sin estar segura de lo que estaba admitiendo—. Supongo. Contraté a J.T. para que me ayudara con el informe si es eso lo que quieres decir.

—Que contrataste… —ahora le tocó a Boss mirarla con incredulidad—. Ese hombre cuesta una fortuna. ¿Qué quieres decir con que lo contrataste?

Ella no pudo ocultar su confusión.

—¿Una fortuna? No. Te has equivocado de hombre. Estoy hablando de J.T. Richmond. Monta una Harley y lleva vaqueros. Vive en una casita ruinosa en un barrio de Charleston.

—Puede que lleve vaqueros, pero esa Harley suya es un clásico muy caro. Y en vez de vivir en una casita vive en una mansión en Murray Boulevard y tiene una cuenta que hasta Croesus envidiaría —Boss apretó los labios—. No sabes quién es ¿verdad?

—Es… es un isleño. Es alguien que tenía acceso a la información que necesitaba.

—Creo que tu padre está intentando decirte que soy Jason Teach Richmond. De Teach Development.

Taylor se dio la vuelta muy despacio y miró a J.T. Estaba de pie entre las dos habitaciones con expresión dura y resuelta y los ojos azules del color de la tormenta. ¿Era el mismo hombre que horas antes la había abrazado y le había hecho el amor con toda su pasión?

—¿Eres dueño de Teach Development? —susurró ella.

—Por supuesto que es Teach —interrumpió Boss con impaciencia—. No sé lo que ha pasado para que hayas caído en sus manos, pero debió ser su día de suerte. ¿Ayudarte con el informe? Sabotearlo es

mucho más probable.

—¿Es eso verdad? —le preguntó a J.T.—. La información que me has dado, ¿es toda falsa?

—No toda.

—Ahora tendremos que separar la verdad de la ficción, ¿no es eso? —dijo Boss—. Astuto, Richmond. Muy astuto. Yo arruiné tu negocio y ahora tú quieres arruinar el mío.

—Nada más lejano a la verdad —contestó J.T. con voz fría e implacable—. Tú has dedicado tu vida a destruir otras vidas. Lo único que he hecho yo es impedir que destruyas la de los jermaineses.

Boss lanzó una carcajada de genuina diversión.

—¿De verdad crees que es eso lo que has hecho? ¿Crees que por que hayas engañado a mi hija y le hayas pasado la información errónea, vas a detenerme?

Taylor cerró los ojos. No podía creer lo que estaba oyendo. Aquello no podía estar sucediendo. El hombre al que amaba, al que se había entregado con cuerpo y alma, la había mentido desde el principio. Aquello no era más que un fraude.

—¿No abandonas? —le preguntó J.T. a Boss—. Entonces, ¿cuál es el plan? —ladeó la cabeza hacia un lado con expresión contemplativa—. Veamos… ¿Cuál es tu método de operación habitual? Según recuerdo yo en lo referente a un negocio, bajas las acciones hasta obligarlo a ir a la bancarrota y después compras los restos a un precio de saldo. ¿No es algo así?

—Muy inteligente, Richmond. Te felicito por tu agudeza empresarial.

—Pues eso nunca pasará. No con Bridge's Bay.

—El tiempo lo dirá, ¿no te parece? —contestó Boss—. A pesar de tus intentos por interferir, creo que Taylor ha reunido suficiente información como para ser de utilidad. Estoy seguro de que habrá recogido cualquier punto débil que tenga el hotel.

Taylor se aclaró la garganta sin molestarse en confirmar la afirmación de su padre.

—¿Cómo? ¿Cómo vas a competir con Bridge's Bay?

Pero fue J.T. el que la contestó.

—En esta isla sólo se le permite entrar a alguien si es propietario de una tierra o si es huésped del hotel —miró a Boss—. Imagino que poseerás alguna propiedad. O bastantes, si vas a construir un hotel.

Boss sacudió la cabeza con admiración.

—Estoy impresionado, Richmond. Verdaderamente impresionado. Ahora veo que cometí un error hace años. En vez de apropiarme de tu negocio, el que arruiné antes de que te convirtieras en Teach Development, debería haberme apropiado de ti.

J.T. simplemente sonrió.

—Me temo que no es posible. Yo tengo esa desgraciada ética que no hubiera ido muy bien en Daniels.

—He notado que esa desgraciada ética no te ha impedido mentirle a mi hija —comentó Boss con ironía—. ¿Cómo la mantuviste en la oscuridad acerca de tu identidad? Ella es normalmente bastante brillante. ¿O es que tu ética no impide conseguir lo que quieres a costa de seducir…?

Taylor se tapó los oídos con las manos.

—¡Cállate! Callaos los dos. No quiero oír nada más —miró con furia a J.T. con la respiración jadeante—. Pensé que eras diferente. Pensé…

—Es un hombre de negocios —cortó Boss—. Tan despiadado como cualquier otro para conseguir lo que quiere. Y si no hubieras dejado que las emociones interfirieran en tu juicio, ya lo habrías sabido. Ya has estado cerca de muchos hombres como él.

J.T. se acercó a ella.

—Taylor…

Taylor retrocedió.

—¡No! Simplemente… no.

Boss le pasó un brazo a su hija por el hombro.

—Vamos, Taylor. Encargaré a alguien que empaquete tu ropa y la mande a tu apartamento. Tengo un coche esperando abajo. Ven conmigo.

Ella sacudió la cabeza.

—Vete tú. No voy a irme hasta poder hablar con J.T. en privado.

—¿Es eso prudente? —murmuró Boss—. Usa la cabeza. Recuerda tu entrenamiento.

—¿Mi entrenamiento? —Taylor lanzó una áspera carcajada—. Es un poco tarde para eso, me temo. Por favor, espérame abajo. Terminaré enseguida.

Para alivio suyo, Boss no discutió. En cuanto la puerta se cerró tras él, se dio la vuelta hacia J.T. con la intención de descubrir la verdad,

suponiendo que quisiera contársela.

—Así que tu nombre es Jason Teach. ¿Alguna relación con Shadroe Teach?

J.T. inclinó la cabeza.

—Es mi tío. El que me crió cuando mis padres murieron.

—Y Shadroe, los jermaineses, el juez Bradshaw, los empleados… todos sabían quién era yo, ¿verdad? —apretó las manos para evitar que le temblaran—. ¿Sabían que nuestro compromiso era una farsa?

—Lo sabían todo —confirmó él con frialdad—. Desde el mismo principio.

Taylor parpadeó para contener las lágrimas, más dolida de lo que hubiera creído posible.

—¿Por qué? ¿Por qué me mentiste?

—Tú sabes por qué. Para proteger a esta isla de Boss —se pasó una mano por el pelo—. Y no te mentí, no en realidad. Esa casita donde nos conocimos es mía. La compré después de dejar la isla.

—¿Antes de crear Teach Development? Ese fue el negocio que empezaste después de que mi padre…

—Robara mi primera empresa. Sí a las dos preguntas. Ni tampoco te mentí acerca de mi identidad.

No, no lo había hecho. Simplemente, ella no había relacionado J.T. Richmond con Teach Development.

—Prometiste mantener en secreto mi identidad —susurró Taylor.

—Acepté guardar silencio sólo si los planes de Daniels fueran legales o no fueran a dañar los intereses de la isla. Pero eran dañinos, ¿no? Y sólo para que lo sepas, Princesa, si significara proteger a la gente de esta isla, volvería a hacerlo de nuevo.

Ella suspiró, la rabia transformada en un profundo dolor.

—Créeme, no te culpo por eso. Y si yo misma hubiera conocido los planes de Boss, no hubiera seguido en esto. Pero, ¿tenías…? —se le rompió la voz e inspiró para poder continuar—. ¿Tenías que hacerlo personal? ¿No podrías haberme dado la falsa información sin tener que… sin…

Sacudió la cabeza con un nudo en la garganta.

—¿Sin tener que hacerte el amor? —J.T. se acercó negándose a que ella retrocediera. Posó las manos en sus hombros y la atrajo hacia sí —. No, no pude. Desde el momento en que te vi, supe que tenía que tenerte. No me importaba que fueras una Daniels, o que fueras a

arruinar a mis amigos y a mi familia.

—¡No me mientas! Ahora no. Yo no… no te importo. Lo único que te importa es proteger la isla. No eres muy diferente de Boss. Los dos queréis ganar al precio que sea y sin importaros a quien hundís por el camino.

La rabia brilló en los ojos de Jace.

—Si piensas eso, entonces no me conoces muy bien.

—¿Que no? —Taylor escrutó su cara intentando descubrir la verdad. Pero era tan impenetrable como la de Boss—. Tú me utilizaste. Me hiciste el amor para mantenerme desequilibrada, ¿verdad?

Él la soltó y dio un paso atrás.

—¿No era ése también tu plan original? ¿Qué dijiste después del primer beso? Que harías lo que fuera por cumplir con tu trabajo, incluyendo seducir a tu empleado.

—¿Y te lo creíste?

—¿Por qué no? Tú lo crees de mí, ¿o no? —enarcó una ceja—. Bueno, ¿lo crees o no?

Ella ya no sabía qué pensar. Sólo él podía darle las respuestas que necesitaba con tanta desesperación.

—Dime la verdad. Por favor, J.T. ¿Lo de anoche fue sólo profesional?

Pero él sólo sacudió la cabeza.

—Eso lo debes decidir tú. Pero antes de que lo hagas, considera esto. ¿Crees que lo de anoche fue todo una mentira? ¿Lo fue para ti?

—¡No lo sé! —gritó ella angustiada—. Ya no sé qué creer de nada.

La expresión de J.T. se hizo impenetrable.

—Entonces supongo que no hay nada más que decir.

Ella extendió la mano.

—J.T.…

Pero él no la tomó.

—No puedo ayudarte, Taylor. No me defenderé contra las acusaciones de Boss. O confías en mí o no. Es decisión tuya.

—Me estás pidiendo que escoja entre tú y mi padre.

Taylor sabía que aquel momento tenía que llegar. Lo había sabido siempre. Y sin embargo, no estaba preparada para enfrentarse a la decisión.

—Sí, es lo que te estoy pidiendo.

—Bueno, pues no puedo. Simplemente no puedo.

Sin una palabra más, Taylor salió corriendo de la habitación hasta llegar a recepción y salir del hotel. La limusina de Boss estaba aparcada frente a la puerta con el motor en marcha. Ni siquiera esperó por el conductor, sino que subió al asiento trasero luchando por contener las lágrimas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Boss con sorprendente suavidad.

Ella no se molestó en mentir.

—No.

—Estás enamorada de él, ¿verdad?

—Sí —inspiró con fuerza secándose la humedad de las mejillas—. Y no me pidas que racionalice mis sentimientos o que intente ser lógica. A veces… A veces la necesidad supera a la lógica.

Boss suspiró.

—Puede que tengas razón. Yo no lo sé.

—¿Por qué no me contaste el propósito real de mi investigación? —preguntó con amargura.

—Porque no la hubieras hecho. Planeaba decirte la verdad con el tiempo, pero tuve que salir de viaje —se encogió de hombros—. Siento que estés dolida. Esa no fue nunca mi intención.

Ella miró por la ventanilla.

—¿Dónde va a estar el hotel?

—En la parte norte. Ahora nos dirigimos allí. Pensé que te gustaría ver la localización.

Unos minutos más tarde, estaban aparcando en la gran propiedad junto al bosque. Era la misma que ella había admirado sólo una semana atrás.

—¿También es tuyo el bosque?

—Sí, así como las primeras casas del pueblo del otro lado. Creo que un hotel de lujo estaría muy bien aquí. ¿Qué te parece?

Taylor sonrió con tristeza.

—No querrías saber lo que pienso. Supongo que no podrías reconsiderar tus planes, ¿verdad?

—De ninguna manera —ladeó la cabeza para estudiar a su hija—. Puede que esto sea lo mejor que haya tenido que pasar. No te veo muy bien en el puesto de vicepresidenta. Al menos todavía no. Esto te ayudará a endurecerte y a ser menos ingenua.

Ella clavó la mirada en la propiedad negándose a contestar.

—Tienes a otra persona en la isla haciendo la investigación, ¿verdad?

Él no se molestó en negarlo.

—Muy inteligente, Taylor. Sí, la tengo. ¿Cómo lo has sabido?

—Llevo mucho tiempo trabajando contigo —luchó por mantener el control—. ¿Qué he sido? ¿Sólo una estúpida?

—¿Te sientes insultada? Me pareció lo más inteligente. Y, tal y como han salido las cosas, eso es lo que ha resultado ser. Mi informante reconoció a J.T. y me informó de vuestra… asociación. Vine en cuanto me enteré, pero parece que llegué demasiado tarde, ¿verdad?

—Sí, demasiado tarde. ¿Te importaría que saliera a caminar un rato? Necesito pensar. Considerar mis opciones.

Boss suspiró.

—Vas a abandonar Daniels, ¿verdad?

—Sí —susurró ella—. Eso me temo.

—¡Maldito sea ese hombre! ¡Maldito hasta el infierno!

Ella le apretó el brazo.

—No lo culpes a él. No es culpa suya.

—Al menos, déjame llevarte a casa.

Taylor sacudió la cabeza.

—Tomaré el próximo ferry de pasajeros —abrió la puerta y vaciló un instante—. ¿No tendrás por casualidad un juego de llaves de la casa? Me gustaría verla antes de que… la derrumbéis.

—Sí, por supuesto —le pasó las llaves y sus dedos se cerraron sobre los de ella—. Taylor, yo…

Ella cerró los ojos sabiendo lo que quería decir su padre pero que no podía.

—Yo también te quiero, papá. Y siento haberte fallado.

—No me has fallado. Nunca podrías hacerlo.

Las lágrimas empañaron los ojos de Taylor.

—Parece que después de todo tenías razón. No estoy hecha para este negocio.

—No, no lo estás —acordó él—. Pero estás hecha para ser mi hija. Y si me hicieran elegir, te elegiría a ti.

Las lágrimas se deslizaron incontenibles por las mejillas de Taylor y su padre le dio unas torpes palmadas en la espalda. Ella le dio un

abrazo que él aceptó con sorprendente facilidad. Quizá todavía hubiera esperanza para él. Entonces salió del coche y se dirigió a la mansión. Se pasó las horas siguientes paseando por las airosas habitaciones enormes. La casa era tan impresionante como había pensado, graciosa, encantadora y pidiendo a gritos que la utilizaran. Durante largo rato se quedó en la terraza que daba al océano. Consideró todo lo que había ocurrido, los comentarios de J.T. y lo mucho que significaba para ella la admisión de su padre.

Y al mirar a las incansables olas romper contra la arena, también comprendió una cosa más. Comprendió que J.T. la amaba, que lo de la noche anterior no hubiera sucedido si no la amara. Pero eso no cambiaba los hechos. Pronto su padre abriría un abismo insalvable entre ellos. A menos que…

A menos que a ella se le ocurriera una alternativa.

Consciente de que tenía un largo paseo por delante, cerró la puerta de la mansión y atajó por el bosque para llegar hasta la Marina. Fue entonces cuando se le ocurrió una posible solución. Para cuando embarcó en el ferry, ya había formulado su plan de ataque. Sonrió. Quizá, sólo quizá, hubiera heredado un poco de la obstinación de su padre, después de todo.

Tardó cuatro semanas en completar sus planes. Cuatro largas semanas. J.T. había llamado a cada hora durante la primera, pero ella se había negado a hablar con él. No podía, no hasta haber arreglado las cosas. Pero, ¿esperaría él? ¿O pasaría de ella dejando que su amor muriera antes de darle la oportunidad de demostrárselo?

El día que planeaba volver a Jermain Island, lo telefoneó y pidió que la recibiera allí. Taylor llegó a la isla con dos trabajadores, una pequeña furgoneta y una misión.

J.T. estaba esperando en el muelle. Taylor sólo deseaba arrojarse a sus brazos, pero se resistió. En vez de eso, le ofreció una fría sonrisa y dio instrucciones a sus trabajadores de que aparcaran frente a las casas que Boss había comprado en las afueras del pueblo.

—¿Dónde quiere que pongamos el cartel? —preguntó el conductor de la furgoneta.

—Justo enfrente de la villa.

Se quedó de pie viéndolos trabajar consciente de que muchos habitantes del pueblo se habían reunido para observar lo que estaba sucediendo con expresiones vagamente hostiles. J.T. permaneció

enfrente de los congregados. ¿Sería para protegerla a ella? ¿O para proteger a los isleños?, se preguntó Taylor. Veinte minutos más tarde, el cartel estaba instalado. Sin ninguna ceremonia, ella destapó el cartel.

Por un breve momento, se hizo un silencio mortal.

—¿Qué significa esto? —preguntó una de las mujeres con un niño agarrado a su falda.

—Significa exactamente lo que pone —replicó Taylor con frialdad.

—¿Y qué pone? —preguntó el chiquillo.

La mujer se aclaró la garganta.

—Dice: *Futuro emplazamiento de la primera escuela Elizabeth Jermain (grados K — 12*) ¿Es esto verdad?

—¿Qué está pasando, Taylor? —preguntó J.T.

Taylor alzó la barbilla.

—Me dijiste que eligiera y he elegido —se dio la vuelta hacia los trabajadores—. El siguiente cartel va enfrente del bosque al final de la calle. Póngalo frente a la carretera donde todo el mundo pueda verlo.

Para cuando los trabajadores terminaron de instalar el siguiente cartel, ya se había reunido una multitud, al haberse extendido los rumores como la pólvora. Una vez más, Taylor quitó la tela sin ningún comentario.

La risa se elevó entre la multitud.

—*Futuro emplazamiento del Instituto para la Conservación de la Naturaleza Bosswell Daniels* —leyó un isleño—. ¿Sabe Boss esto?

—Boss lo ha autorizado —replicó Taylor.

—¿Dónde va el último cartel, señorita Daniels? —preguntó el conductor.

Ella señaló hacia el final de la calle.

—La primera propiedad en la parte más alejada del bosque.

—¿Quiere el cartel en el frente también?

—Sí, igual que los demás —confirmó ella. Una vez más, la multitud siguió a los trabajadores congregándose alrededor del poste. Pasaron otros veinte minutos antes de que el cartel estuviera listo para ser descubierto. Pero esa vez Taylor vaciló. Mirando con inseguridad a J.T., tiró de la tela.

—Léelo, J.T. —gritó uno de los reunidos.

—*El posible, potencial, propuesto emplazamiento de la fusión Richmond/Daniels (si me acepta)* —leyó obediente J.T. antes de tomar

a Taylor por el codo.
—Disculpad, pero tenemos que finalizar los detalles de esa fusión —anunció.
Levantándola en sus brazos, se dirigió a la puerta principal.
Una vez dentro, la posó en el suelo.
—¿Qué es lo que está pasando, Princesa?
Princesa. La había llamado Princesa. Quizá hubiera alguna esperanza después de todo. Alzó la mirada hacia él escrutando su expresión. ¿Todavía le importaba ella? ¿O se habría puesto en el ridículo más monumental?
—Me pediste que confiara en ti. Y confío. Confío en ti y te quiero. Sólo quería demostrarte cuánto.
—¿Y esta es la forma?
—Esta es la forma —repitió ella.
—¿Y cómo conseguiste que aceptara Boss?
Ella sonrió.
—Siempre dijiste que yo era despiadada. Nunca había sabido cuánto hasta que estuvo en peligro lo que más deseaba en el mundo.
—¿Y qué era lo que deseabas más?
—Tu amor. Tu respeto. Después de dejarte, vine aquí a pensar. Una vez que me calmé, comprendí que nunca me mentirías. Que nunca me hubieras hecho el amor si… si no me…
Por primera vez, la expresión de J.T. se suavizó.
—Te quiero, Princesa, ¿te lo pone eso más fácil?
Ella se arrojó entonces a sus brazos.
—Yo también te quiero —susurró—. Pero eso no era suficiente. No sabía si nuestro amor podría resistir los planes de Boss para Jermain Island. Tenía miedo de que nos separaran.
J.T. la miró a los ojos.
—Así que se te ocurrió un plan.
—Para volver a la Marina, atajé por el bosque. Y entonces me fijé en algo muy interesante.
—¿Y qué fue?
Ella frunció el ceño.
—Alguien había estado rellenando de tierra las marismas. Recordé lo que me habías contado el primer día que llegamos al hotel. Estábamos montando a caballo por el bosque, ¿recuerdas?
—Te dije que las marismas estaban protegidas por ley contra la

construcción.

—Exactamente. Boss debía conocer las normativas y debía haber sabido que eso arruinaría sus planes para la construcción del hotel. Así que estaba mandando rellenar las marismas de forma ilegal. Hice algunas investigaciones y me enfrenté a él con mis descubrimientos —sonrió—. Le ofrecí un trato al que no podía negarse.

—Debió ser un trato importante.

—Lo fue. Le ofrecí salvarle de una cuantiosa fianza y de la cárcel a cambio de la propiedad que tenía en la isla.

J.T. enarcó una ceja.

—¿Y aceptó?

—No sólo aceptó, sino que me prometió usar sus influencias políticas para ayudar a poner en marcha la escuela.

—¿Y mantendrá su palabra?

—Yo me aseguraré de que lo haga —miró a J.T. con esperanza—. ¿Y bien, señor Richmond? Creo que hay una oferta en la mesa. ¿Le importaría responder?

Él se frotó la mandíbula.

—¿Una fusión, eh?

Ella asintió.

—Si me aceptas…

J.T. no la hizo esperar.

—Supongo que no tendrás un cartel en la furgoneta que diga: *sí acepta*.

Taylor se mordió el labio inferior, la alegría llenándole los ojos de lágrimas.

—Podría ser.

—¿Y la propiedad? No me has contado tus planes para esta casa.

—Bueno, sé que no son muy prácticos, pero estaba pensando que… la isla tiene cierto atractivo. Y esta casa parece un poco vacía. Y solitaria.

Lo miró con esperanza.

—Necesita una familia. Niños. ¿Era eso en lo que estabas pensando?

—¿Nuestros niños? —sugirió ella enroscando los brazos alrededor de su cuello.

—Nuestra familia —corrigió él—. Te quiero, dulzura. Quiero casarme contigo, vivir aquí contigo y formar una familia juntos.

Ella se apartó ligeramente.

—¿Y qué hay de Boss? Sigue siendo mi padre. Siempre será parte de mi vida.

—Eso ya lo comprendo. No voy a pedirte que cortes los lazos con él, pero entenderás que me cubra la espalda contra la pared cada vez que él esté por los alrededores, ¿verdad?

—Una precaución inteligente —dijo ella con una sonrisa—. ¿Y quién sabe? Quizá con el tiempo podamos enseñarle que la necesidad supera a la lógica de verdad.

—No, la necesidad no —la corrigió J.T.—. El amor.

—Me gusta como suena eso.

Con un suspiro de felicidad, Taylor alzó los labios hacia él perdiéndose en un abrazo que significaba el principio de la eternidad. Su último pensamiento coherente fue que quizá Boss cambiara algún día.

Quizá después de uno o dos nietos.

Fin.